

# TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

(NOVELA)

Por

**LUIS HENRIQUEZ CASTILLO**

*Miembro de la Corporación de Autores de Cuba,  
correspondiente de la del Uruguay, ex-Director,  
ex-Asesor de Prensa y ex-Revisor de Novelas de  
La Voz Dominicana, Socio del Instituto Dominico-  
Argentino, galardonado por el Ateneo de San  
Juan de Puerto Rico, etc...*

---

EDITORA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1951

17338 -10



BNPHU  
PD-RV  
RD863.412  
H519t

10 Enero 1974

TRES HOMBRER  
EN UN HOMBR

(NOVELA)

LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

Edición de la Biblioteca Nacional de Santo Domingo, R. D. en conmemoración de su 100.º aniversario. La edición de esta novela se realizó en el año 1974. La Biblioteca Nacional de Santo Domingo, R. D. agradece el interés de la editorial en la publicación de esta obra.

EDITORIA MONTAÑO



BN

00863.42

H519A

### ORIGEN DE ESTA NOVELA

10-124

*La parte realista de este libro tiene su ambiente principal en los grandes desalojos del este de nuestra República, de 1925 a 1926, que motivaron que grupos de campesinos vinieran a la Capital, a protestar ante el Gobierno, por los inhumanos atropellos de que fueron víctimas; en las asambleas de improvisados obreristas de los campos de esa región maltratada, de 1928 a 1929, en las que algunos ilusos se iniciaron en las doctrinas de hambre y de desesperación de un socialismo mal interpretado, al cual eran arrastrados por los abusos de un capitalismo extranjero sin consideración para el criollo; y en el estado jurídico de entonces de nuestras tierras, tiempo en que no había título sin pleito, ni pleito de potentado sin despojo total, o componendas contra el reclamante sin recursos.*

*En esta fructífera era de progreso, creada por el Benefactor de la Patria, Generalísimo Rafael L. Trujillo Molina, a quien Dios guarde, para bien del pueblo dominicano, los agricultores no tienen que pedir justicia frente al Palacio del Ejecutivo, pues las altas autoridades acuden a parar los desmanes en donde son realizados; se organizan los obreros en colectividades que buscan y obtienen su mejoramiento, reflexivamente, y sin presiones arbitrarias de inte-*

Reg. No.

001086



reses opuestos; y ya se puede decir que llega a su fin el saneamiento de la propiedad, en condiciones de igualdad para todos, pudiéndose disponer hasta del foro público de los grandes periódicos nacionales, para que no quede oculto ningún hecho delictuoso de repercusiones sociales, o que menoscabe los derechos del hombre, como los entiende la Organización de las Naciones Unidas, y los practica la República Dominicana, inspirada por Trujillo...

Además, antes, ser extranjero era una gran ventaja. Ahora esa cualidad tiene garantía, pero también se protege al nativo, y se le dá preferencia en el trabajo.

Esta novela, pues, de las sombras del pasado, aún cercano, contribuye a destacar la luz del presente, en su aplaudida obra, ya casi definitiva.

**EL AUTOR.**

080100

*A Cocola y Clara Ivonne*

*Porque, débiles, fueron mis fuerzas,  
avivándome la fé, cuando caía yo en el calva-  
rio que me hicieron subir los hombres.*

A Escola de Cristo Jesus

Primeira edição, tiragem de 1000 exemplares  
publicada em 1960, pelo Conselho Nacional de Educação  
em que se discutem sobre os métodos

*La sentencia definitiva la escribe  
el tiempo. Y esa verdad es un consuelo.*

La ciencia definitiva la escribes  
al tiempo y con el dolor de un corazón.









# I

**J**osé Cristóbal se desgarró la ropa, y sacudió de los cabellos a su mujer, insultándola con palabras demasiado ofensivas de la moral para ser reproducidas. Luego se detuvo, con mirada torva, frente al reloj de números fosforescentes, que tenía en una mesa, junto a su cama.

Se decía que el tic-tac lo exacerbaba, y le dió al cronómetro un punta-pié, tan violento, que lo hizo despedazar contra las paredes. Las agujas se pararon, unidas, como dos manos en oración. Eran las doce en punto de la noche. Y parecía que era la media noche en el cerebro de José Cristóbal.

Cuando, algunos minutos más tarde, los vecinos acudieron en ayuda de aquella femenil criatura, José Cristóbal, el callado hasta la mudez, el tímido como un niño, era un coloso rebelado contra el orden social.

Para todos estaba loco. Sus ojos grandes, los agrandó más la hipérbole del estupor; y, semidesnudo, como un adán de bronce, o un atleta romano, era una hiriente deshonestidad para la pudorosa y forzada tranquilidad de Ana Lorenza, que todavía no caía en la cuenta de lo que había sucedido, y se ocultaba el

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

rostro entre las anchas mangas de su bata de dormir, en un desesperado aturdimiento...

José Cristóbal hablaba con un torrente de palabras, como si hubiera estado durante muchas décadas forcejeando en su interior, por manifestarse, semejante a los volcanes que en horas inesperadas revientan en fuego y lava, arrasando sus contornos. Pero a ratos se apaciguaba, y miraba con ojeada vaga en derredor, como desconociendo, sorprendido, su propio espectáculo. Extraño de sí mismo. Era como en la sinfonía bárbara de las cataratas, que dejan que el agua se aquiete a veces en los recodos en remanso, para volver por otros cauces al estruendo de la caída borbotante. Sus dedos temblaban, y abría y cerraba las manos en alto, como si quisiera apresar algo en el aire. Quizás su prófuga razón... Qué raro brillo, qué inusitada movilidad en sus ojazos!...

Aquí no hay nada más que llevarse, bandidos —dijo José Cristóbal—; porque los colores que tengo dentro no se los llevarán. Con ellos voy a hacer mi palacio, adonde nadie podrá ir a buscarme.

La sonrisa de José Cristóbal, al decir esto, era inefable, como la infancia cazando mariposas. Yo —continuó— sé que ustedes creen que mi mundo es mentira, porque sus habitantes serán los pensamientos y los sueños que me aletean en el espíritu. Pero están equivocados. Los soltaré para que sean libres. Ustedes tienen los suyos encadenados a la roca de la hipocresía. Mi mansión es de cristal. Hace años que quería vivir en ella. Por qué no me decidí antes? Por donde quiera que lleguen los intrusos, yo los veré, y ellos sólo verán los lebreles soñolientos de mi desprecio...

—Pobre Cristóbal, decía Ana Lorenza, su contrita compañera...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

José Cristóbal seguía hablando a un auditorio ilusorio, inmenso, que sólo él veía:

—Ya lo saben, todo me lo han robado: la casa, los cultivos, los animales, los libros; también la arena y los guijarros... El mar no; el mar está ahí todavía y para siempre. Tú, con tu chaqueta amarilla y tu joroba, podrás apoderarte de lo que quieras, pero del mar no. El mar será el alto-parlante con que te diré, cara a cara, que eres un ladrón, amparado en la ley... Jorobado malvado!...

—Su obsesión es el Dr. Jacobo Terecheski, quien nos quitó, sin misericordia, nuestros bienes, exclamó Ana Lorenza, para dar una explicación del desvarío de José Cristóbal...

—Sí, tu eres el culpable, ogro maldito. Y te escupo, y te rompo el cráneo, y te lo machaco con las piedras que me quitaste. Ven, no huyas, cobarde; tengo que triturarte. Por qué mataste al hijo que me iba a defender? Acaso te pertenecía también, por tu hipoteca? Energúmeno!

Estas incoherentes palabras de José Cristóbal, le recordaron a Ana Lorenza un hecho muy triste. Ella abortó su único hijo cuando los desalojaban de su morada, y sus dependencias. No quería que condujeran a la subasta los retratos de sus padres. Quién iba a tener interés en cuadros viejos, de gente desconocida? En cambio, Ana Lorenza les tenía estima, y prendía su imponderable devoción en esas imágenes, como si fueran de santos; y en muchas circunstancias dolorosas, las invocaba, pidiéndoles protección. Con una sencilla credulidad tradicional, pensaba en la presencia espiritual y vigilante de sus progenitores.

La infeliz mujer vió, con resignación, sacar su ajuar: los libros, las alfombras, la vajilla, los enseres

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

de cocina, los tiestos de las flores, los muebles de sala, de comedor y de aposento, los floreros y las lámparas (muchas de estas cosas eran recuerdos inolvidables).

Pero cuando descolgaron los bustos desvaídos de sus antecesores, se abalanzó sobre el despiadado alguacil, quien argumentó que sólo eran excepciones para el embargo los objetos enumerados en el Código de Procedimiento Civil; y rompieron las fotografías, en la lucha inútil.

Ana Lorenza sabía igualmente, pues, de la amargura de haber conocido a aquél doctor de la jiba y de la blusa de falso obrero, cruzada por pesada leontina, que torturaba el alma enferma de José Cristóbal...

Entre los vecinos que llegaron a la morada de José Cristóbal, había uno en quien era mayor el deseo de la caridad que el de la curiosidad. Era su amigo el Dr. Raúl Ponce de León, quien aprovechó un momento de sosiego de José Cristóbal, para expresarle a la desvalida Ana Lorenza que el recurso aconsejable para su esposo, era el manicomio...

Se refirió el Dr. Raúl Ponce de León a la bala que José Cristóbal tenía pegada a las vértebras umbilicales, a consecuencia de una agresión que le hiciera un pariente, por cuestiones de herencia; a que acaso contribuía a la perturbación de sus facultades mentales; y a que la extracción era difícil, pero en el sanatorio quién sabe podían hacérsela con buen resultado...

En breve tiempo, con tres forzudos viandantes, después de ponerle y amarrarle por la cintura una capa, consiguieron subirlo a un automóvil.

Sudoroso y cansado, se dejó caer en su asiento. Silbaba una melodía infantil. Los locos y los niños son análogos: lo mismo rompen, con estrépito, una

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

obra de arte, que se ponen, apaciblemente, a conversar con los árboles...

Señoras, en corpiños descotados, restregándose los ojos y mujeres de mal vivir, de labios pintados; hombres azorados, que se levantaron de sus lechos de paz, y cocheros adormilados; borrachos, vagabundos y patrullas de soldados a caballo, eran el abigarrado y estridente acompañamiento de aquella alma que, en su tormento, había estallado como una luz de bengala, bifurcando el destino de José Cristóbal...

Voces sin concierto se unieron a la trepidación del vehículo, cuando éste arrancó resoplando. En él iba también la leal Ana Lorenza, cercada por su sino, como una isla.

Cada persona tomó su camino, y el pito de un sereno pidió las llaves del silencio, para volver a cerrar el jardín de fantasía de la noche...

Sólo se oía el rumor del mar, cuando golpeaba las abruptas rompientes, insomne, bajo su sábana de densa bruma...

TRABAJOS DE INVESTIGACION

Este estudio se ha realizado en el marco de un convenio de colaboración entre el Departamento de Sociología de la Universidad de Valencia y el Ayuntamiento de Sagunto. El objetivo principal de la investigación es analizar el grado de satisfacción de los ciudadanos con los servicios municipales prestados en el municipio de Sagunto. Para ello se ha diseñado un cuestionario que recoge información sobre diversos aspectos como son: la limpieza, el mantenimiento de las vías públicas, el abastecimiento de agua y electricidad, el transporte público, etc. Los datos obtenidos se han analizado estadísticamente para determinar los niveles de satisfacción y las principales causas de insatisfacción. Los resultados indican que, aunque existen áreas de mejora, en general los ciudadanos expresan un grado de satisfacción moderado con los servicios municipales. Se recomienda priorizar las acciones de mejora en aquellos servicios que presentan mayores niveles de insatisfacción, como es el caso del transporte público y el mantenimiento de las vías públicas.



## II

La vida de José Cristóbal era un conflicto entre un gran odio y un gran amor. Por el objeto de su aversión: El Jorobado; por la reliquia de su veneración: Ana Lorenza. Esta le había dirigido, educado, poco a poco, el sentimiento; y la adoraba, por buena. Aquél le puso espinas, a cada paso, para herirlo. Pensó en matarlo. Ana Lorenza se lo conoció en la expresión de los gestos y en la contenida desesperación. Pero ella, tan religiosa, le dijo: si matas, olvídate. Sólo Dios dá la vida, y sólo él puede quitarla.

Cómo podría yo, preguntaba Ana Lorenza, estar al lado de un hombre que ha matado a otro; verlo, hablar, comer, dormir, en fin, vivir con él? Te quiero mucho; pero me secarías la fuente del cariño.

Y la noche que precedió a la del estallido de la cólera de José Cristóbal, el diálogo que hubo entre ellos exasperó hasta el paroxismo el estado antagónico de José Cristóbal... —Fuí un tonto— dijo José Cristóbal— no creí que el dinero fuese necesario para ser feliz; que me bastaba tu voz, tu sonrisa, tu natural fidelidad para colmarme de satisfacción el alma; he debido defenderme a tiempo; ya es muy tarde; me aturdo; me ahogo; deseo siquiera gritar...



## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Y, vestido de pijama, recorría la habitación, se detenía, y se acostaba para volver a levantarse; lloraba, como un escape de los impulsos reprimidos, se mesaba los cabellos, y agregaba: si no fuera por tí; si yo hubiese estado solo, no me importaría nada ni la cárcel, ni la muerte.

Ana Lorenza lo miraba con mirada mansa, como la luna mira al mar revuelto, le ponía paños fríos en la nuca; y le decía, suplicante: duerme!...

—Dormir!; como si fuera fácil que el agua sobre el fuego no hierva; de noche, sobre todo, pienso que pierdo mi propio dominio, que si me acuesto, el pensamiento me tortura, y que me vuelvo loco; en verdad, el cerebro es una maravilla; un organismo tan pequeño, y lucha con el Universo...

—No; no es con el Universo con quien tienes que luchar. Es contigo mismo. Imponete la conformidad. Aprende a saber, a aceptar que las cosas que no tienen remedio deben ser olvidadas. La desesperación nos sacude y nos agobia, y deja intacta la pena que nos desespera. Tenemos que poseer serenidad, para contrarrestar el infortunio; todo depende de como lo veamos. Si nos arrancan la vida, nos queda el refugio de la Providencia. Pero si violamos los mandamientos de Dios, nos condenamos nosotros mismos, para siempre; no somos dichosos por lo que tenemos; si no fuera así, los que tienen mucho, no quisieran más, y entre los pobres no hubiese ejemplos claros de dulce concordia.

Ana Lorenza hablaba con pausas, con entonación persuasiva, tratando, con la suavidad de sus palabras, de conjurar el mal. Pero era una paloma de alas blancas en la tempestad... —Hay quienes matan a sus seres queridos, y después se matan; así no su-



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

fren; y se cumple el código de los que nacieron para padecer juntos— exclamó José Cristóbal.

Sus ojos, volviéndose hacia el techo, denotaban que por ellos había cruzado la pavorosa visión de la tragedia...

—Te lo he dicho antes: matar es una cobardía y un pecado. Y, después de breve ausencia, trajo del botiquín una pastilla especial contra el insomnio, y una cucharada de bromuro. Esto te calmará y te dará sueño, le dijo Ana Lorenza... ignorando que si José Cristóbal era un enfermo, su frenesí estaba más allá de los nervios, más allá de la sangre, en donde ni la misma imaginación puede penetrar, porque nos perdemos en el laberinto de nosotros mismos; en las profundidades desconocidas del espíritu, adonde sólo baja, si no se ha perdido para siempre, el rayo del sol de la fe; no a descubrirnos quiénes somos, sino a darnos el consuelo de que más tarde lo sabremos... Pero Ana Lorenza sabía, al menos, que José Cristóbal era incapaz de hacer lo que decía, que estaba desarmado por ella para el crimen, que había terminado por tenerle odio a su odio, naufrago en el rebajamiento del género humano; que no ve, ni acaso verá nunca, que es fácil encontrar la felicidad, si insensato, no la buscara como una quimera, en vez de buscarla como una realidad al alcance de cada corazón...

—Quiero romper las cadenas que me atan a mí mismo; y no puedo; me devora el suplicio de la contradicción; —exclamó José Cristóbal— apretándose las sienas, anonadada la mente en la oscuridad de la incomprensión...

—La Providencia nos hizo libres— explicó Ana Lorenza— y nos hicimos esclavos. Queremos lo que no tenemos. El habitante de las grandes ciudades, desea ir a las montañas inhóspitas. El hombre de estas

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

islas, anhela conocer las estepas y los desiertos. Vamos persiguiendo las sombras que proyectan nuestras propias ansias. Hay una ley que no aplicamos; que es casi una panacea; es la de los sustitutivos. Quien no pueda ir a la Opera, que vaya a la orilla del océano, a oír la caída de las aguas; el viajero que no disponga de un caballo, que se conforme con un asno; y quien no tenga lomo que de todo coma; pero, eso sí, que aspire a mejorar sus días, y cada vez que llegue uno bueno, que lo meta en su hogar, y disfrute de todo su esplendor... Las horas buenas —dijo José Cristóbal— sólo alumbran a quienes pueden ver la lumbre; hay gente ciega para los colores, a pesar de que no han perdido la vista; ya no puedo gozar de la dicha, pero tal vez pueda, mientras los desprecio, hacer algo por el bienestar de los otros... así Dios me ayude; y, poniéndose de rodillas, cruzó los brazos, y rezó: Señor, ven a mí, envuélveme en tu bondad; no puedo más; estoy huyendo de mí mismo; pero no sé a dónde voy...

José Cristóbal pasaba de su estertor de desesperado, a una situación de indiferente, en un desequilibrio que oscilaba en irreconciliables extremos. Eran, probablemente, las arañas de la locura, andando por los débiles capilares de su cerebro.

Entonces, Ana Lorenza sentía un escalofrío, de miedo al porvenir, de desconfianza de sus propias fuerzas para la resistencia. Cierto es que el valor moral salva, pero a veces los embates del dolor, entre los escollos de la existencia, son tan fuertes, que por vigorosa que sea una naturaleza de mujer, se quebranta, y élla también musitó una oración:

—Señor, sí, ten piedad de tus criaturas...

Al fin, José Cristóbal se acostó. Pero no se aquietaba; y en una continua respiración anhelosa, des-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

pierto, con un calor que era más imaginativo que real, pasó la noche, y la madrugada, para incorporarse en la mañana, en presagioso y anormal mutismo, cansado, copartícipe del doloroso escepticismo de siglos de la humanidad.

Ana Lorenza tampoco había dormido. En su cara se veía el beso de tristeza de la vigilia. Y se dedicó, distraída, con una mansedumbre de monja, a regar sus azucenas españolas, sus violetas africanas y sus begonias... como en filosófica espera de algo terrible...

THE HISTORY OF THE

... the ... of the ...



### III

El Dr. Jacobo Terecheski era una hiena. Feroz con sus presas indefensas. Mientras más incautas, mejor, para él. Las atraía, con ardides, a las trampas despojatorias que tendía. La pequeña fortuna de José Cristóbal, mal administrada, producía poco. Y olvidó que es mejor vender que empeñar. Para El Jorobado, era lo contrario: el préstamo, jamás la compra. El dueño trabaja para el prestamista: pinta las propiedades; atiende a la carga de los impuestos; hace las reparaciones de conservación; paga interés sobre el interés, porque la parte ilegal que devenga, no consta en la hipoteca, y la entrega por adelantado... y debe agradecerle al avaro el favor de darle su dinero.

Mal juzgamos a veces que el verdugo es el honorable, y el desdichado el pícaro. Quien debe, paga, o ruega. Esa es la máxima que rige los contratos en que la casa de familia, no declarada en bien inembargable, queda sitiada; sin que haya modo de que se adviertan las bribonadas ocultas, los apremios de la miseria, y los inútiles resultados de los plazos de gracia, que sólo prolongan la agonía del deudor, y que, por su



## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

misma denominación, hay que considerarlos como un beneficio, y acogerlos con beneplácito.

La hipoteca es uno de los viejos y terribles enemigos de los patrimonios. Si son heredados, principalmente, porque el heredero no sabe el sudor que ha costado su herencia, y la contempla como un premio, en lugar de juzgarla como representación del trabajo que ha costado formarla.

Y José Cristóbal, para comprar un frac, celebrar su cumpleaños y construir su cuarto de artista, solicitó los primeros dos mil pesos de El Jorobado, con criolla imprevisión; que fueron los primeros eslabones de su encadenamiento; mientras el Dr. Terecheski estaba seguro de que, una vez iniciada para una persona la carrera de las deudas, es muy difícil detenerse, porque las unas engendran a las otras...

—Siempre que desee dinero, venga a verme; estoy a sus órdenes— le dijo El Jorobado a José Cristóbal; y, ciertamente, con sinceridad se lo agradeció. Es simpático hallar a alguien dispuesto a coadyuvar con nosotros en la solución de nuestros problemas. Y no comprendemos que somos como las moscas que se enredan en las tela-arañas...

—No hipoteques nuestra casa— le había aconsejado Ana Lorenza a José Cristóbal. Es lo único de valor que poseemos. La tierra que tenemos en la playa, es árida. Sólo produce arena y cocos empobrecidos. Las carretas están deterioradas y los bueyes flacos. Y un matrimonio sin casa, es una pareja de aves sin nido...

—No te preocupes— decía al principio, de muy buena fe, José Cristóbal, a la temerosa Ana Lorenza— yo no la dejaré perder, y para sacarme de aquí habría que matarme.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Es lo que han dicho todos, desde el primero que pidió prestado, hasta el último, y son innumerables los padres de familia desalojados de sus residencias— advirtió Ana Lorenza, como si, en aquella luctuosa fecha en que comenzó la relación de José Cristóbal con El Jorobado, el presentimiento se le enroscara en las entrañas...

Pero el Dr. Jacobo Terecheski había sido declarado benefactor de su provincia, por dos donativos de doscientos pesos que hizo para mejorar las condiciones sanitarias de la región pantanosa en que residía, cuando, por segunda vez, una comisión de damas lo visitó en demanda de su óbolo. Abrió, visiblemente contento con la baratura de su influencia, su escritorio de cubierta corrediza, y entregó su cheque.

Así es como, en América, se tapa el sol con un dedo, y los perversos que debieran ser repudiados como perros sarnosos, ascienden frecuentemente por sus escaleras de ajenos sufrimientos, a la estimación del pueblo; y sus descendientes, a un rabioso orgullo de creerse superiores a la clase llana, pero honrada, por los talegos de dinero pecaminoso que heredaron...

—Seis meses de plazo, al encubierto y lesivo dos por ciento mensual, es un triste abrir y cerrar de ojos—dijo Ana Lorenza. De ese modo, hay que recurrir al préstamo para cancelar el compromiso anterior, y nosotros mismos nos vamos apretando el nudo que nos ahorca.

No es que Ana Lorenza fuese más inteligente que José Cristóbal. La mujer, por el tiempo inmemorial en que estuvo oprimida, sin poder intervenir nunca, directamente, en los negocios, se hizo intuitiva; y adivina y presiente con certeza, en donde el hombre, confiado en la razón, muchas veces se confunde y se pierde. Hay maridos, inexpertos, o egoístas, que no toman

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

en cuenta la opinión de sus esposas, y pagan cara la inadvertencia. En otros casos, son quienes gobiernan, o dirigen, detrás de bastidores, las empresas. Y casi siempre se ignora que en esa escondida colaboración ha estado la clave del buen éxito.

José Cristóbal creía que su mujer no sabía de esas cosas, y que sólo debía ocuparse del arreglo y limpieza de la casa, y de ser culta en el trato social. Y Ana Lorenza trocaba en un edén cualquier rincón en que se movieran sus manos, para hacer primores, o sus labios, para hacerse querer...

Pero tal como Ana Lorenza lo previó, de dos mil en dos mil, la deuda subió a diez mil pesos. La garantía valía doce mil; estaba, pues, perdida; y, con ella, la tranquilidad del espíritu...

—Tenías razón, Ana Lorenza, convino un día José Cristóbal— cuando me dijiste que por ese camino sólo se iba a la ruina...

—No es que razonaba —replicó Ana Lorenza— sino que cada vez que el Dr. Jacobo Terecheski, aduándonos, se nos acercaba, yo veía en sus ojos la codicia, esto es, la mirada del gato que espera, para atraparla, un descuido de la avecilla que está detrás de las rejas de una jaula.

La de José Cristóbal era una casa de campo en la ciudad. En ella había almacén para la cal; depósitos para la arena y los cocos; y montones de granza y de piedras picadas. Los materiales de construcción eran vendidos a los arquitectos del pueblo, y los cocos exportados; y un ajetreo de trabajadores llenaba de laborioso movimiento el recinto.

Sólo la sala artística de José Cristóbal permanecía en silencio y cerrada durante el día, para abrirse e iluminarse de noche, y cobrar vida con la alegre visita de sus amigos.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Ana Lorenza, la que atendía a los peones con una bondad sin límites, era, asimismo, en los momentos de camaradería, la mensajera de la cultura y de la alegría.

Y ese era el mundo, pequeño e íntimo, al cual ya le estaba haciendo guiños diabólicos el fantasma de la aniquilación...



#### IV

El doctor Jacobo Terecheski emigró de la península itálica, con pasaje de tercera clase, con poco equipaje, y una ambición de riqueza enfocada hacia América.

La vida en Europa es cara aun para los profesionales. Son una categoría aparte de los obreros y los capitalistas; con la desventaja de ganar salarios bajos como los primeros, y tener exigencias sociales como los segundos. Para cada uno que sobresale y triunfa, hay cientos que emigran, o ingresan en el proletariado, con el rencor de quienes, por su educación, saben que han sido desplazados y vencidos.

Para marcharse del país nativo, se necesita gran voluntad y mucha audacia. Estos recursos los tenía el doctor Jacobo Terecheski. Y si se convirtió en un avaro, fué porque a ese concentrado egoísmo llegan casi todos los que han padecido la impiedad de las grandes miserias.

Su inmediata alianza, fué con un farmacéutico, basada en un tanto por ciento sobre el precio de las recetas, recargadas de sustancias inócuas, para que fueran más productivas de dinero; y su siguiente plan, tan pronto como dispuso de algún ahorro, fué el

## LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

préstamo con interés usurario. Muchos hogares desaparecieron en los tentáculos de su avarienta persistencia de enriquecerse.

Era buen médico, y la gente se disputaba su servicio, aunque detrás de él sonriera, por su contextura contrahecha y su indumentaria de tela cruda. Jamás acudió, en altas horas de la noche, a ver a enfermo de quien no supiera que podía pagar. Para él, la beneficencia no tenía sentido. Los pobres mismos tenían que pagarle a su cochero, antes de que se ausentara de la visita, porque, siendo de él el coche, así era como le pagaba su sueldo. Y a veces decía: quien nada tiene, nada vale.

Con ciertas personas, el doctor Terecheski tenía un trato muy especial. Era con los abogados. No les tenía confianza, pero necesitaba de ellos, para la ejecución de sus hipotecas, o el cobro de sus rentas. Entonces inventó un ardid: consultar, sucesivamente, con distintos jurisconsultos, el mismo caso; a fin de formar, en último término, su propia opinión. Consultaba en la calle, sin darle importancia a la consulta, para no pagarla... Pero algunos avisados no se dejaban sorprender por esa artimaña. Tal era, por ejemplo, el Lic. Baldemiro Reyes.

Sin embargo, no era fácil esquivar la acometida de tan ducho personaje. Un día las astucias de los dos se pusieron a prueba, en una de las avenidas de la ciudad...

—E, licenciado... El abogado no lo dejó terminar:

—Dispéñeme, doctor, voy de prisa... No, no puedo.

Aquel intruso no se rendía con simples evasivas. Y, agarrándolo por un brazo, insistió:

—E, se trata de una pregunta sencilla...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Los transeuntes pasaban, rozando con el viejo paraguas gris, de fondo verde, del famoso galeno, que éste sostenía abierto en la estrecha acera. Pero el doctor Terecheski en momentos así no se ocupaba de cosa que no le venía en cuenta, como la de dar paso, e iba derecho a su asunto.

—Hable pronto, doctor. Me esperan en el Tribunal... insistió el licenciado Reyes.

—E bueno; e si usted tiene una hipoteca; e la ejecuta; e no produce lo que debe; e yo entiendo que se puede perseguir al acreedor, sobre sus otros bienes...; e no es verdad, licenciado?...

—Naturalmente, doctor. Como una sombra, dijo Baldemiro Reyes, con intención irónica...

En una brusca transformación del cielo, después de un sol abrasador que hacía sudar a Baldemiro Reyes, apretado siempre en su lustroso traje azul marino, comenzó a lloviznar, y sopló un viento arremolinado, que le hizo aletear la mariposa de su corbata, y quiso escaparse:

—Adios, doctor. Nos volveremos a ver...

Imposible. El doctor Terecheski no se arredraba por lloviznas. Para emergencias de esa índole, sin costo de vehículos, tenía su previsión:

—E, licenciado, e métase bajo mi paraguas; e como usted va para el Tribunal, e quiero hacerle otra pregunta...

Al Lic. Baldemiro Reyes se le había olvidado que había mentido, para defenderse de aquel importuno, y exclamó impaciente:

—Voy para mi oficina, doctor. Es tarde.. tarde.

—E, de todos modos, licenciado. Le voy a pagar. E por cuánto usted remata por mí una propiedad que se va a subastare hoy? Baldemiro Reyes, vaciló y tuvo el vislumbre de una esperanza. Sabe Dios,

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

pensó, si este miserable me salda la deuda presente y me paga una parte de la pasada, y preguntó:

—Cuál es la suma suya, doctor? Diga, diga.

—E diez mil pesos, licenciado...

—Bien, doctor, le cobro cien pesos. Es menos de lo que señala la tarifa de los abogados. Tengo que irme.

El doctor Terecheski abrió los ojos, cuanto pudo:

—Oh!, licenciado. Una visita de médico e son tres pesos y medio, con el coche e todo... E usted no necesita más que cinco minutos. E yo creo que debe conformare con cuatro pesos...

Si el doctor José Terecheski mostró su asombro por los cien pesos, Baldemiro Reyes, no obstante su bohemia, que lo hacía calcular ocho cervezas en el puñado de centavos que el avaro le ofrecía, pero quien, por su misma prodigalidad, sentía aversión por la tacañería, se apartó, violentamente, y hablando a solas, cruzó la calle:

—Logrero, iba mascullando, saber que a estos bandidos no les dá alcance la ley, y que la usura fácilmente crece aquí, como la yerba mala!... Pero la moral, inexorable, los condena, a despecho de particulares conveniencias. Sin... sinvergüenza!

Mas lo peor era que si el licenciado Baldemiro Reyes hubiese comparecido a esa audiencia de adjudicación inmobiliaria, su disgusto habría sido mayor, pues se trataba de la casa paterna de su cofrade José Cristóbal.

## V

José Cristóbal contemplaba su celda. Cuatro paredes blancas, seis gruesos hierros en una alta ventana, un duro camastro y una pesada cadena, eran la definición sin voz de su porvenir.

No sabíamos lo que significaba laboroterapia y el buen trato en los sanatorios. La inacción para el loco, y el palo para el loquero, venían a ser los móviles de una invitación al interminable soliloquio del enfermo, y al despiadado rigor del guardián. De ahí resultaba, por supuesto, en vez de la curación, la muerte...

Algún tiempo tenía ya José Cristóbal como huésped de la colina en que estaba "su palacio de cristal"; e igual tiempo tenía con él Ana Lorenza, en voluntario encerramiento...

Qué contraste! Ella era pequeña y regordeta, y rítmica y acelerada en el andar, como una tórtola; de hablar suave, como si rezara; sufrida, vecina del martirio; de cara redonda, blanca y pálida, como una luna llena bajo el sol; de nariz casi aguileña; de boca fina y ojos negros, en que había una abacial conformidad ante la vida. Era el tipo de una edad remota, pacífica y claustral, raro en este mundo de ahora, que da tumbos y se revuelca, para destruirse a sí mismo.

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Y José Cristóbal era un gigante, de groseras facciones, con hirsuto cabello que no se detenía hasta las mejillas; tardo en el andar, y peludo, como un oso; de palabra áspera, de eterna protesta de inadaptado en la hoguera de la pasión mundanal; a quien las derrotas hirieron, lanzándolo a una inveterada disconformidad...

—No quería que me siguieras, dijo José Cristóbal a Ana Lorenza. Para qué? Quiero estar solo, a pesar de esta gente. Como cien personas verás aquí, pero son sombras. Vengo huyendo de tí, y de todos. Para qué me persigues? Yo también soy una sombra fugitiva. Tú crees que ves mi cuerpo, pero sólo ves mi pensamiento. Antes yo buscaba los pensamientos, y únicamente daba con los cuerpos, con su envoltura. He querido la desnudez, para bañarme en las aguas de la verdad. Desnúdate, o vete. Sobre todo, desnuda el alma. Tú no sabías que el espíritu es una criatura prisionera de falsas ligaduras?; que somos los carceleros de nuestra propia sinceridad? Te conozco yo, acaso?... Caras y caretas!...

—Diez años juntos, José Cristóbal, es bastante para que me conozcas. Calla. He venido a cuidarte. Para Ana Lorenza, él era un hermano con fiebre muy alta...

—Años! Nadie tiene más años que yo. Hace siglos que yo estaba en la luna y en el sol, y volveré al sol y a la luna... y viajaré con mis propias pesadillas. Tenemos que volver hacia nuestros padres. Una parte mía ya no está aquí. Se fué sin que nadie la viera. Pero es claro que está en alguna esfera del espacio infinito... Lunáticos! Nos dicen lunáticos, porque soñamos...

—Ana Lorenza le pasaba las manos por la frente. El vendaval de la codicia ajena los había aniqui-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

lado. El era su cara mitad. Qué sería, entonces, de ella sin él? Su misión era seguirlo. Yo sé, se decía Ana Lorenza, que su destino es menos doloroso que el mío. El no sabe ni siquiera de su caída, y yo sufro la caída de los dos. La muerte sería preferible a esta tragedia, si una débil esperanza no me mantuviese en el anhelo de recuperarlo...

Cuando la noche avanzaba angustiosa, aumentaban los ayes lastimeros de los locos. Gritos profundos, largos, como el desahogo del dolor del género humano, contenido desde edades prehistóricas...

Ana Lorenza tenía conocimiento de seres atormentados, que buscaban el refugio de los conventos y hasta del nirvana, para olvidar la vida de la carne, descubriendo la potencia salvadora de la psiquis; pero no sabía de nadie, como ella, que se hubiese retirado a un manicomio, para expiar sus culpas y los pecados de sus semejantes.

Sola entre quienes no tenían idea de la soledad, de nada, ni de nadie! Su esposo mismo, no era su camarada, pues no podía compartir con ella, en paz, su pena, su lecho, y su pan...

José Cristóbal, que tenía la paciencia de un loco inofensivo en ese instante, de repente se levantó, cerró los puños, y apretó sus grandes dientes. Ana Lorenza tuvo miedo; como debe tenerlo el domador que, entre los barrotes de una jaula, cree que de momento ha perdido el dominio del león que le obedece; especialmente cuando, del lado de la puerta en que ella estaba, dió un cacharro de zinc, lanzado por José Cristóbal, mientras vociferaba:

—Si ese jorobado también quiere sacarme de este “palacio de cristal”, no le perdonaré la vida.

Afuera, el viento, entre las hojas secas de la invernada, reía y jugaba con las ramas. En la nuca de

Ana Lorenza, un escalofrío, un hálito magnético, se unía al invierno. Era un frío más intenso que el de las ráfagas invernales. El susto de la especie perseguida...

—Dios mío, apiádate de nosotros; nuestras pecaminosas acciones no son tan inícuas, para que tan grande sea el castigo, musitaba aquella desgraciada mujer...

Del lado de la calle, los negros labios de la noche buscaban las rendijas, para enviarle sus silbidos.

—Nosotros...; ellos...; cobardes...; que se roben la tierra, y el aire, y el agua; y el fuego del infierno; y mi mortaja; y mi casa de la muerte, donde sembraré mis huesos. Pero la luciérnaga que tengo dentro, no la podrán atrapar...

El arrebatado José Cristóbal hablaba y daba vueltas en la habitación, con la angustia en el lente de las pupilas sorprendidas.

Afuera, el viento, entre las tostadas y caídas hojarascas de los almendros vecinos, seguía silbando y empujando las puertas. El maderamen crujía, y algunos quejidos pasaban, como brujas, volando por los techos.

El pánico de Ana Lorenza crecía; el mismo, ahora despierto, que le hicieron sentir de niña al misterio de las cosas, convertido en un fluido nervioso que la espeluznaba.

Ah!, si no sintiéramos pavor, ante todo y ante la nada, seríamos un poco felices! Pero un atávico temor nos sacude... y nos espanta, pensaba Ana Lorenza.

El estrépito que se produjo en la celda de José Cristóbal, despertó al Administrador del Sanatorio. Aguzó el oído. Era en el cuarto No. 2. Pensó en Ana Lorenza, en su bergajo y en sus llaves. Y el cerrojo,

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

enmohecido, chirrió como un endemoniado que crujiere los dientes...

Ana Lorenza temblaba. Unas lágrimas de desesperación le quemaban los párpados... Era un ascua, brasa de pino resinoso que se retuerce...

—Usted no puede seguir así, señora. Desde hoy su habitación será otra. Sígame... le ordenó el Administrador, con acritud, para defenderla...

Ana Lorenza siguió a Don Sebastián, como una vacilante sonámbula. Comenzaba, medrosa, una nueva fase de su sacrificio. José Cristóbal se acurrucó en una esquina, con desidia, perdido en el olvido de su impavidez. La cerradura volvió a chirriar. En Ana Lorenza se erizaban los poros, y por su cabeza, ensordecida, pasaban las nubes y las ráfagas del vértigo...

Todo parece que habla, que amenaza, que ruje, cuando los nervios nos electrizan las recónditas raíces de nuestro principio genésico.



## VI

Volvamos atrás, colocando de nuevo en sus sitios las arrancadas hojas del almanaque, para recordar una escena que enloqueció la vida de José Cristóbal:

Aquel día, la tertulia tuvo como tema principal las últimas líneas trazadas por el artista: "Los Bombos".

Con muecas y contorsiones, mirándose al espejo, había hecho su retrato, entre negros y altos sombreros de etiqueta. La sonrisa era irónica, y la mirada pícaro. Se diría que se burlaba de su propio dolor...

—Qué has querido decir con esa caricatura?, dijo el Dr. Raúl Ponce de León.

Los sorbos de whisky con soda, varias veces habían humedecido las gargantas, y el humo denso y aromático de los cigarrillos norteamericanos vagaba en aquel recinto pagano del arte. Ana Lorenza, en dos o tres ocasiones, había pasado por delante de los invitados, con la bandeja de sabrosos bocadillos, hechos por sus propias manos, que servía, sin mediación de sirvientes, prestigiando los obsequios...

—Estoy cansado de los ditirambos, dijo José Cristóbal, con un cariz de tristeza, que reflejaba su cansancio. Un día de estos, agregó sombríamente, se

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

quedará vacía esta casa, y a mi corazón no llegará más la llamada de ningún halago...

—Oh, exclamó el dentista Víctor de Aza, el dibujante se ha vuelto pesimista; brindemos por ello. El pesimismo es cordura. Se toma mucho más seriamente la realidad. Los choques de las copas y las carcajadas, culminaron en un gran alborozo.

Pero José Cristóbal permaneció inmóvil y en silencio. En verdad, José Cristóbal, a pesar de los himnos de alabanza de su arte, no ganaba ni un mísero peso, y veía deshacerse la herencia que obtuvo de sus padres...

—Les digo lo cierto, volvió a hablar José Cristóbal. Quizás sea esta nuestra última fiesta. Ya siento que este hogar no es mío; que soy un desterrado de mi solar nativo. Ustedes seguirán escribiendo versos a las concepciones hermosas, y comentando los últimos libros, pero yo... no sé qué me espera...

—La última fiesta, repitió Baldemiro Reyes, el melenudo sonetista de corbata mugrienta, y estrecho traje, que con su aspecto hacía arcaica la moderna bohemia. La última cena, dirás. Hay aquí algún judas?; eres tú perseguido?

Todos volvieron a reír y a beber. El alcohol era el agua bendita de aquellas reuniones, y el humorismo su credo...

La de José Cristóbal, no era una elegante mansión de cemento o de ladrillos; pero sí, aunque de madera, una de las mejores construcciones del pueblo; rodeada de galerías, jardines y arrullo de palomas duendas; en un constante ambiente de tolerancia y de democracia.

Pero lo que realmente constituía el refinamiento de aquella casa, era el salón de los "ágapes cordiales", como los concurrentes mismos lo calificaban. Alfom-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

bras orientales, cuadros de pintores famosos, flores de China, vajillas de plata y cristal... y, por encima de todo, una mujer agradable, como un primer vaso de vino añejo...

—Bien, exclamó el Dr. Raúl Ponce de León—, estamos, pues, en la sesión de clausura de esta sociedad. El Dr. Raúl Ponce de León no era artista; no sabía escribir ni sus recetas, pero era amigo de los intelectuales; nunca dejaba de asistir a aquella peña; y en esa agrupación sin directiva, se diría que él era el presidente, por un tácito y humorístico acuerdo de que gobernara el menos autorizado...

Sin embargo, él tenía un prestigio: su apellido. Y en América todavía los apellidos mandan.

—Es posible, asintió José Cristóbal. No nos vamos a reunir en una catacumba, como los primeros cristianos; ni en una cueva, como los cerdos cimarrones...

—Cabemos en una barca, terció Baldemiro Reyes. Somos pocos, y sería romántico que recitáramos nuestras poesías al vaivén de las olas, tomáramos nuestra ginebra holandesa en cocos de agua, y atravesáramos la ciudad en trajes de baño... Ya Baldemiro Reyes, por su cuenta, había hecho lo que proponía... y, ebrio, como una rata caída en un barril de ron, cruzaba las calles en vestimenta de bañista, con bandera roja en el coche que lo conducía, mientras alguna hetaira cantaba a la paradójica despreocupación de su desgracia...

—No son tiempos de guitarra, sino de trompeta, Baldemiro, dijo Ana Lorenza. Estamos en guerra. El traje es de guerreros. O seguimos la marcha triunfal de los vencedores, o el desfile cariacontecido de los derrotados. No hay recodos en nuestro camino. Esto habrá de acabarse. José Cristóbal tiene razón. En el

río tampoco habrá espacio para trovadores, sino para redes contra los submarinos y obscurecimientos contra los bombardeos...

—Sixto Morel, el más joven de todos, quien, no obstante su mocedad, era reconcentrado, y comenzaba a renovar, escribiendo atrevidas metáforas sobre el maquinismo y los obreros, estuvo de acuerdo con Ana Lorenza:

—Sí, es triste; pero los tiempos cambian, y... las melenas... dijo Sixto, aludiendo a Baldemiro. Bebían. Las risotadas levantaban el vuelo como aeroplanos perseguidores; y Raúl Ponce de León rió tan bruscamente, que estornudó, y su nariz fué una regadera de whisky...

—Perdón, compañeros, exclamó Raúl Ponce de León, mirándose la camisa mojada. De tanto reír, algunos mezclaron las risas con las lágrimas, y, sin saberlo, hacían un símbolo.

Se juntaban para despedirse; y toda despedida vuelve negros sus pañuelos blancos. *Tabaré*, la revista que recogía las inquietudes de estos correligionarios, estaba en una pequeña mesa, mostrando una portada de José Cristóbal: una reina de carnaval, envuelta en serpentinas multicolores, con un peinado antiguo sujeto de largos alfileres; y, al pie, un cuarteto de Baldemiro Reyes, ceñido de líricas galante-rías...

—No asistiré a este entierro, si no es con música, exclamó Apolinar Cesteros, en el círculo el más conocedor de claves y notas, y, sentándose al piano, tocó la marcha fúnebre de Chopín...

Querían olvidar?; se querían engañar, pensando que no era ese el postrer cenáculo? Quién sabe!; el buen humor no es más que una vistosa capa de la desesperanza; el payaso infeliz de la farsa...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Baldemiro ha hablado de judas y de perseguidos, dijo José Cristóbal. Pues bien, eso es todo en la tierra. Traidores y traicionados... Traicionados que se hacen traidores; traidores que son traicionados. Los hombres son como las barajas: hoy ganan, mañana pierden, en un juego desleal.

Baldemiro se concretó a decir: estás dejándote ganar de la duda; con el descreimiento comenzamos a no comprender a la Humanidad, y damos el primer paso del suicidio... Hay que ser fuerte, después de saber que el mundo es hostil...

Al oír esto, Ana Lorenza se mordió los labios. Recordó las noches, aún próximas, en que José Cristóbal se postraba súbitamente, de rodillas; y, sin motivo aparente, apostrofaba y lloraba, y lo sacudía, bramando, la descarga de energías desordenadas de sus abismos interiores...

—Has de saber, José Cristóbal, dijo Víctor de Aza, que tu nombre quiere decir el que lleva a Cristo a cuestras; y Cristo lleva, a su vez, a cuestras a la humanidad, con todos sus yerros. Te vas a echar encima esa carga?...

—No, no tanto, Víctor, contestó José Cristóbal. Lo que me interesa es conocer la porción de verdad que me ha tocado vivir. Si la muerte nos interrogara, con seguridad sería muy poco lo que podríamos expresarle de nosotros mismos, y menos de nuestros amigos, conterráneos y congéneres. Cada hombre es una isla e ignora lo que existe en las recónditas profundidades de su alma; la esfinge de nosotros es la subconciencia. Voy a ser el primer sacerdote que sepa, con absoluta sinceridad, confesarse y confesar a los otros. San Agustín se confesó apasionándose de su personal egoísmo; y Juan Jacobo Rousseau, despreciándose. Nadie ha sabido poner en imparcial clari-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

dad los enigmas de su conciencia. Para conseguir lo que me propongo, sólo puedo decir que saldré de este mundo para conocerlo... para descifrarlo.

En una de sus entradas y salidas, advirtió Ana Lorenza que a la puerta que daba a la calle, había alguien. Era el Dr. Jacobo Terecheski, quien le habló, con su acento italiano:

—E, signora, e dígale a su marido e que quiero verlo...

Aquel hombre rico parecía un pordiosero. Vestía kaki amarillo oscuro, para encubrir la suciedad; sin solapas, para no usar camisa, ni corbata; con un sombrero de fieltro, agrisado por los años; y unos zapatos claveteados, de guardia rural. Al mercado iba a comprar carne barata, casi piltrafa, alegando que era para sus perros, cuando en realidad era para su propia merienda... Y esas privaciones lo ayudaron a hacer su riqueza.

Ana Lorenza, tan educada, tan amable, sin distinción para privilegiados, ni humildes, lo dejó en el vestíbulo, plantado. Era que estaba turbada; que no sabía qué hacer. Además, nadie invita a un verdugo a entrar en su morada, y ese desalmado ya había extremado con ellos su crueldad.

—En seguida, doctor, dijo Ana Lorenza, y entró en la familiar asamblea. No era ya la consocia que sonreía con los ojos, y, a cada instante alargaba las manos con cigarrros, golosinas o copas.

Por mucho que quiso ocultar el desalentador efecto que le había producido aquel visitante, expresamente inoportuno para desconcertar y anonadar, entre sus párpados, antes de despegar los labios, el desaliento tenía apagadas todas las claras luces de su jovialidad... El cielo se nubla como anuncio de lluvia,

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

y aquellos ojos se amortiguaban, mucho antes de llorar, como aviso del llanto...

El nombre del doctor Terecheski, fué una bofetada para José Cristóbal. El lobo había llegado al redil de los corderos. Entonces los asistentes comprendieron la amargura de las bromas de que hacían derroche. Cuando José Cristóbal se repuso un tanto, describió el telón de su tragedia:

—No le queda nada que embargarme. Qué quiere?; yo debería matarlo, y luego... matarme.

—No, Cristóbal, dijo Víctor de Aza.

—No, hombre, exclamó Baldemiro Reyes.

—Baldemiro es abogado, y te puede ayudar, terció el Dr. Raúl Ponce de León; todavía creo que tienes defensa...

—Defensa!; eso creí cuando me fuí a Sierra Prieta en busca de rehabilitación. Aquí, El Jorobado; allá, La Culebra...

El Dr. Jacobo Terecheski era cínico hasta lo incomparable. Lejos de impacientarse por la espera, mientras José Cristóbal volvía en sí de la mala impresión de su presencia en la heredad, o de incomodarse por la ausencia de cortesía en su recibimiento, se deleitaba en la contemplación de aquellos cármes que, a vil precio, quería como retiro tardío.

El instinto del hombre lo conduce, tan pronto como es capaz de ello, a hacer un albergue, o a comprarlo, para vivir. Es así como se juzga un ser completo. Es el impulso instintivo que lleva a las aves de rapiña a construir sus nidos, en los que hieden los huesos de sus víctimas; a las serpientes a buscar los huecos de troncos podridos; y a los cuadrúpedos carnívoros a guarecerse en las humedades pestilentes de sus grutas... Sin embargo, el Dr. Terecheski no era dueño de morada para su misantropía. Hacía más de veinte

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

años que residía en donde lo dejó, sin pagar renta, la bondad de don José Belén, agricultor sobrio, atraído siempre por la querencia de sus sementeras, que de año en año venía al pueblo, para irse, sin detenerse una hora siquiera, y sin haberse quitado su americana de trabajo, ni las polainas.

Si alguna vez, más por casualidad que de intento, don José Belén veía al Dr. Terecheski, el avaro no lo dejaba hablar, y le endilgaba la misma promesa, para no darle nunca ni un centavo:

—E descuide, don José, e' hay que cambiare algunas planchas de zinc e varias tablas, mas e deje eso por mi cuenta...

No obstante, sus puertas y ventanas, carcomidas, no se abrían nunca; y el techo, oxidado, deshaciéndose en goteras, jamás fué removido y reparado. Sólo deseaba atesorar su dinero en efectivo, y enviarlo en liras a los bancos de Italia. Por fin adquirió dos o tres casas, pero como consecuencia involuntaria de las ejecuciones de sus acreencias privilegiadas, con lesiones enormes en su favor, y para venderlas...

Al verse de frente José Cristóbal y el Dr. Jacobo Terecheski, éste sonreía, y aquél tenía una expresión de abatimiento, y sus cabellos parecían más negros, por la palidez de sus mejillas.

—E dispéñseme, signore, e yo no puedo esperare más; e si no me paga en este mes, e tengo que ejecutar la hipoteca...

José Cristóbal perdió su dominio, y le lanzó una injuria, como un dardo:

—Bandido!... Ca... canalla. Yo...

—E usted no puede pelear por mi dinero, e debe pagare...

—Usted me ha estafado; váyase de aquí; o no sé lo que voy a hacer...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—E tiene que desalojare esta propiedad, signore. Le vengo a suplicare, e necesito mi renta para vivere... E nunca pude recibire ni los intereses...

Ciertamente, no había cobrado los réditos. Su interés era no cobrarlos. Aquellos bienes producían poco. José Cristóbal era un inexperto, y el menaje, y las cadenas, y los arados, y los yugos, fueron cayendo en los yugos y las cadenas de las garantías accesorias y suplementarias. Muchas veces la Alcaldía fué vocerío de mercado para la subasta, al son de las campanillas del vendutero, de estos despojos de la imprevisión...

Enloquecido, José Cristóbal había dado la espalda a aquel energúmeno, y volvía con un revólver. Ana Lorenza corrió y lo detuvo, a un palmo del homicidio. Ella era el antídoto de su violencia... de su desesperación... —Váyase, doctor— le dijo Ana Lorenza.

El Dr. Jacobo Terecheski sonrió con perversidad, y se deslizó como un reptil por entre los arbustos circunvecinos... al verse amenazado y expelido. E iba hipando, como un gallo con moquillo.

En un sordo murmullo de desaprobación y de pena, los contertulios de José Cristóbal se ausentaron de... la última fiesta...

Esas cosas estaban olvidadas para otros, pero en tanto Ana Lorenza, amañada, tejía, zurcía, o remendaba, en su celda No. 3, la memoria no la dejaba en paz.



## VII

Un bostezo largo, que subía de los adoquines calentados por el sol, y del fermento hediondo de las cloacas, aquella tarde invitaba a la noche para que llegara pronto a dormir al aburrimiento. Qué sopor! Un gallo alargaba y encogía el pescuezo, buscando su rama-dormitorio, y un perro flaco, trotando en tres patas, llevaba en los ojos el poema de la melancolía. Parpadeaba una estrella, y una campana distante echaba monedas de bronce en la copa del silencio.

Ana Lorenza había dejado caer al suelo el paño en que bordaba, su mirada serena retrocedía y, entre añoranzas, en sus labios comenzaba a nacer una plegaria.

—Dios piadoso que haces estas horas soporíferas, ponme a dormir y a soñar...

Y en aquella penumbra, en el instante en que se diría que la sombra quiere ser luz, y la luz se hace sombra; en que los cuerpos y los espíritus se confunden, saturados en una cósmica vaporización del aliento universal, Don Sebastián, conocedor de las manías de sus reclusos, en puntillas, detrás de un biombo, para no ser visto, preguntó:

—Quién eres tu?

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

A José Cristóbal se le erizó el pelo, dió con los pies en el pavimento, y alzó la cabeza, como si creyera que aquella voz venía del cielo; luego escondió el rostro entre las manos, humillado, como sujeto de un freudiano complejo de atolondramiento, y gritó:

—Ahora, nada!; antes, algo!...

Don Sebastián volvió a preguntar:

—Cómo y dónde comenzó tu vida?...

José Cristóbal, agazapado como una fiera acosada, dijo:

—Palabras! Las palabras son las cárceles del pensamiento, que no dicen nunca lo que la mente quiere expresar. La blanca, la gris, o la roja? Mi vida es una bandera rota en combates desiguales. Engaños y lutos y sangre. El espectro interior. Aniquilado ante todos, pero entero para mi mismo...

Y José Cristóbal, sentado en una piedra, hizo un arco tan tenso de su dorso, que el brazo que asomaba el codo por detrás, mientras lanzaba ideas al espacio, era quizás la flecha con que él creía que estaba cazando estrellas...

Don Sebastián, al azar, exclamó:

—La blanca, José Cristóbal.

Esto fué algo mágico. José Cristóbal, en una regresión de la personalidad, se volvió un párvulo. El ceño adusto de su cara, desapareció. Su lentitud se transformó en la inquietud de la niñez que juega con el agua bajo la lluvia... Y, riendo, se puso a contar un cuento, que Ana Lorenza también oía:

—El padre de mi infancia fué un río azul; mis condiscípulos y yo, nos bañábamos, a veces bajo los aguaceros, y la policía nos amenazaba, por estar desnudos; o, unos a otros, nos hacíamos nudos en las ropas... Yo era pirata, y en las noches, vestidas de gasa de luna, o de terciopelo negro, robábamos frutas



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

en los balandros... Qué delicia!; con anzuelos de largo cordel, las halábamos hasta nuestras yolas...; qué dulces eran!; qué dulces! Después... los hombres me han hecho sufrir ese delito, con retorcimientos de insomnio y pavorosas horas de pesadilla. Oh!, aquellas naranjas. Parecían de oro. Los campesinos nos perseguían, tirándonos otras frutas, que nosotros, divertidos, recojíamos. Huíamos, y nuestros remos, a la vez, le robaban a la corriente sus luminosas gotas, como perlas...

Don Sebastián lo escuchaba complacido, y deseaba seguir oyéndolo:

—Tú eres poeta, José Cristóbal?...

El recluso indagaba, por las cornisas, por las paredes, al través de su ventana, de dónde venía aquella interrogación, que tocaba en el estrujado montón de páginas desprendidas del libro de sus primeros días, y como una reflexión que nada tuviera que hacer con la pregunta, José Cristóbal se incorporó, hablando en forma de hombre que dormido conversa...

—Tenemos varias vidas. Entonces... quién sabe! Había garzas en el aire, y en las orillas flores. El cielo era mío, con todo su azul, y todos sus astros; y la tierra, con sus canoras aves. Yo era un rey, cuyos dominios se extendían más allá del horizonte... Nadie es más rico que quien tiene las riquezas que le dan los sueños...

—Tienes razón, José Cristóbal, dijo Don Sebastián, inefablemente, volviendo él mismo a la infancia, por el candor de José Cristóbal... Todos somos poetas...

—Un loco nunca tiene razón, ni siquiera la razón de su locura, dijo José Cristóbal, con una lógica extravagante que, realmente, le quitaba a él mismo la locura de su razón. Nadie es loco por la razón que pier-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

de, sino por la razón que le quitan, explicó José Cristóbal...

Pero, razonando, se volvió más loco. Con una inusitada violencia, lanzó un jarro de hojalata al cielo raso, y, convulso, dijo un disparate que tenía la solemnidad de un silogismo genial:

—Únicamente en el manicomio soy libre para vivir; porque sin razón soñamos siempre; y la vida es sueño; con la razón, el hombre se hace una máscara que llama realidad; y deja de soñar, que es dejar de existir... Aquí digo lo que quiero, y lo ha dicho un irresponsable.

Don Sebastián pensó: puede un loco hablar así? La contestación podría darla el poeta alemán Hoelderlin, quien, después de muchos años de demencia, escribía: "He gozado lo que hay de agradable en este mundo; los placeres de la juventud se han ido; oh! cuanto tiempo hace! Se fueron abril, mayo y junio, ahora ya no soy nada; ya no me gusta vivir". O quien veía un método en la locura de Hamlet. "El ruiseñor canta en las tinieblas!"

Ana Lorenza se acercó, y dijo:

—Pobre hombre!

—Lo sé, exclamó José Cristóbal, piedad, más que amor es limosna. Y Nietzsche no quiere que el alma mendigue. Un hombre vencido sólo inspira lástima. Sólo el río no me tenía conmiseración. Río benigno, por donde bajaban las balsas y las barcas cargadas de primicias de mi tierra. Río ancho, orlado de mangles, palmas, y uvas, donde los ejércitos de los cangrejos, rojos y azules, no cesaban de estar en campaña... Y parecía que todo lo hacía para divertirme... hasta el temblor de espumas de sus ondas...



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Don Sebastián y Ana Lorenza lo dejaban hablar, como se deja correr el agua, infundidos en un deseo de apaciguamiento. Y José Cristóbal continuaba:

—Cómo se rizaban sus olas con la brisa del mediodía, y cómo nos salpicaba la ropa para oírnos prorumpir en alegres algaradas. El delta nos esperaba, lleno de ostras y almejas, y las pedrezuelas y los caracoles nos hacían daño en las plantas descalzas, para que luego el suave musgo las acariciara... En el espacio, los pelícanos y las gaviotas hacían círculos sobre nuestras cabezas alocadas, tal como los rapazuelos hacen pompas de jabón... Río claro, río manso, como un terso lago, ya la vela blanca de mi vida no cruzará tus ondas, porque se tornó gris, y después sombría...

Ana Lorenza y Don Sebastián salieron de la celda, sin hacer ruido, para que José Cristóbal siguiera navegando en la leve nave de sus deliquios... Pero José Cristóbal buscaba, entre los espíritus fantásticos, una pregunta para seguir hablando...

Nada se movía. Sólo un genio hubiese oído la música de los astros. Más allá de sus barrotes, el espacio y el tiempo se hacían sombra y eternidad... Y del río se levantaba un cierzo que, como hoja de navaja, parecía querer rasurar la hirsuta barba de José Cristóbal. Qué distinta a aquella brisa que reía con él, camino de la isleta de la desembocadura de su río transparente, lo empujaba para que soltara los pájaros ruidosos de sus carcajadas, y revolvía el agua cristalina.

Las variaciones en José Cristóbal eran bruscas y sorprendentes. Por sus músculos descendió un estremecimiento, y un desdoblamiento subconsciente; y

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

engendraron, con aquel vasto silencio y aquella tenebrosidad, un enorme grito de Cristóbal; que desgarró el seno de la noche, y quedó, por unos instantes, vibrando en el alma estremecida de la soledad...

## VIII

Ana Lorenza, de cuando en cuando, salía de su voluntario cautiverio; no a solazarse con la luz, la música, el movimiento, las manos amistosas, las comodidades de la ciudad. Ya le tenía bastante apego a su jaula. Ella no pensaba nunca en sí misma; caminaba con el pensamiento distraído, como si no fuera persona de este mundo. De negro vestida siempre para la calle, como la viuda de un amor deshecho, pero que aún alentaba sobre la tierra. Lo que buscaba en el laberinto de los transeuntes, era una esperanza, que parecía alejarse cada vez más, como se aleja el horizonte a la medida en que vamos hacia él.

En ese trance estaba tan concentrada, era su rostro de expresión tan afligida, tan mustia, que ningún hombre, por cínico que fuera, hubiera osado dirigirle un requiebro, al verla pasar.

Claro se echaba de ver que era una desdichada de virtuoso espíritu. Muchas veces no sabía para dónde iba. Vagaba como dicen que vagan las almas en pena. Volvía sobre sí, en el momento en que el brisote del mar, como con guante injurioso, le daba en las mejillas; o el ruido de los automóviles, o el pregón de algún vendedor ambulante, le hacían zumbiar los oí-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

dos; o uno que otro viandante apresurado la empujaba sin querer...

Este día en que la vemos llegar por los alrededores del Palacio de Gobierno, al tiempo en que el colonial reloj de sol de enfrente marcaba las once de la mañana, la animaba un especial aliento. Entonces no parecía enferma; sólo tenía la apariencia de una convaleciente, en cuyos ojos sonrientes va entrando la claridad de la salud...

Se había esmerado un poco al vestirse; se diría que sus zapatos viejos acababan de ser limpiados; que hasta se había acordado del polvo que suaviza el cutis y encubre el estrago de la miseria... Ante los amigos, no nos inclinamos a presentarnos como demasiado vencidos; un resto de amor propio, de orgullo, nos levanta algo la sojuzgada cerviz. Y andaba con un remedo de aquel pasado en que se movía con grácil cadencia.

Como dos hormigas que suben y bajan por un mismo árbol, cuando Ana Lorenza ascendía por las escalinatas del suntuoso edificio de las Secretarías de Estado, descendía Baldemiro Reyes...

—Qué veo?; nada menos que a Ana Lorenza, dijo Baldemiro, que ya no lucía en el cuello su gran mariposa negra y estaba vestido con un traje a la moda, de legítimo casimir inglés... Cómo pasan los tiempos y se transforman las personas!...

—Sí, parezco otra, dijo Ana Lorenza, mientras dejaba que Baldemiro le estrechara la diestra pálida...

El poeta Baldemiro Reyes esquivó el comentario, y exclamó:

—Sabes?; Raúl Ponce de León es el Secretario de Sanidad...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Lo sé, vengo a verlo, repuso Ana Lorenza. De su ramo depende el Sanatorio... Aspiro a que interceda en nuestra desgracia...

Aquel profesional inculto, incapaz de saber curar un panadizo, de quien se reían cordialmente los contertulios de José Cristóbal, era Ministro... Baldemiro Reyes, a su vez, ya no escribía versos de románticas galanterías a reinas de carnaval... Eran estadistas. Cosas del Nuevo Mundo, pensó Ana Lorenza; menos mal, se explicó ella, que Raúl es médico. A veces el Ministro de Justicia es agrimensor, y el de Obras Públicas abogado, o general... En nuestra América la política tiene especiales exigencias y... caprichos... Pero en un continente en el que faltan técnicos, esto es un error.

Entre ambos, la conversación fué breve:

—Baldemiro: Cómo está José Cristóbal?

—Ana Lorenza: Aliviado.

—Baldemiro: No voy a verlo porque me apena...

—Ana Lorenza: Gracias!...

Y Baldemiro Reyes, que ya no cruzaba las avenidas con hetairas, al compás de canciones licenciosas, muy circunspecto, bajó las escalinatas, en vez de acompañarla a visitar al Señor Ministro...

Ana Lorenza no se descorazonó, porque ya estaba amaestrado su corazón. Se le había santificado, de tanto sufrir, en el calvario de atender a su marido...

El conserje de servicio, al verla acercarse, se puso en pié, como interceptándole el paso...

—Dígale al Ministro que es Ana Lorenza...

Cuando el mensajero hubo traspuesto el pasillo que mediaba, y anunció a la visitante, el Dr. Raúl Ponce de León dijo, entre el recuerdo y el olvido:

—Ana... qué?

—Ana Lorenza, dijo el mensajero.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Ah! Dígale que vuelva, que me llamaron de la Presidencia...

Un loco es un muerto; y el pasado es un espejismo, quizás pensó el Dr. Raúl Ponce de León. Aquel "creo que tienes defensa todavía", que pronunció en la última fiesta, para darle valor a José Cristóbal, ya no tenía aplicación y decía su frase hecha: "la vida sigue su marcha"...

Sorprendía ver cómo hablaba la prensa del Dr. Ponce de León. Las gacetillas de sus cumpleaños, eran aparte, en negrillas; las de los demás, generalmente iban por montones, en el llamado común de las gentes. Desde luego, José Cristóbal no figuraba en ninguna de ellas, porque José Cristóbal... no existía para el mundo de las categorías sociales.

Ana Lorenza bajó a la calle; el reloj de sol señalaba las doce, y un enjambre de empleados de todas clases, impacientes por ir hasta la mesa de comer de sus casas, para volver a las dos horas a la rutinaria labor de los escritorios y los mostradores, formaba un enredo de entrecruzados caminos...

Solitaria, en el océano de la multitud!; qué mayor soledad? Qué era de esa esperanza, que cuando creía alcanzarla se le iba de entre las manos?; qué naturaleza de amigos es esa, que en el regocijo se abrazan, y en la condolencia se olvidan?...

Se había demorado al cruzar una avenida. Un policía no sabía cómo distribuir el tránsito. Pero cuando el Secretario de Estado de Sanidad, Dr. Raúl Ponce de León se asomó al sitio, todo fué paralizado para que él pasara... Así es la vida, pensó Ana Lorenza, y hay que tomarla como ella es... Más tarde, cuando los otoños transcurran y echen al viento muchas de sus hojas, quizás Raúl Ponce de León esté en una esquina, con las manos en los bolsillos, espe-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

rando, con las trazas del infortunio en la ropa, paso franco en la muchedumbre, para escurrirse...; y mirará, y no lo mirarán; y cuando no esté mirando, se pararán a contemplarlo; él, entonces, sabrá lo que es el hermano hombre; y se endurecerá como la arcilla puesta al sol, cada vez más; hasta cuando en su interior todo esté seco, no sólo para los demás, sino también para sí mismo... ; Benditos sean los pocos que escapan a ese proceso de impiedad!

Al fin, Ana Lorenza pudo avanzar. Excepto la pérdida de ilusión de Ana Lorenza, en todo comenzaba la primavera: en los trajes de las mujeres; en los jardines de las residencias; en el cielo despejado, en el aire perfumado y volátil; y sobre todo, en la sangre cálida de la juventud, que se volvía amor en las miradas...

Cuando, penosamente, Ana Lorenza, como por un vía crucis, trepaba por el alcor del Sanatorio, vió a la distancia a José Cristóbal, fumando el cigarrillo que le dió un transeunte condescendiente. Era lo único que pedía, como si el humo fuera la representación de las efímeras quimeras que nos perturban...

José Cristóbal se apeó del umbral de la ventana en que estaba, como para esperarla...

Volvían a estar juntos...

—Qué Humanidad!, exclamó Ana Lorenza, para aliviarse de la pesadumbre... En una de esas exclamaciones en que prorrumpimos, creyéndonos sin testigos...

Pero José Cristóbal era un testigo, atolondrado, que a veces hablaba desconcertando a los demás:

—Sí, dijo José Cristóbal, tonto es quien piensa que la gente se compadece de lo que ella misma no sufre; si ve un enfermo, cree que nunca se va a enfer-

mar; si ve un difunto, procede como si no fuera a morir algún día. Amigos... Si, de nuestro bienestar; pero cuando éste termina, terminan también. Cuando la miseria entra por la puerta, el amor sale por la ventana. Por eso vine aquí, para comprobar que me olvidan, y que a "mi viuda", la ven como a una intrusa. No era, como dijo Baldemiro Reyes, en nuestra última cena, que me estaba dejando ganar de la duda, sino, al contrario, que no quería equivocarme más sobre la ingratitud de los hombres, y convencerme, radicalmente... de la inconsecuencia de mis propios compañeros...

Ana Lorenza permaneció mirándolo. No hay lucidez en los locos, se dijo; esos estados no son más que situaciones anteriores, que pasan, fugazmente, como resplandores sobre el abismo...; estrellas que resplandecen más, para desaparecer...

—Equivocados! No me despedí de ellos; me despedí de mí mismo, dijo José Cristóbal, con los ojos muy abiertos, como si fuera la estatua del horror...

Ana Lorenza se puso a rezar: somos corderos de Dios; hágase, Señor, tu voluntad...

—Agnusdei! —exclamó José Cristóbal— Si somos sus corderos, por qué nos entrega a los lobos a veces, para que nos devoren?; debe ser que tenemos un pecado original que expiar, destruyéndonos los unos a los otros...

Como una coincidencia, o como un eco, Ana Lorenza, continuando, exclamó:

—El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: bendito sea el nombre del Señor...

—Bendito sea; porque no vamos a maldecir el eterno refugio que nos espera... Pero maldito sea el mundo, que tiene como regla la falsedad, el odio y la guerra... Y que desaparezca, para que Dios haga

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

otro, en el que, ya sin pecados que lamentar, redimidos, la tierra sea el trono de la concordia y de la paz... exclamó José Cristóbal.

Al cabo de lentas horas, la tarde iba cayendo, y el ángelus vibró en las campanas...

Don Sebastián apareció con sus llaves, y encerró a José Cristóbal. Ana Lorenza, cabizbaja, penetró en su celda... y rezaba: Padre nuestro, que estás en los cielos...



## IX

Aquel manicomio era... un manicomio. Como lo leéis. Otros establecimientos de enfermos de la mente parecen... hospitales: por la limpieza; por el orden; por los pabellones clasificados e independientes; y por los jardines amplios como parques, en que se ven tranquilas parejas en los bancos, bajo las alamedas.

Aquella casa de locos estaba en un convento colonial de antaño, de paredes despedazadas que semejaban obeliscos, en cuyas cúspides crecían higos silvestres, que alargaban las visibles y nudosas raíces, desde gran altura, como manos del hambre, hasta el verdadero suelo. En lo demás había helechos y matorrales enmarañados, blanqueados por el polvo de la argamasa derruida. Un semicírculo de pequeñas casas amenazadas constantemente por las altas piedras, eran enanos rodeando a un hércules mal herido, bajo un frecuente revuelo de golondrinas... Y en su interior, por los gritos, parecía que estaba atormentado el espíritu de la ciudad.

Sabemos que ya se ha adelantado mucho en el sistema de los sanatorios para desequilibrados, y en el de las penitenciarías. Digamos entonces que la institución que estaba albergada en aquel viejo edificio,

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

era una inhumana cárcel que además tenía los caracteres de un mal sanatorio...

En el elevado dintel de la puerta principal, en que se veían los vestigios de una arquitectura cercana de los tiempos del descubrimiento de América, se erguía un pequeño busto del Padre Billini, filántropo que fundó ese centro de beneficencia. Cualquiera diría de penitencia. Pero, en verdad, más malo hubiese sido que los alienados siguieran vagando por los pueblos, como endemoniados... Algo es mejor que nada...

La gente dice, al ver una casa muy revuelta: parece un manicomio. Por eso dijimos: aquel manicomio era... un manicomio...

Los lunes, a los quehaceres ordinarios, se unía el aseo general. Una docena de mozuelas pobretonas hacía filas junto a la artesa de lavar la ropa y los cobertores de las camas. Cuatro o seis jornaleros forzudos baldeaban los pisos con agua de creolina. Afuera, en el patio, mujeres y hombres semidesnudos, en quienes el pudor no aparecía, gesticulaban y exhibían los restos materiales y morales de sus existencias; la tuberculosis sumaba sus esputos y su flaccidez, para hacer más patético el cuadro; y, entre ellos, Ana Lorenza, interviniendo en el trabajo, o dando consejos, se movía, como una divina aparición...

Como excepción, una muchacha delgada, alta y blanca, como una florecida caña de azucenas, se cubría las carnes, y se tocaba con un velo que le caía hasta los hombros, como para unas bodas con un caballero que no llegaba nunca. Había datos de que tenía amores con un apuesto español, que puso entre los dos los inconstantes oleajes del mar; y, dejándole el lenitivo de una promesa matrimonial, no volvió. Con la alteza de una gran dignidad distraída, la Dama Blanca (así la llamaban) recitaba los versos de El

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Vaso Verde, de Altagracia Saviñón, como perenne obsesión de ese amor romántico que truncó la vida:

*Mi vaso glauco, pálido y amado,  
donde guardo mis flores predilectas,  
tiene el color de las marinas algas,  
tiene el color de la esperanza muerta...*

*Las flores tristes, las dolientes flores  
en el agua del vaso se refrescan,  
y bañan sus corolas pensativas  
en una blanca idealidad de perlas;  
y luego se van lejos... se marchitan  
abandonadas, pálidas, enfermas;  
muy lejos del cariño de ese vaso  
que es del color de la esperanza muerta.*

*Y cuando sola, pensativa, herida  
por la eterna nostalgia,  
siento un perfume triste, moribundo,  
que llega hasta mi alma...  
pienso en mis pobres flores, las marchitas,  
que antes de marchitarse se despiden  
taciturnas y trágicas  
de ese vaso de pálidos reflejos  
que es del color de las marinas algas!...*

El comienzo de semana que hemos escogido para relatar lo que allí pasaba, ya a mediodía toda la ropa se balanceaba en los cordeles, como deshilachadas y descoloridas banderas. La última lavaza corría por las cunetas. Y las lavanderas y los peones se habían ausentado. Una hilera de calderos humeantes, negreaba sobre los fogones de tres piedras. En la larga mesa sin mantel del comedor, golpeaban las abolladas fuentes y las desgastadas cucharas...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Era la hora en que Atanasio Rincón, el loquero, empuñando su bastón, entraba en sus funciones principales. Los dos o tres locos furiosos quedaban encerrados. Ana Lorenza y José Cristóbal comían en sus celdas. Don Sebastián vigilaba el trabajo de los cocineros y sus ayudantes.

Atanasio era pacífico; pero tenía seis pies de estatura y doscientas veinte y cinco libras de peso. Y sólo el saber que aquel gigante había sido loco, infundía sobresalto...

Don Sebastián tocó un pito. Era la consigna para que, a la vez, su ayudante ordenara servir la comida. Pero Atanasio denotaba estar malhumorado, y no fué tan diligente como de costumbre. Frunció el entrecejo. Miró de mala manera al Administrador, y..., paso entre paso, se fué a su faena...

Don Sebastián se dijo: "el buey manso, mató a su amo"; "del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libro yo"... y entró en su habitación, como quien no había resuelto nada, y..., se metió en un bolsillo su pistola...

A la vista de Atanasio, los locos estaban amedrentados, y comían y bebían como su estado y su instinto se lo permitían.

Pero había uno a quien el reciente cambio de la luna quizás le había hecho daño, pues estaba demasiado inquieto, y se subió a la mesa, con el consiguiente estrépito de los metales y de los internados...

Atanasio Rincón ejercía su autoridad sin despegar los labios, y únicamente los miró. Cornelio, el loco levantisco, se engurruñó, como un gato, y se deslizó hasta su asiento...

A poco, por el ruido descomunal que hubo, Don Sebastián entró en el comedor, paseó su mirada inquisidora, y volvió a salir... A un domador de fieras

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

le basta una varita, al Administrador le bastaba un gesto...

El ceño de Atanasio cada vez era más adusto. Se diría que acaso también el selenio lo había alumbrado, y le había dejado su maleficio...

—Locos gobernando a locos, voceó José Cristóbal, desde su contiguo aposento. Por eso son las guerras. Quién ha dicho que un loco puede aconsejarle cordura a nadie? Ahí están Mussolini y Hitler, como Guillermo II, llevando a sus pueblos a la muerte...

Atanasio Rincón se irguió, silencioso y retador, como un toro montaraz que oye pasos. Los demás, contrasentidos de lunáticos, prorrumpieron en horribles carcajadas...

Todos volvieron a conducirse con relativa circunspección, como es dable a quienes no tienen en orden ni sus pensamientos. Pero el absurdo era siempre la regla...

Unos habían comido demasiado, otros no habían probado de alimento absolutamente nada; algunos se habían lavado las manos en los jarros para beber; mientras Cornelio se puso, como un sombrero, su plato en la cabeza...

Atanasio vió con disgusto lo que hizo Cornelio. Era un desacato a su autoridad; pero, sobre todo, era una brasa más en la hoguera del odio que Atanasio Rincón sentía por Cornelio, y le hacía verlo con gran ojeriza.

Si la antipatía de las gentes de distintos temperamentos, de los cuerdos que han tenido rencillas, es temible, con mayor razón lo es entre los que no tienen juicio sano. En el alma entonces sólo queda un fondo de caverna, que hace retroceder hacia los primitivos tiempos en los que el hombre no sabía sonreír, sino enseñar los dientes, en amenazador gruñido; no tenía



## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

amigos, sino rivales; no tenía futuro, sino presente, ni casa, sino guarida; ésto es, el predominio de su brutalidad desenfrenada, que arrastraba a la destrucción, para no ser destruído...

Solamente una persona había caído en la cuenta de los barruntos de la tragedia: Ana Lorenza, la devota, la abnegada, la que dejando caer en la falda el encaje que tejía, de cuando en cuando, al través de la ventana de su apartamento, contemplaba la abigarrada mezcolanza.

—Va a haber sangre, dijo Ana Lorenza, que ya, por no tener casi nunca con quien conversar, hablaba a solas...

—Sangre!,... gritó José Cristóbal; hay gentes a quienes les gusta el olor a sangre, y no pueden vivir sin derramarla. A Don Sebastián, por ejemplo, lo estremece verse cerca del sexo femenino, y es lujurioso; a mi abuela, la inofensiva, le entusiasmaba oler el café molido... y se lo llevaba a la boca, como si el aroma fuera un incentivo para el sabor. Viene después el pesar. Pues bien, muchos matan por ver correr la sangre, aunque luego sobrevenga el remordimiento de haber matado. Y mezclan el placer con el padecer. Y si de por medio hay algo, como el poder, o la riqueza, como impulso, entonces se imponen los grandes criminales. Por amor, un hombre dice: la maté porque la quería; pero difícilmente vuelve a matar. Los ambiciosos de mando, los engreídos del lujo, asesinan y tornan a asesinar, porque nunca agotan su propia pasión, como el amante...

—Pobre José Cristóbal, exclamó, en esta vez también en alta voz, Ana Lorenza. Era la frase que resumía la piedad que le inspiraba su compañero. Y se le acercó a pasarle la mano por la frente, aunque con el temor de que tuviera una de sus repentinas

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

exaltaciones. José Cristóbal, al sentir aquella caricia, ni se movió siquiera; sentado en su poyo adosado a la puerta, la contempló con una mirada vacía de mensajes. Y entonces Ana Lorenza creía en la recuperación de José Cristóbal. Pero esa impresión conmovedora fué interrumpida:

—Atanasiooo!... Don Sebastián, inesperadamente, había visto la cara trágica del rencor, sin poder evitar que se desencadenara... Era que el loquero, Atanasio, descargaba un trancazo sobre la cabeza de Cornelio; pero con tan mal tino, que lo erró, y perdió el equilibrio, cayendo de bruces.

El odio no necesita de la razón, sino del instinto, para actuar. Cornelio agarró el palo, y le dió con tal saña a su adversario, que los sesos de Atanasio Rincón se esparcieron por la mesa y el suelo, y, sanguinolentos y tibios, algunos locos los recogían con los dedos, como en un inconsciente rito bárbaro...

Cornelio, impávido, con reposo, como si no fuera el protagonista de un duelo a muerte, dijo:

—Toma!; a mí no me gustan los juegos!... Pero Don Sebastián corrió con su bergajo, y, en un azote despiadado, en que más castigaba la posible pérdida de la administración, que el homicidio, dejó estampados en las costillas de Cornelio los secos y retorcidos ligamentos de su látigo restallante...

—Misericordia, Señor, musitó Ana Lorenza. En qué infierno he tenido que vivir!... Pero sabía que ese era su sitio de martirizada, para luego llegar a la salvación.

—Perdóneme, señora, dijo jadeante aún, Don Sebastián, si la he hecho sufrir. Aquí cualquiera que venga cuerdo, se vuelve loco... Esa es la verdad.

—José Cristóbal era el misterioso personaje de las sentencias:

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Los irresponsables no deben nada; pero los responsables tienen que pagar sus atrocidades...

—Tengo miedo a veces, a pesar de que me sobrepongo, pensó Ana Lorenza, mientras miraba aquel cadáver; y sus manos y sus labios le daban limosna de luz y de rezo; pero que sin una lágrima, ni una flor, ni un lazo de cinta, de los seres que quiso en la tierra, iba, sin séquito, a ser enterrado, como un perro rabioso; después de la carrera de un auriga impaciente por dejar su carga, desprovista de la gracia del agua bendita y de la grave salmodia de las exequias...

## X

De tarde en tarde, a la sombra de los derruidos muros del sanatorio, acudían las parejas de jóvenes enamorados; tal como, en plenitud de natural amor, sobre los pinos de los cementerios hacen sus nidos los ruiseñores...

Detrás de ellos, en ese claustro, estaba el sufrimiento; pero delante tenían el mar plácido, vestido de azul y blanco, en armonía con las verdes colinas de la ribera. Y, cerca, una pequeña iglesia, entre árboles, dejaba ver su puerta, como una invitación al vuelo del espíritu...

Así hace la vida sus cuadros: de luz y de sombra, de risa y de llanto...

En esta vez, había una mujer toda delicadeza y gracia. Lucía un traje albo de princesa de ensueño, con una rivalidad de primores entre las piedras preciosas que fulgían en sus dedos —una enorme agua marina y un gran brillante— y las esmeraldas de sus ojos, los rubíes de su sonriente boca, y el mármol de su piel. Y nunca las piedras preciosas... fueron menos preciosas al competir.

Su compañero era pulcro militar, que correspondía a aquella hermosura, con las notas de plata de sus espuelas, el esplendor de oro de su uniforme, y una varonil bizarría de príncipe...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Diríase dos prototipos del abolengo hispánico, que se remonta a los caballerescos tiempos de hidalguía y de refinamiento de la Corte de Doña María de Toledo, en los que esta blasonada ciudad tenía su Alcázar de Don Diego Colón y su calle de Las Damas, albergues de la flor y nata de un pasado de dichosa distinción...

Algunos novios se iban también a los muelles, a las playas, a los cinemas, en miras de un apartamiento contra la curiosidad. Estos son los apolíneos, los que aman la serenidad. Otros se dejaban seducir por los bailes, los conciertos al aire libre, los deportes pugilísticos. Forman la falange de los dionisiacos, sacudidos por la inquietud. Por eso, hay admiradores para un tranquilo atardecer, y para una revuelta bacanal. Esta pareja eligió ese sitio, como un paréntesis de gran intimidad...

Para Ana Lorenza era un remanso asistir, a la puesta del sol, sin que se notara su presencia, a aquel amoroso idilio que soñaba en su retraimiento. Y conoció hasta sus nombres, cuando él la decía, con arrobo:

—Eres, Gloria, mi gloria. Y ella era entonces toda sensibilidad, en cuyos ojos, en cuya tez, en cuyos labios, en cuyas manos, sólo podían posarse, sin hacer daño, las alas acariciantes de los suspiros y del amor espiritual...

—Y tú, mi Héctor, decía ella con el susurro del airecillo que rastrea por el césped, eres más: eres mi Dios; se puede vivir sin la gloria, pero no se puede vivir sin Dios... Y alzaba los brazos en forma de ánfora griega, para ponerle las manos en los hombros, como dos palomas blancas que quisieran darse al aire y al cielo...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Héctor entornaba sus ojos, para ver su dicha, mejor que en la realidad, en el ensueño; mientras el firmamento cambiaba sus colores para la amplia explanada del crepúsculo, y en aquellos corazones llegaba a su apogeo la adoración...

Ana Lorenza pensaba: —Apolo preside en ese encantador noviazgo, que va, derecho, hacia las gradas del altar nupcial. Y sentía deseos de que nada perturbara el placer de aquel concierto...

Un leve rubor coloreó las mejillas de Gloria, le hizo caer, de fruición, el labio inferior, y estuvo a punto de nacerle una sonrisa. Pero el brillo de su mirar y los dos hoyuelos de su boca, se adelantaron a anunciar la alegría de aquella alma en éxtasis...

José Cristóbal, desde su ventana contemplaba el atardecer, con una larga mirada sin pensamiento, que se le perdía en el infinito; quizás buscando entre los astros la lucecita errátil de su alma atormentada, o era un S. O. S. en el misterio...

—Ves ese enfermo?, le preguntó Héctor a Gloria, señalando hacia donde estaba José Cristóbal.

—Sí, hace rato que lo veo ahí; carente de sentido; sin noción de la vida consciente; sin interesarse en nada; ajeno de sí mismo; como un cuerpo sin espíritu...

—Sin embargo, dijo Héctor, tiene su idea fija, su tema, como todos los locos. Ya verás que, si me acerco a él, me pide un cigarrillo. Ni pide, ni acepta otra cosa...

Héctor caminó en dirección del mirador de José Cristóbal. Este cambió la postura, y se reanimó, solicitándole un pitillo, que Héctor le dió encendido. Al instante, el humo formaba los signos de una misteriosa radiotelegrafía indescifrable... y fumaba y tornaba a fumar, en reiterativa ocupación nerviosa...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Con ese sencillo donativo, me has hecho mucho bien, Héctor. Con eso sé que eres capaz de sentir cariño. Las acciones pequeñas tienen el origen de las grandes. Yo conozco las personas por el saludo, por el tono de la voz, y por el ademán; y comprendo si se entregan, o se niegan al prójimo; esto es, si son altruistas, o egocéntricas...

—Buena cualidad, para ser espía, dijo Héctor...

Gloria, instintivamente, se llevó un índice a los labios, en demanda de silencio. La segunda contienda mundial estaba en la indecisión de la victoria. Todo inspiraba sospecha. A corta distancia de la costa de nuestra República, los submarinos alemanes estaban infestando los mares; y el espionaje internacional, la quinta columna, era un semillero esparcido en toda la tierra. Millones de hombres habían muerto por los avisos en clave de estos agentes de todas clases, desde vendedores de periódicos, hasta célebres bailarinas. La palabra pronunciada por Héctor, pues, era la más terrible, la más inquietante de aquellos días. La orden de ¡fuego!; las sentencias de fusilamientos; el ataque por sorpresa; las traiciones; los bombardeos de ciudades; los pactos secretos; con estar preñados de muerte y de horror, no significaban tanto en el código pavoroso de la guerra, como la palabra espía.

—Te asustas!, dijo Héctor, como arrepentido de haberla intranquilizado.

—No, contestó Gloria, soy precavida, simplemente; las paredes oyen, y estamos en peligro... Mis hermanos están peleando en Europa, y mi padre murió en una trinchera. No es justo que yo sea imprudente...

Los verdes ojos de Gloria cobraron una inusitada expresión. Y, como para distraerla, Héctor exclamó, levantando la diestra a la altura de la boca:

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Yo tocaré uno de los clarines cuando triunfemos...

—Todavía estás por decidirte, Héctor. Parece que prefieres tus charreteras a mi afecto, reconvino Gloria, con prontitud.

El teniente de caballería se irguió, la miró, detenidamente, y replicó:

—Te he dado pruebas. Contigo: vencer, o morir. Dos barcos hundidos, es bastante... No había duda, estaba conquistado; dijo una redonda frase: "haré por tí lo que te plazca"... Y un beso, inefable y detenido, les dejó los labios pálidos...

Ana Lorenza observaba y oía, mientras tejía los pulcros pañuelos de hilo que, para ayudarse en su pobreza, vendía a las damas de la ciudad...

Enfrente, en un antiguo edificio de techo bajo y puertas estrechas, había un Instituto. A esa hora iban entrando los socios: el embajador español, el ministro alemán, y otros...

Héctor y Gloria tomaban nota, distraídamente...

Aquella pareja, que al principio Ana Lorenza juzgó de inocentes novios, se la representaba ahora extraña, y su imaginación comenzó a combinar conjeturas: aquellas joyas, aquel acento extranjero de Gloria... aquella vigilancia del Instituto Alemán... Para mí, pensó Ana Lorenza, son espías; pero al servicio de quién?, se preguntaba ella misma...

Ya José Cristóbal había tirado a la calle la colilla, y, como quien censura, exclamó:

—El secreto y la propaganda. Esos son los dos pilares de la hipocresía, y de la perversidad. Hay que alzar la mentira como si fuera verdad, y ocultar la verdad, como si fuera mentira; según la conveniencia de los individuos y de las naciones. No habrá hom-



bres honrados, porque la atmósfera que los rodea, los asfixiará. Aumentarán los descubrimientos y los inventos. Una plataforma se podrá inmovilizar a ocho mil kilómetros de nuestro planeta, para estudiar la Luna; pero en la misma geométrica proporción, el espíritu regresará hacia el instinto...

Una misma interrogación hizo temblar los labios de Héctor y de Gloria, y suspendió la labor de Ana Lorenza:

—Hablan así los locos? Pero esa pregunta se quedó atragantada, y se volvió un mudo asombro...

José Cristóbal tornó a hablar:

—Sé que estais asombrados. Antes la verdad se buscaba para comunicarla, aunque condujera al sacrificio, como a Galileo y a Giordano Bruno. Pero en la actualidad cada estado, cada persona, mantienen su conocimiento en secreto; y, en secreto, trata de conocer el secreto ajeno, sobre todo si sirve para su defensa... Armas secretas!; he ahí lo que caracteriza a esta época...

Todos estaban suspensos de ese discurso, de ese monólogo acusador. Pero de qué superconsciencia surgía?...

José Cristóbal, como si adivinara, continuó:

—Es el anatema de los oprimidos, como yo; de los que no tienen pan, entre los millones de toneladas de trigo que se producen; que no tienen café, a pesar de que, para que suba el precio, se bota la cosecha, y se hace del océano una inmensa cafetera criminal; que no tienen ropa, que no tienen techo...

—Eso lo llaman comunismo, dijo Gloria. El comunismo, agregó, es una locura colectiva. Pero, en verdad, hay que mejorar a los trabajadores, hay que darles una parte de las ganancias, hay que acortar las distancias entre las clases sociales...



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Y lo que tú dices, lo llaman socialismo liberal, o liberalismo socialista, dijo Héctor. Algunos lo denominan democracia avanzada...

Era una coincidencia?... Lo cierto es que, siguiendo algo como una lógica preconcebida, José Cristóbal exclamó:

—No es asunto de nombres; es cuestión de justicia. Por qué si yo no puedo trabajar, no le dan a mi mujer una pensión?; por qué, al menos, no impidieron que El Jorobado y La Culebra me lo quitaran todo?... Días vendrán en que a nadie se le podrá embargar lo que necesita para subsistir, y a todo desempleado se le dé un seguro con qué comer siquiera. Por la boca de aquel hombre, parecía que hablaba el espíritu de otro hombre, de un mundo ignorado, en que los sueños fueran realidades, y las realidades sueños.

Eran las seis de la tarde, y, bruscamente, Don Sebastián apartó a José Cristóbal, y cerró la ventana...

—Nos han cerrado un libro, dijo Gloria. Un libro que no sabemos a dónde iba a parar...

—A donde paran las cosas de todos los desequilibrados: en el absurdo, dijo Héctor.

—Te equivocas, reconvino Gloria. En la vida y en el arte, hay ilustres locos que han dicho grandes mensajes. Nietzsche y Don Quijote, por ejemplo. Y existen apóstoles que sólo el tiempo descubre...

Del Instituto salían los miembros de la asamblea, y al pasar, muy derecho, junto a ellos, el ministro alemán saludó con breve cortesía a Héctor y a Gloria. Ana Lorenza comprendió que Héctor y Gloria eran agentes del Eje Roma-Berlín, y que ya se iban a ausentar. Y salió a ofrecerles una pequeña caja con media docena de pañuelos...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Ana Lorenza, con su traje "de promesa", que ella le cumplía a Santa Marta, de algodón tramado, rodeado en la cintura por un cordón rematado en borlas, era una hermana de la caridad, una monja sin monasterio, que movía a la benevolencia... Pero no dijo quién era. Su discreción correspondía a su amor hondo y sincero; y se consagraba a él sin ostentación...

—Muy lindos, dijo Héctor, tomando uno de los pañuelos.

—Oh!, tienen una H, dijo Gloria, con viva simpatía. Era el detalle que, con habilidad, había puesto Ana Lorenza, y que le iba a otorgar el buen resultado...

—Pues como tienen mi inicial, te los regalo, Gloria, dijo Héctor, alargándole el presente, y dándole un billete de cinco pesos a la vendedora...

Los senderos y las almas se entrecruzaron hacia el recogimiento hogareño; y el día, espléndido álbum, había vuelto una de sus páginas de sol...

Una semana después, los periódicos anunciaban la declaración de guerra de nuestra República contra Alemania; Héctor Singerman era destituido del Ejército de la República, por connivencia con el enemigo; Gloria de la Fuente, la genuina española de los ojos verdes, procesada como agente que operaba con una estación clandestina de radio, era deportada como extranjera peligrosa, y otro romance caía en las redes traidoras de la desilusión...

Pero se casaron en el destierro; y vivieron su poema; porque se amaban de veras; y el amor no se detiene aunque tenga que sufrir, esperar, e ir a hacer su nido en la extremidad del mundo...

## XI

Uno de los tipos de novela y de tragedia en América, es el acaparador: de tierras, de cosechas, de ganado... Eso no lo sabía José Cristóbal, cuando, después de la amenaza de El Jorobado, anheloso de paz, se fué al campo de Juana La Blanca...

Quién lo diría; llegó, de tránsito, a El Mamón, la guarida de Miguel Angel Espada. Una casa de madera, en forma de castillo, se alzaba sobre un cerro, dominando una desembarazada vista, a la redonda, de veinte millas. Además, traillas de perros feroces, miradores, escopetas, alambradas, caballos enjaezados, espías, trabajadores que eran esbirros de reserva para el crimen, y una mujer de amante, Graciela de la Selva, para aplacar ese estado de ánimo de perenne guerra, formaban parte de esa fortaleza preparada para un sitio... Una tienda, por medio de la cual volvían a sus arcas, en forma de órdenes de crédito, los escasos salarios que pagaba a la gente de sus cañales, sus potreros, sus descascaradoras de arroz, y de maíz, y sus cortes de madera, enfilaba sus botellas y sus graneros en aquella diabólica heredad...

Era tal el espíritu de maldad que se apoderaba de aquel ambiente, que la superstición decía que Mi-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

guel Angel Espada trabajaba aliado a Barrabás; pues en increíble corto tiempo, talaba y tumbaba un tupido monte de cincuenta hectáreas, convirtiéndolo en tierra de sembradura.

Infelices!; los mismos secuaces de Miguel Angel Espada estaban tan ciegos para juzgarlo, que no veían que hasta de noche, con cientos de hombres, hacía sus trochas, ponía sus empalizadas, de alambre con púas; y con la caída de los grandes árboles, extendía el espanto y la leyenda de misterio, por el hurraño silencio de los caminos...

El Mamón estaba en el extremo de malos senderos, para substraerlo al imperio de la ley y de la civilización. Pero de uso exclusivo tenía un teléfono para llamar, aunque casi nunca para contestar. Las carretas estaban en el viaje quince días, y rompían los pérdigos y las llantas. Miguel Angel Espada sonreía: las provisiones eran vendidas muy caras, para reparar esos daños. La cuestión era que hasta ese lugar no se arriesgara quien no fuera avezado peón en el tablero de sus planes...

Ese castillo no abría nunca sus puertas y ventanas, pues no deseaba que nadie más que sus contados mayoresales supiera si estaba presente, o no, en su atalaya; sino cuando claramente a Miguel Angel Espada mismo le convenía romper ese sigilo...

De cuando en cuando, unos anteojos de campaña, de largo alcance, escudriñaban en el confín de la llanura, que se extendía, llena de reses y caballos sueltos, y dilatada como la pampa.

Esos terrenos habían vuelto a ser sabanas. Pocos años antes, la habilidad timadora de Miguel Angel Espada los había sembrado de cañas dulces. Y un día prefijado, de cielo claro, en el comienzo de una radiante primavera, invitó a Mr. George Bradly, Adminis-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

trador General del Central Filipinas, a que viera y admirara aquella maravilla de verdura...

—Oh!, dijo, entusiasmado, el inglés, recién llegado a Las Antillas— esa caña dar treinta toneladas por acre, se-gu-ra-men-te.

—No, Mr. Bradly, usted se equivoca, estas tierras fértiles producen cuarenta y cinco toneladas de caña por esa medida inglesa... Y Miguel Angel Espada recalcó la palabra "inglesa", como un puente suavemente tendido hacia la credulidad de aquel caballero de Londres, que aún no sabía que por el Mar Caribe hay muchos caballeros... de industria.

—La Compañía comprar usted esta propiedad, dijo Mr. Bradly, mientras la brisa acariciaba aquel campo para unas bodas con la estafa...

Eso era lo que quería oír Miguel Angel Espada de los labios de Mr. George Bradly; pero sinuoso como un reptil, por lo que lo llamaban La Culebra, simuló sorprenderse:

—Tomemos nuestro whisky, Mr. Bradly, y no hablemos de negocio; esta propiedad me cuesta un capital; y a pesar de que este vocablo por sí solo no expresaba lo que Miguel Angel Espada quería decir, en la manera de pronunciarlo equivalía a las minas de estaño de Bolivia...

—No creer, don Miguel, usted se oponer a mis deseos; la Compañía necesitar aumentar su zafra, desde el año que viene, y usted saber nuestras líneas pasar pronto por este lugar, en espera de nuevos fomentos...

—Entonces, Mr. Bradly, por favor —dijo Miguel Angel Espada— no me ponga en el desagradable compromiso de discutir con usted, en mi propia casa, el precio de lo que le brindo ahora, desinteresadamente, como buen amigo suyo. Haga de esta tierra lo que

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

quiera. En ese punto, la brisa, cómplice, como si condujera por el espacio el verdadero pensamiento de Miguel Angel Espada, volvió a blandir las espadas de las lozanas hojas, y a peinar las enhiestas flores blancas de las cañas, para que parecieran más atractivas...

—Bueno, gracias; ma-ña-na; en mi oficina... Com-prejende?...

Así fué cómo Miguel Angel Espada condujo a Mr. George Bradly a comprarle diez kilómetros cuadrados de caña de sabana, que sólo dieron beneficio durante dos años, en cuatrocientos mil pesos, y se reservó su apartado refugio, "como base de operaciones"...

Mas, como los ingleses son realmente flemáticos, y no se violentan, como los latinos, cuando los engañan, y tratan de sacar buen partido hasta de los fracasos, Mr. George Bradly se dijo:

—Ca-ram-ba!; este ser el hombre que yo necesitar que compre terreno para la Compañía... Ca-ram-ba!

Por este camino torcido, Miguel Angel Espada se convirtió en el acaparador No. 1 de las tierras del Este de la isla, y en el autor del despiadado éxodo de los campesinos de Juana La Blanca, San Gervasio, El Naranjo, Rincón Nolasco, La Sabana, La Loma Sucia, El Valle, hasta llegar a la costa en que repudió el agua salada que le ofreció la Gran Bahía, para que mal hiciera la digestión de las tierras que se había tragado. Quien peleara con él en los Tribunales, de antemano tenía el pleito perdido. La justicia de nuestros campos, comienza en el Alcalde Pedáneo. Y la estudiada malicia de Miguel Angel Espada, principiaba por darle un sueldo, nombrándolo capataz, carretero, o vaquero. Pedáneo quiere decir de a pié, y no gana-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

ba ni un céntimo del Estado. Miguel Angel Espada lo proveía también de un buen caballo. Es evidente que cuando ese "representante de la autoridad" ejercía su poder, o era testigo en las causas de violación de propiedad; de crueles desalojos; de homicidios; de incendios; de sustracciones de campesinas menores de edad; de robo de reses; de engaño en el peso de la caña; en la venta de los azúcares; en las mensuras de los terrenos; y demás delitos en que se veía envuelto a menudo Miguel Angel Espada, ni la rudimentaria dignidad personal; ni el temor religioso de un falso juramento ante el Cristo de las audiencias; ni la posibilidad de la sanción de los Códigos sobre el perjurio, impedían que el testimonio fuese fraudulento.

En los raros casos en que esos sobornados servidores fracasaban e iban a dar a la cárcel, si de otro modo Miguel Angel Espada no podía libertarlos de la acusación, los sacaba de la prisión en libertad bajo fianza, y los defendía con abogados influyentes, o, finalmente, con... rúbulas de aposento.

El defensor de Miguel Angel Espada era el Lic. Timoteo Rincón Seisededos, hijo de Clodoveo Rincón Paniagua, hombre de leyes también, e indiscutido árbitro en la sociedad, que no ejercía su profesión, pero que dejaba su nombre, su oficina y "sus fuerzas invisibles", al servicio de su interés, representado por su descendiente...

José Cristóbal se había educado en Europa, y el esmalte quebradizo de su cultura sobre el barro mal cocido de su naturaleza americana, lo dejó en carne viva cuando entró en los duros moldes de esta tierra de fuego de la nueva raza...

Ana Lorenza sentía que estaba algo neurasténica. Para qué acudían a su mente intranquila esas cosas, si ya habían transcurrido sin remedio...?

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Ah!, se decía ella misma, no es fácil olvidar la corriente que nos ha arrastrado a un mar de infortunios...

—Anselmo!... An-sel-mooo! An-sel-mooo!... José Cristóbal llamaba desde su celda... Y luego decía: silencio!... El caballo con su silla de montar y sin jinete... La tarde... El canto del julián-chiví. La voz de la madre dando inútilmente en el parche del eco del otro lado del río. Entonces... la noche... El cri-cri de los grillos. Después... el día... Un muerto a la desembocadura de El Soco. Ahogado? Y esa herida de bala? Asesino, ese Miguel Angel Espada!... Anselmo era el hijo mayor de Ambrosio Barrera, ya difunto, que reclamaba su herencia y la de sus hermanos... Pendejos!, dijo Miguel Angel Espada: Ambrosio no tenía terrenos aquí; qué importan sus ochenta años en este lugar? Haraganes. Unas maticas de yuca y plátano. Eso es todo. Estuvieron discutiendo dos días antes.

Ese hombre nos molesta, le dijo Miguel Angel Espada a su mayoral, Cayetano Jiménez. Tiraron el caballo al agua para que pasara a dar la novedad. Más tarde... dos mil bueyes en los cultivos pisotearon la vieja posesión de los Barrera. A continuación, los trastos arrojados a las veredas; la ausencia; selvas vírgenes... Adonde el intruso no ha llegado aún; y floja vida para los nuevos... y triste muerte para los viejos... Nada... La tragedia... Asesino, ese Miguel Angel Espada!... Ese fué el aviso cuando llegamos a esa maldita tierra... Y como una ola que avanza, el acaparamiento y la miseria!...

En su celda, Ana Lorenza recordaba también...; pero lo que la martirizaba más era ese delirio cons-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

tante de José Cristóbal...; esa obsesión del despojo y el crimen, por haber vivido cerca de Miguel Angel Espada.

No sólo la gente del campo, sino letrados mismos de la ciudad, se preguntaban: de qué industrias se vale este truhán para sus timos? Únicamente la inteligencia sagaz contestaba: "de las fuerzas invisibles!"...

Loma Sucia, por ejemplo, tenía millones de pies de gigantescos caobos; pero tenía también grandes y antiguas posesiones de café, de cacao, de pastos, de crianzas... Los mercados nacionales y extranjeros pedían maderas.

Cómo trasladar ese bosque al bolsillo de Miguel Angel Espada? Es muy fácil, pensó el acaparador, cuando hubo hallado la solución: pleitear para que nadie adquiera ahí derechos por prescripción, y hacer que declaren comuneros esos terrenos; y como lo que es de todos no es de nadie, como el aire, aserrar, aserrar... hasta los últimos árboles, aunque estén pegados a las centenarias viviendas de los atolondrados agricultores... porque... así es América. Esta América.

De ese modo pasó esa inmensa selva, hecha cheques contra firmas bancarias, al haber de Miguel Angel Espada.

Pues bien, a la finca de ese embaucador se acercó José Cristóbal; no del lado sin límites del llano, que frente a la casa asolaba el panorama; sino por detrás; por donde los cerros calvos de Sierra Prieta, y sus ríos, no estaban muy lejos...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Y José Cristóbal en su celda recordaba ese capítulo de lo que él llamaba su vida gris, como si todavía sintiera en su carne el entumecimiento que le encogía los músculos al apearse de su cabalgadura, para residir en Juana La Blanca, primero, y en Sierra Prieta, después...

## XII

Los caballos relinchaban, amarrados a los tamarindos y los mangos; el lodo se perfumaba de ciruelas maduras y pisoteadas; y sobre un cristalino arroyo que circundaba la casa, como un espejo circular y giratorio en el que se miraba el paisaje, cantaban su quejido la tórtola, y su alerta el julián-chiví.

En la grama, fresca de amanecer, jugaban dos muchachos desnudos y escuálidos, con trazas de haber comido caña, en las bocas cenicientas; y tenían collares de semillas de higuiereta, y dientes de perro, como empírico remedio para el asma. Un cerdo desollado estaba junto a una paila de agua caliente.

Y entre los árboles, conversaban grupos de campesinos, cuando Higinio Sánchez, dijo, con voz firme: —Señores: a lo que vinimos!...

Todos fueron entrando a la sala, estrecha, pero de piso de tablas. Era la mejor casa de Juana La Blanca, de techo de zinc, en vez de yaguas. En la tablilla esquinera que hacía de alacena, había vasos, de vidrio, en lugar de vasijas de calabazas, y muchos platos de distintos colores, con gallos y toreros en el fondo... La puerta que daba al aposento, era una arbitraria exposición de fotografías, comenzando por la Pasión

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

de Cristo, tomada de un calendario, y terminando en una hoja de revista que informaba sobre la toma del poder por Benito Mussolini...

La Asamblea tenía ya su directiva. No era la primera vez que se celebraba sesión. La presidencia la desempeñaba Andrés Anderson, un hombrecillo mulato, de ojos vivos, y de pronunciación inglesa, nacido en Samaná, que, de tiempo en tiempo, tosía como un tuberculoso. La tesorería, sin tesoro, estaba en manos de Higinio Sánchez, buen padre de familia, que de notable ostentaba una peluda mano, hipertrofiada por una herida que él mismo, trabajando con sus bueyes, se había hecho. El secretario, que no sabía escribir, era Floriano Rojas, de piel como cáscara de canela, quien, por su elevada estatura, arrastraba los pies cuando montaba su pequeño caballo, moviendo a risa a las mozuelas de la comarca. Y los vocales eran José Sosa, un viejo negro, picado por las viruelas hacía cuarenta años, cuya vivienda ya estaba rodeada por las cañas; Juan Castillo, el pálido maestro de la escuela; y Arístides Robles, un arruinado colono que había llegado del pueblo, y quería que esa reunión lo designara candidato a la diputación por la provincia...

Es hora de que se diga ya que aquello era nada menos que nuestro Primer Partido Obrero. Por descontado se dá, que si se hubiesen buscado en aquellos andurriales zapaterías, carpinterías, herrerías, alfarerías, albañilerías, y mil talleres más del sufrido proletariado que rueda por el mundo, acaso sólo se hubiese hallado alguna rústica panadería, o dulcería...

Pero hay que convenir en que los campesinos son los obreros del campo, y los obreros... los campesinos de la ciudad... En una progresión aritmética se podría establecer que el campesino pobre es al terra-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

teniente, como el obrero es al capitalista; ésto es, humillados y esclavos...

Andrés Anderson habló. Para aquella gente, tenía dotes de médico, bastante de pleitista, y mucho de influencia mística sobre sus prosélitos...

—Como ustedes saben, más de doscientas personas que fuimos a la Capital a pedir justicia, frente al Palacio de Gobierno, volvimos “con la colcha al hombro”... A la vera de una imprenta nos retrataron; creo que un periódico escribió sobre la necesaria cooperación entre el capital y el trabajo. Eso es todo. Ah! no. Falta una cosa: una autoridad nos aconsejó que nos dirigiéramos al Tribunal de Tierras...

—Ah!, bueno, exclamó, con candidez, José Sosa, entonces de qué nos quejamos?...

—De Miguel Angel Espada, na ma, compadre, contestó Floriano Rojas, con ironía. Ese hombre dice que e un gobierno. Uté no lo vido en la capital, el día que fuimo, que subió la secalera, y dipué bajó, con su cara freca?... Dende ese momento etamo perdió...

—Qué Tribunal de Tierras, ni qué ocho cuartos; nadie, sino nosotros mismos, nos puede quitar de encima a ese bárbaro de Miguel Angel Espada; el dinero sólo oye al dinero, dijo Juan Castillo, el maestro, con algunas ideas socialistas en la cabeza desgrena-da. Ahora, o nunca! Queremos el pan nuestro, y la tierra nuestra...

—El dinero oye también al gobierno, dijo sentenciosamente Andrés Anderson. Por eso tenemos que ir a las elecciones. Yo soy el candidato a la presidencia... Ustedes verán...

Y yo el propuesto para la diputación, dijo Aristides Robles.

Aquellos hombres, incuestionablemente, eran unos ilusos, unos ciegos, unos desesperados, sacudidos por

## LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

el vendaval de las inquietudes de que habían sido veletas...

José Sosa, que era un código de pocas palabras, pero de mucha experiencia, y que había permanecido encucillado en una estera, porque no había más sillas, dejó caer una mancha en el mantel blanco de aquel optimismo:

—Los de abajo nunca triunfan, cuando no están apoyados desde arriba...

—Ciertamente, —dijo Anderson, que había conversado, clandestinamente, con varios opositores, que conspiraban en el seno del mismo gobierno— la revolución viene, y nos está pisando los talones. Esta es nuestra hora. Nos necesitan...

—No necesitan... jata que demo nuestro votos, exclamó Floriano Rojas. Así me jan conquitao veinte vece. Y otra ve al mesmo tren: atajá pa que otro enlace... esa e la vida del probe.

La que luego fué llamada Revolución Cívica, no había estallado aún, y era verdad que se confundía con el gobierno.

—Si soy elegido diputado, dijo Arístides Robles, yo defenderé en las Cámaras el derecho de ustedes y de todos los pobres...

—El Tribunal de Tierras y la revolución llegarán tarde para socorrernos, exclamó Juan Castillo. Cayetano Jiménez, el capataz de Miguel Angel Espada, se echa sobre nuestras siembras y nuestras casas, con más de mil bueyes y cien tractores. Lo que no derriba, lo incendia; a quien se opone, lo mata. Si la tierra no es nuestra, son nuestras las plantaciones. La fuerza pública acompaña a Cayetano Jiménez, en el desalojo; no concede tregua ni para sacar la ropa; y, del susto, Juana Francisca Rincón, la de Papá San-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

tana, parió en el camino real, y se murió de hemorragia...

Un escalofrío pasó por aquellas almas sencillas y adoloridas, para formar un corto-circuito de rabia en el corazón de José Sosa, quien saltó, acordándose de su pasada fama de guerrillero, y gritó:

—Aquí no hay hombres...

Aristides Robles, el desarraigado aspirante a una sede en el Congreso, que no había padecido aún tanto como los otros, intervino con un total derrotismo:

—Compañeros, contra la fuerza no hay resistencia. Ya saben ustedes cómo murió la semana pasada Pepe Padilla. Al regresar de su trabajo, con su machete en la mano, porque acababa de cortar unos plátanos, preguntó por qué le echaban afuera su camastro de hojas secas, y su pantalón (era lo único que tenía en la casucha). Eso bastó para que Cayetano Jiménez simulara una ofensa, llamara a la patrulla, y lo mataran... "por rebelión"...

Andrés Anderson estaba sumido en una tremenda confusión. Qué hacer? No podía disponer ni de un peso, para trasladarse a la ciudad. Si les hubiesen dejado sus siembras, con vender algunos frutos, tendrían dinero para sellos, registros y viajes de testigos. En abogados no había que pensar. Ofrecerles tierra en pago de sus honorarios, era no ofrecerles nada. Los letrados no quieren pleitos, por lo que defienden. No veían la roca en que se estrellaban, pero presentían que en favor de Miguel Angel Espada habían resortes mágicos y que ellos tenían pocas esperanzas de triunfar. Gracias, pensaba Andrés Anderson, que el Tribunal de Tierras no requiere defensores, y que, al menos, nuestras reclamaciones pueden ser oídas de nuestros labios. Pero el tiempo vuela, y nuestras posesiones han desaparecido...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Qué hacer?, repitió Andrés Anderson, desesperándose, como si regresara de un sueño, con todo el pesar de los desamparados...

—Matarlo!, exclamó en voz alta José Sosa, en cuyas entrañas ya la violencia no podía contenerse.

Todos estaban enterados, aunque lo dijo de refilón, de que aludía a Miguel Angel Espada...

Del lado de la casa de Floriano Rojas, se levantaba una columna de humo. Seguramente es quemando paja, pues ya por ahí terminó el corte de la caña, dijeron algunos...

—No me parece tal cosa, dijo Juan Castillo, el melenudo maestro. El rastrojo lo queman de noche...

Un gran tropel de caballos se oyó a poca distancia, en el recodo de una de las pequeñas cejas de monte que aún daban variedad a aquella tierra parda y húmeda. El arroz con lechón iba a ser servido, para terminar las conversaciones, sin haber resuelto nada concreto...

En el sitio de la candela, el mediodía destacaba el obelisco negro que se formaba de la humareda. Y un julián-chiví volaba cantando, como una avanzada de agorera advertencia... julián-chiví, chiví...

Cuando la caballería se paró en seco, lo que hizo aquella gente, no fué apearse, sino tirarse de las monturas, apuntando diez revólveres hacia dentro de la casa de Higinio Sánchez, en una bárbara irrupción...

Este fué el único instante en que Higinio habló:

—Semos ladrones, amigos?...

—Cállese—, dijo Ramón Taveras, el cabo que comandaba ese grupo; usted no entiende? Estese quieto. Aquí está el gobierno, que busca a José Sosa, por intentar el incendio de la caña de "Dos Amigos", y quemar la casa de Floriano Rojas...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Aquella cara, llena de hoyos de viruelas, permaneció inexpresiva, como una piedra, por lo mucho que hubiese querido expresar, y no podía; y José Sosa exclamó solamente:

—Entiendo, cabo... En aquellas dos palabras estaba enroscada la tragedia... Pero José Sosa no había entendido casi nada, pues creía que lo iban a hacer preso, nada más, cuando dos súbitas andanadas de proyectiles le atravesaron el pecho y la cabeza... "porque quiso fugarse", dijeron después las actas...

"Dos Amigos" era de Miguel Angel Espada y Cayetano Jiménez, y la "orden superior" de asesinar a José Sosa, tenía su criminal origen en un caballo alazán que La Culebra le regaló al cabo Taveras, con silla de montar, freno y espuelas...

En la noche, el arroz con lechón fué repartido junto al cadáver de José Sosa... La comilona se había convertido en aflicción...

Escenas como éstas, en que había sido testigo, era lo que, por la sangre humana derramada, José Cristóbal llamaba su vida roja...

Después desapareció Andrés Anderson... Nadie sabía de él. Pero se sospechaba que había sido asesinado. A los tres días se supo que así era. Su perro Buen Amigo, siguiendo rastros, que a veces perdía, aullando, guió al lugar en el que estaba enterrado. Los perros, decía José Cristóbal, son más leales que los hombres.

Lo reconocieron por una fundita con oraciones en la que el maestro de primeras letras leyó su nombre. El ingenio Filipinas suprimió la subvención de veinte pesos mensuales que daba a la escuela, y ésta fué cerrada. Arístides Robles abrió un puesto de vender refrescos en el pueblo. Juan Castillo fundó un periodicucho izquierdista en la Capital. E Higinio

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Sánchez, y sus vecinos, se quedaron en Juana La Blanca, esperando el turno en que debían desaparecer ante "el progreso" del alambre con púas, que ya venía cercando todas sus posesiones...

José Cristóbal, en su encerramiento, no olvidaba, en ratos lúcidos, haciendo un mohín de asco, que no quiso permanecer en una comarca en que la vida era... una porquería.



### XIII

José Cristóbal, siempre sintió una gran conmiseración por la triste condición de nuestros campesinos; y soñaba con una vida de comodidades y de cultura adecuadas, para nuestros trabajadores.

Cuando los veía, de camino él para Sierra Prieta, a lo largo de las carreteras; con sol o agua, sobre las duras rutas; o, por entre el lodo y las cuevas pedregosas, al través de los estrechos senderos, muchas veces a pie; delante de flacuchas monturas en que iban sus mujeres, o sus hijos; para dejar en el mercado, a muchos kilómetros, unas cargas valoradas en dos o tres pesos, que volvían trocados en pantalones, camisas, sombreros y zapatos viejos; o, de tiempo en tiempo, en caras medicinas de perversos boticarios, para curarlo todo, sentía que el alma se le estremecía de la humillación de ser hombre, y del dolor de amar a sus hermanos por la sangre y por la tierra...

Un día, detuvo a una anciana en dirección de la ciudad, que iba a vender un paquete de orégano, ocho huevos y un pollo, por sesenta centavos. Iba a llegar al día siguiente. El ave, el asno y la vieja se asfixiaban de calor. Le dió un peso por... aquel tesoro, como si diera una limosna; y, al alejarse José Cristó-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

bal, la campesina no pudo menos que embebecerse mirándolo, incrédula del milagro que había visto...

Otro día, vió unas cuantas mujeres con bultos blancos en las valijas de sus caballos. Eran lavanderas que, a precio de servidumbre, iban a lavar las suciedades del pueblo en las limpias caídas de agua de sus ríos, solitarias energías en espera de que la electrificación mueva turbinas de industrias en sus márgenes, o canalice el riego de nuestros predios; hasta cuando, opinaba José Cristóbal, no haya un solo campesino sin medios para ganar un decoroso salario, o cultivar su suelo con ganancias... Pensaba que entonces podría hablarse del trabajo como una honra, y no como una afrenta; y catalogar reglas de higiene; de nutrición; de educación; de aperos y transporte; de reparto de herramientas; de préstamos; de seguro; de reposo; y, en fin... de adelanto de nuestros labriegos.

Mientras tanto, nuestros montes, ríos, suelos y subsuelos, minas ricas de gente pobre, decía, continuarán generalmente improductivos; o, lo que es su próximo destino, serán de los Miguel Angel Espada, insensibles ante la miseria; mediante la moneda de la audacia, para traspasarlos, en proporciones de latifundio, a las empresas extranjeras, como el Ingenio Filipinas, cuyos dirigentes, como nuevos indios, ensalzan la personalidad humana en sus países, pero, para enriquecerse, explotan la esclavitud en los países ajenos.

Y era tal el cansancio con que había terminado al anochecer el viaje a Sierra Prieta, que, sin quitarse la ropa siquiera, después de amarrar el caballo a la puerta de una choza, se durmió hasta el amanecer, en una tarima...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Sierra Prieta era para el acosado José Cristóbal, amparo y defensa, esto es, el nuevo resguardo. El futuro se está renovando constantemente y, a la orilla de la tumba, caemos en la cuenta de que todo había sido... una ilusión. Somos como las frutas, decía José Cristóbal: nos maduramos, caemos, y... nos podremos... Pero de la semilla de nuestra fruta podría nace el árbol del bien, y... el consuelo de existir... para ver cómo renace la vida...

No había indicios de que Miguel Angel Espada codiciara esas tierras, en donde sólo campeaban los cerdos cimarrones y los pájaros, especialmente el julián-chiví...

Cuando despertó, hacía como una hora que las cotorras y los cuervos se habían lanzado al espacio, y Ventura Santana lo esperaba, leal, como un podenco, después de tomar una buena taza de jengibre.

Ventura Santana era guardián de la propiedad que el Dr. Jacobo Terecheski le quería quitar a José Cristóbal. Y éste se lo llevó al campo, como el monarca desterrado se lleva al fiel edecán...; junto con unos cuantos pesos que pudo apañar, de venta de arena y piedras...

Los caballos estaban otra vez listos para partir. José Cristóbal y Ventura Santana sabían hasta dónde...

El sol se levantaba, como una gran bola de marfil, por encima del verde paño de billar de los montes, impregnados de los efluvios de la tierra húmeda. Sobre los grandes árboles, cantaba la paloma torcaz, y por entre las patas de los animales que conducían a los dos viajeros, se levantaban las asustadizas codornices, o volaba alguna perdiz, de color de canela, o, pasaba, rozándolos, un pájaro bobo...; pero siempre

iba delante, anunciando a los caminantes, el canto del julián-chiví...

Ventura Santana apenas hablaba, pero despegó los labios para exclamar:

—La de Lucía Polanco, es una buena posesión; ella la vende, y yo le dije que usted iría a verla...

—En eso estamos, contestó José Cristóbal...

Cuando José Cristóbal y Ventura Santana, al cabo de media hora de caminata, llegaron a la casa, Lucía Polanco estaba en vísperas de salir para el pueblo, a un matrimonio, ataviada de muselina blanca y vaporosa, unos largos aretes de cobre, un pañolón a cuadros prendido en la cabeza, y sus zapatos nuevos en las manos, para ponérselos a la entrada de la iglesia...

—Dentren, señores, y siéntesen, aunque sólo tengo mi persona que ofrecer...

—La persona es lo que vale, señora, dijo José Cristóbal. Y ahora, como usted está por ausentarse, permítame decirle en seguida que venimos a ver el fundo que usted nos vende...

—Ese que se ve ahí, don, heredado de mi padre, José Antonio Polanco, que en paz descanse; voy para sesenta años, nací en ese claro, donde están esos horcones de quiebrahacha; y mi taita ya tenía cuarenta años de estar trabajándola, como que Dios está en los cielos, amigos...

—Lo sabemos, doña Lucía, dijo Ventura Santana, mirando hacia los signos de ocupación del terreno. La silueta gris de gruesos caobos alzaban, en las inmediaciones, los paraguas, adornados de bellotas, de sus ramas; viejos tamarindos y frutas de pan, eran patentes indicios de la antigüedad de aquella finca...

—Trato hecho, dijo José Cristóbal. No nos queda más que ir a ver al notario...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Es inútil, don, exclamó Lucía. Don Juancho Carrido, el notario, es también representante de Miguel Angel Espada, no ignora que quiero traspasar a ustedes mis derechos, y se opone a hacer cualquier escritura que no sea a los Ganaderos de Mamajuana. No hay otro escribano en el pueblo...

Al oír esto, José Cristóbal se rascó la cabeza. Fatalmente, dijo, La Culebra está en todas partes; y preguntó:

—Qué Ganaderos son esos? En toda esta jornada, no he visto por aquí ni una vaca horra ramoneando...

—No sé más que lo que le digo, contestó Lucía...

—Compramos, o no compramos, don José, preguntó Ventura Santana, que era hombre de soluciones breves y definidas, y que sólo esperaba que se le dijera sí, o no...

—Compramos, contestó José Cristóbal, con un cortante laconismo. Pensó que si uno cede hoy, cederá mañana, y seguirá cediendo. Después de todo, dijo, el mundo está lleno de "culebras", y hemos de tropezar con ellas mientras estemos vivos. También recordó en sus reflexiones que estaba jugando su último juego, y no tenía recursos para probar fortuna en otras regiones...

—Entonces, opinó Ventura Santana, nos iremos a la Capital, a legalizar el acto. Si doña Lucía supiera firmar!

La campesina sonrió, como si le cayera en gracia la suposición de que todos los del campo son analfabetos, y luego afirmó, envanecida:

—Sé firmar, y mi nombre verdadero no es Lucía, sino Elucinda...

En el rostro de José Cristóbal hizo su aparición un gesto de satisfacción, antes de que exclamara:

## LUIS HENRIQUEZ CASTILLO

—Ha sido buena suerte. Y con su pluma-fuente, y papel con rayas, comprado en un ventorrillo, hizo el contrato.

Después de poner Elucinda, en vez de Lucía, la vendedora y José Cristóbal firmaron... Y el precio fué entregado.

Los visitantes volvieron a montar en sus caballos, y se despidieron...

—La otra posesión, dijo Ventura Santana, es de Ramón Lugo y Eulogio Sánchez. Como en ésta, hay caobos, y, además, un poco de yerba de guinea...

—Para allá vamos, Ventura. Me alegro de que haya comida para los animales. Cuando comience el corte de madera, los bueyes que saquen dél monte los troncos, deben comer todos los días...

—Así es, don José, asintió Ventura Santana...

No se veía ni un pájaro. Pero, lejos, se oía el lúgubre canto de la tórtola: uh!...; uh!...; uh!; se diría la queja de un alma del purgatorio, o el símbolo de la sufrida raza de estas tierras, como la quena de los indios de Sudamérica. La siesta adormecía el viento en los ramajes, y no bien bajaron al río Canutillo, tuvieron que soltar las riendas de sus cabalgaduras, pues se abalanzaron al agua, ávidamente, bebiendo con resoplidos. Los dos caminantes, por su parte, se desnudaron y se bañaron en la cascada bajo un dosel de ramas frutecidas de icacos y pomarrosas. Luego, comieron de las alforjas. Y, una hora después, ya repuestos, continuaron la marcha...

Ramón Lugo y Eulogio Sánchez, los esperaban. Habían convenido en que ese día, irían a conocer la propiedad. Con estos, y otros, sí tuvieron que ir a la Capital. La mujer de Ramón Lugo, seña Meregilda, de ochenta años, temblona, por la edad y la escasa salud, que tenía derecho en la venta, envió a Rufino, su

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

hijo mayor, para que sencillamente hablara por ella. A esta gente se le puede comprar así. Por nada del mundo, venderían dos veces una misma cosa. Hacía diez años que Eulogio Sánchez y Ramón Lugo no se apartaban de la sierra, y casi todo ese día, sábado, y el domingo siguiente, los pasaron embelesados en la contemplación de las atracciones de la ciudad. El lunes, en la mañana, dejaron terminado el negocio... De todo quedaron satisfechos, menos de sus zapatos. Les pusieron los pies adoloridos, como cuando los tenían comidos por las niguas... Por último, José Cristóbal, por recomendación de Ventura Santana, compró las cultivadas tierras de Saturnino Sosa, Jesús Encarnación y Pablo Fajardo. Aquí sí había grandes vasos de potrero, con cien hectáreas; árboles frutales; frutos menores; y cuatro casuchas, desde hacía más de treinta años. Y no faltaba una mancha de robles y caobos, que se extendía hasta los lindes de Elucinda Polanco, después de atravesar por los amojonamientos de Ramón Lugo y Eulogio Sánchez...

Los trabajos de corte no tardaron. Eran pagados a los mismos vendedores, quienes, por generosidad de José Cristóbal, permanecieron en las tierras vendidas. En tres meses, dos mil troncos fueron abatidos. La empresa era de escasos recursos, pues José Cristóbal había gastado lo poco que le quedaba. Ni fuerza motriz, ni sierras para aserrar a mano, ni quien le prestara dinero...

En Hispanoamérica, los pequeños capitales están destinados, en su mayoría, a sucumbir, por falta de cooperación. No se disponía de otros medios, que los de labrar en el bosque, para aliviar el peso, sacar con bueyes las piezas al camino real, y conducir las en carretas a la aldea próxima, para aserrarlas a má-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

quina... o llevarlas al Ingenio Filipinas, según previa contrata, si las necesitaban...

Ventura Santana tenía quince días de haber organizado así las faenas, y José Cristóbal dispuso llevar a ese paraje a Ana Lorenza... En sus almas alentaba ya, con gratas promesas, un poco de optimismo. El tiro al pueblo, iba bien; pero con el ingenio eran frecuentes las dificultades...

#### XIV

Las Antillas tienen una frase que es un ultraje a la vida: "tiempo muerto" —dijo Sixto Morel— a la vista de los cañaverales solitarios, en los que un solo trabajador se veía; de las carretas sin bueyes, con los pérdigos levantados, como telescopios; de los rieles cubiertos por la grama; de la tienda de vacíos aparadores, en la que un viejo de arrollados pantalones masticaba una dura galleta; de los vagones abandonados, de planchas de hierro tomadas de orín; y de los bajos y sucios barracones sin gente... mientras, a la distancia, en un espacio límpido, la chimenea del Central Azucarero Filipinas buscaba una nube imposible, para simular el penacho de humo con que hace melindres en el viento...

—Medio año de quietud; sin silbidos de locomotoras; sin traqueteo de poleas; sin olor a melaza; sin hombres y machetes lustrosos en los campos de caña —exclamó José Cristóbal—.

—Y algo más: sin azúcar, sin sal y sin aceite para los pocos que se quedan, con su café amargo y el ocio sentado en los quicios, junto a la pipa pestilente y el tubérculo asado...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—En la zafra —dijo Sixto— hay hojas de caña para los bueyes, y, después de la cosecha, comen y descansan en los potreros; pero la peonada está siempre hambrienta, porque las viandas vienen de lejos, y tienen que ser caras; y el salario es diez centavos por tarea de desyerbo, cuando el ingenio está parado...

Iban de Sierra Prieta para Filipinas; bajo las frecuentes ventiscas de Setiembre; por anchos carriles de pegajoso y resbaladizo lodo, en el que a veces los caballos se metían hasta las rodillas.

—José Cristóbal, soñando despierto, sobre la marcha, después de trazar en la mente un plan, opinó: esto es así, porque queremos que así sea.

—Cómo?, José Cristóbal; tú eres el hombre de los proyectos.

—Sí, mi amigo, todo es primero un plan, y, luego, una obra. Esto es sencillo. Que todo ingenio esté obligado a sembrar la décima parte de sus tierras, de comestibles variados, para venderlos, preferentemente, a sus peones, a precios estipulados por la autoridad de cada municipio. Estas espigas de maíz que vemos en estos callejones, por su propia cuenta plantadas por algún pobre morador de este lugar, es prueba de lo fácil de lo que propongo, con la ayuda del capital y del gobierno. Y no se deja morir el tiempo...

—Creo —repuso Sixto Morel— que eso se hace ya en países vecinos.

—No importa —replicó José Cristóbal—. Nada es nuevo. Entonces allá se sintió la misma necesidad. Es asunto de hambre; y el hambre hace doler la barriga lo mismo aquí que en China...

Por el aire no se veía ni un ave. La falta de árboles las ahuyenta. Pero dos veces las guineas de patas negras se asustaron al trote de los caballos, y pusieron oscuros acentos circunflejos a ras de la verdu-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

ra de los plantíos. En el fondo del paisaje, las montañas de El Hato Mayor, azules de lejanía, lucían un juego de blancas nubecillas sobre sus cumbres; como bogando en amplio mar, dos hombres, manejando el manubrio de un carro, se acercaban por la antigua vía de hierro; una bandera roja, abandonada en una de las casetas de los vigías, anunciaba un peligro fantasmal; y los postes del teléfono, con sus crucetas, como cristos que se fuesen transmitiendo quedos mensajes, tendían sus alambres hasta el confín...

—Verdaderamente —reflexionó Sixto Morel— tu idea es factible. He visto campesinos que se esmeran en dar rico pasto a las vacas de su patrón, para que den abundante y buena leche, pero ellos comen poco y mal, olvidando o ignorando que también son animales.

—Ni lo ignoran, ni lo olvidan. Los ganaderos y los ingenios, tienen lozanos pastos para sus vaquerías y boyadas y se empeñan en ello, porque así obtienen provechoso rendimiento; pero nada les importa si los peones ganan lo suficiente para mantenerse, o no, atentos solamente a esa palabra: "rendimiento", que ha usado el capitalismo del Caribe como si también no significara "fatiga" o "cansancio"; o, precisamente, para que represente el agotamiento del proletariado rural...

Pasaron por Guayacán. Hay dos casas. En una viven, hacinados, los cortadores, cuando hay molienda. En la otra reside el Mayoral. Pero una radio, que funcionaba con una pila de automóvil, rompía aquel silencio del campo, con las canciones y las noticias, de otro mundo, de la ciudad. Después de media hora de caminata, encontraron otro trabajador, de pie junto al palo de su azada, entre los surcos de las cañas pequeñas todavía. Levantaba hasta la boca una cantim-

plora, en bella imagen al trasluz. Un sediento para tanta agua dulce como sale de los trapiches, y se convierte en azúcar dorada y en doradas libras esterlinas. "Tiempo muerto", en la próspera sementera. La tierra y la lluvia trabajan solas, fructíferas. Y luego vienen los brazos, terrosos, con su sudor, que también es agua, y... casi tampoco cuestan nada. Y son fructuosos... para la fábrica... —"Tiempo muerto!"— repitió Sixto Morel, cerca ya de la silenciosa casa de máquinas. No hay duda, continuó, aquí el tiempo está muerto: en los canales en donde no borbota la corriente para dar de beber a las yuntas de tiro; en las calderas apagadas; en los conductores quietos; en la soledad de los almacenes; en los montones de leña vieja; en los carros oxidados; en los teléfonos sin llamadas; en las casillas cerradas de los guarda-agujas; en las caras de los escasos obreros que, alelados, acaso piensan en un número de billete de la lotería; y en el silbato que enmudece en la garganta fría de las locomotoras...

Salía de su residencia el Administrador, Mr. George Bradly, cuando llegaba a su encuentro José Cristóbal. La entrevista fué breve. El inglés ya sabía su motivo; y, en seguida, se excusó:

—Oh!, Cris-tó-bal, yo siento usted se molestar-se. La Compañía no ne-ce-si-tar ahora madera. Espera el zafra; sabe?....

Era el primer intento para negociar con el Ingenio Filipinas. Pero fué aplazado, porque José Cristóbal se había anticipado...

—Qué vamos a hacer! —contestó José Cristóbal— ante la idea del viaje inútil.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Y Sixto y él tomaron el camino de regreso, semejante, en el momento del fracaso, a la cuerda de un reloj que se rompiera, y retrocediera, para no medir... ese "tiempo muerto", que se eterniza en el corazón de los miserables...



## XV

—“En este archipiélago, como en casi toda la América Hispana, hay tres zonas diferentes de terrenos, decía José Cristóbal: “Las llanuras, de escasa fertilidad, donde aún, desde la colonización española, pacen en comunidad los animales; las cordilleras, en las que la erosión destruye el trabajo y las reservas alimenticias del suelo; y las restantes, de montes y ríos. Esta es la única zona que puede dar buen rendimiento, si el agricultor tiene dinero y cooperación. La energía eléctrica casi no existe, el transporte por ferrocarril es insuficiente y anticuado, y faltan carreteras vecinales. Los productos para el mercado, y los abonos y aperos para la finca, llegan con excesivo costo. El sol mismo, que en ciertas latitudes es una divina bendición, en el trópico es tan ardiente, que quema las substancias útiles de la superficie cultivable”.

“Los extranjeros progresan, porque se unen entre sí, con lo que ahorran, y, pacientes, se dedican con ahinco a sus faenas. Vienen a buscar, a toda costa, la independencia económica, y la encuentran. Y todavía somos carne de servidumbre para los que llegan, como en la colonización”.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

“Y establecen las bases para que otros de su familia vengan y progresen en menos tiempo”.

“Los nativos carecen de todas esas circunstancias, y fracasan al intentar la empresa agrícola. Escasos hispanoamericanos ricos, que han hecho su riqueza de otro modo, y que van en automóvil hasta sus haciendas, pueden mantenerse en ellas, así como en su pequeña huerta el pobre campesino que tiene una azada y siembra unos granos de cereales, en su paradisíaco estado. Pero la mayoría se enfrenta a problemas múltiples, cuyas soluciones se le presentan como imposibles. . . .”

“En Las Antillas, cuya formación geológica tiene igual origen, y sus cordilleras siguen la misma trayectoria, como carretes de una partida columna vertebral, es exagerado hablar de gran fertilidad, de profundas capas vegetales, pues no es mucho el terreno negro, llano, en que el cacao, el café, el tabaco, el maíz, el arroz, la caña, y cuanta simiente cae en él, germinan y se multiplican, con facilidad”.

“Por eso hay que mantener e impulsar la conservación y desarrollo de los recursos naturales, de oficio, para que, cuando aumente considerablemente la población de estas demarcaciones, (ya Puerto Rico llegó al exceso) en estos países las ansiosas fauces del hambre no sea el epílogo de la imprevisión. Recordemos que las dos terceras partes de la población mundial vive en zonas poco fomentadas, y no gana cada persona de esas más de ocho pesos al año, y que no somos excepción”.

Si, en términos generales, las perspectivas que ven los que se dirigen al campo, son esas; y la enfermedad sin médicos; y la vida sin garantía, con excepción de algunos buenos empeños de la autoridad, esa situación se agrava, es casi un suicidio, para un frus-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

trado, indefenso ante las durezas, que quiere levantar un castillo en el aire; como José Cristóbal, que era más bien un teorizante... según él mismo se juzgaba.

—Cuando alcanzamos a ver en la cima de una montaña, una casita y un tablero de cultivos, no pensamos sólo en un romance campesino, sino también en el drama de los vientos y las aguas arrastrándolos hacia el abismo; cuando, en medio de una sabana que hace horizontes, vemos un corral y unos cuantos árboles, la idea no es solamente de oasis, de poesía bucólica; es, además, de desamparo; y cuando a la orilla de un río, junto a fresco monte, nos detenemos, únicamente no descansamos; nos asalta el temor de estas tierras peligrosas de América... en que detrás de cada tronco asecha la muerte... decía José Cristóbal. Pero haciendo de tripas corazón, agregaba: hay que trabajar, mientras haya resuello... y nos dejen algo en que apoyarnos...

Así, José Cristóbal, eligiendo lo mejor que pudo, adquirió en Sierra Prieta su porción de terreno. Pero no tenía dinero suficiente para cultivarlo, y se dirigió a la ciudad, en busca de un recién creado Banco para el Fomento de Propiedades Rurales.

No tardó en encontrarlo. Era de capitalistas centroamericanos. En un edificio gris, de concreto, de dos plantas, ruidosas maquinillas de escribir e incontables mecanografistas, daban la impresión de que se quería definir lo que es la burocracia. Los antillanos cuidamos especialmente de la apariencia de las cosas, aunque ellas mismas se obstaculicen.

Al subir al último rellano de la escalera, una telefonista, sentada en su pequeña central, le sonrió con una grata sonrisa, que quería decir: "pase, caballero". Más adelante, un joven, el primero de una doble y larga fila de hombres y mujeres, le dijo: "estoy a

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

sus órdenes, siéntese". Estaba, pues, en el cielo de la esperanza... Este diligente empleado, empujando una mesa con ruedas, nervioso, entre el ruido de las teclas, el zumbido de los abanicos eléctricos y la luz artificial de las diez de esa tórrida mañana, tomó los datos, mediante los signos casi arábigos de la taquigrafía:

—Nombre: José Cristóbal.

—Edad: 50 años.

—Índice racial: Indio, africano y español. Tres en uno.

—Profesión: (José Cristóbal vaciló, pero luego pudo contestar) eh, eh, caricaturista.

—Señales particulares: la cicatriz de un balazo en la espalda.

—Su esposa: Ana Lorenza de Jesús.

—Préstamo: cinco mil pesos.

—Interés: ocho por ciento anual.

—Término: diez años.

—Amortización: cada tres meses.

—Garantía: una parcela de 500 hectáreas, 20 bueyes y 3 carretas.

—Renta mensual: (ya José Cristóbal sólo vendía un poco de leña): eh... eh, cincuenta pesos.

—Su partido: el del pueblo.

—Deudas: (a José Cristóbal se le presentó en la memoria la chaqueta amarilla de El Jorobado, quien lo había arruinado, pero a quién aún le debía) eh, eh... algunas.

—Distribución de los gastos: dos mil pesos para limpieza de la tierra, arreglo de empalizadas y siembra de yerba de guinea; mil pesos para división del potrero en vasos; y dos mil pesos para tina de desinfectante, enramada de ordeño y compra de vacas lecheras.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Era un bonito sueño. El cortés empleado le pidió a José Cristóbal los documentos, y, como los llevó consigo, los depositó y obtuvo un recibo. Por último, José Cristóbal, pestañeando al oír la cantidad, pues escasamente le sobró para pagar la pensión en la casa de huéspedes, entregó en manos del ofuscado cajero sesenta pesos, para el viaje de un perito del Banco a la parcela. Y... muchas gracias, adiós!; ausentándose con el vislumbre de la esperanza en los ojos. No hay mejor riqueza que la que dan los sueños, como decía José Cristóbal; y cuando regresó a su campo, después de esa prometedora visita al Banco, abrazó a Ventura Santana, silbando una canción:

—Tenemos lo que necesitábamos, Ventura...

—Cómo? El premio mayor? Y Ventura Santana lo tanteaba en los bolsillos. Dónde está? Quiero verlo.

—No, hombre. El Banco. No te dije que iba para el Banco? Pues ya. Cuánta cortesía! Todo fué miel sobre hojuelas...

—Ya qué? —preguntó Ventura Santana, que no soñaba tanto como él.

—Que me van a prestar cinco mil pesos —contestó José Cristóbal, como si estuviera ya contando los billetes.

—Ah! —dijo Ventura a José Cristóbal, como un nuevo Sancho a un nuevo Don Quijote— “estamos en veremos”...

—No vengas de azaroso, Ventura. Esa gente me recibió muy bien, estudiaron mi escritura, y, para un inspector, de viático, dejé recursos. Además, este río, estos arroyos, estos alambres nuevos, esta tierra, valen cinco veces el gravámen... y las carretas y los bueyes están de sobreexcedente.

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Sí —replicó Ventura Santana, sonriéndose— en el Banco de la Prosperidad, pero quizás no en el de Fomento de Propiedades Rurales.

José Cristóbal pensó en “las fuerzas invisibles”, pero dijo:

—A nuestro vecino, Arnold Smith, el norteamericano, le prestaron siete mil pesos, y su terreno no es mejor que el mío...

—A la verdad —exclamó Ana Lorenza, acercándose, mientras se sacudía el delantal de mujer hacendosa— no hay que preparar las vasijas, antes de tener la leche...

—Todos contra mí? Entonces...

—Contra tí, no, Cristóbal —contestó Ana Lorenza. Es para que despiertes. Esperemos. Hay que llamar al pan, pan, y al vino, vino. El viento no viene porque silbemos. Dios lo quiera. Pero hemos sufrido bastante, para que aprendamos a vivir. Tú eres nativo; Míster Smith, yanki...

Ana Lorenza hablaba mientras trajinaba, limpiando la vajilla, dando de comer a unos polluelos, o atendiendo a la cocina. Porque, ella, por tradición, era de esas mujeres modestas, laboriosas, que no se conforman con que otras hagan los servicios, y nunca están tranquilas... sino en la intranquilidad de los quehaceres domésticos.

—Lo que realmente me inquieta —dijo José Cristóbal— es que la sequía va pasando. Estamos en Marzo. La cuaresma ha venido tarde. A mediados de Abril, tendremos la Semana Santa. Pero si llegan las lluvias, sin haber empezado el desmonte, perderemos un año. Y no tendríamos más remedio que cambiar de planes...

—Que es lo que hemos venido haciendo; Dios parece que no nos quiere ayudar. Pero somos cristianos;

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

que se haga su voluntad. Ana Lorenza, al decir esto, se diría que rezaba. La luz del ocaso, atravesando por una ventana, daba en su pálido rostro, como esos haces lumínicos que en las pinturas religiosas salen de una estrella e iluminan las célicas mejillas de las vírgenes...

Ventura Santana tejía una soga de pita, y fumaba, callado. Y José Cristóbal veía en su imaginación los pastizales en abundancia; las cubas bajo las ubres de las vacas criollas y extranjeras; y el alambre con púas reclavado en los postes del paraíso artificial que soñó en el Banco...

Mes y medio hacía que esperaba. Pero un día, al anochecer, el Alcalde Pedáneo, Juanico Confesor, le entregó una carta larga, con una larga cabecera, que decía así: Capital: \$2,000.000. *Venga. Le serviremos.* En ella leyó, dejando caer los brazos, que le habían negado el crédito, porque según supo más tarde, él era caricaturista, y no agricultor. Y sólo le quedó el recurso del corte de madera. Pero volvió a soñar, porque soñar... era su destino... haciendo de su vida una caricatura de la vida...



## XVI

Aquel Ventura Santana, delgado, calvo, pálido, callado, buen amigo, trabajador, (de todos esos adjetivos hay que hacer uso para describirlo), era un fantasma para los directores de la vida social, económica y política de Mamajuana. Algunos opinaban que era loco. El sabía de esas murmuraciones, y nunca las comentaba.

A veces, al salir de la posada, sencillamente daba las buenas noches, y cualquiera hubiese creído que iba de visita a alguna casa vecina. Pues no, era para ir, a pie, a dormir, después de dos o tres horas de pésimo camino, a Sierra Prieta; o para ir a la Capital, a transmitir un informe de interés, en el otro extremo de un trayecto de cincuenta kilómetros... Confiado en que Dios lo acompañaba.

Pero la vida no es uniforme, y en esta vez, sin embargo, Ventura Santana estaba acalorado y discutía. Era que se estaba cometiendo una injusticia, y los hombres como él no la toleran:

—No, señor Alcalde, Ramón Lugo y Eulogio Sánchez han cortado los caobos que yo les he indicado, y poseían la autorización reglamentaria, sobre medida de la madera y época del corte...



## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Eulogio Sánchez y Ramón Lugo, caducos ya, habían venido al mundo en ese sitio, llamado el Monigote, por una fea y alta loma que mostraba su pirámide truncada, rojiza y sin vegetación, como fondo del cuadro esmeraldino de los prados; y sus abuelos, y sus padres también, habían nacido y vivido en ese lugar, por más de doscientos años, en conjunto. Esos caobos, pues, germinaron y crecieron con los dos sometidos a la Alcaldía. De quiénes eran?

Era innegable que una mano oculta se movía. Además, ellos solamente cortaron esos árboles por un jornal...

Marino Mojica, el Alcalde, era agrimensor práctico, y apoderado de Miguel Angel Espada, La Culebra, en la mensura de extensas porciones de terrenos comuneros, o realengos, que inmediatamente iban siendo cercados de alambre con púas... Ramón, Eulogio y Ventura lo sabían. Ventura Santana, el más avisado de todos, se dijo: la iglesia en manos de Lutero...

Nuestros Alcaldes, en las pequeñas poblaciones, son unos autócratas, por ignorancia, y por egoísmo, y proceden, como caricaturas de emperadores. De lustro en lustro, un Juez de Primera Instancia, recién nombrado, inspecciona la Alcaldía señalada para ese fin, y sólo observa cosas como éstas: que la silla del Secretario está coja; que a la maquinilla de escribir le faltan varias teclas; o que a una pata de la mesa del Alcalde, hay un gallo amarrado... Por supuesto, lo demás, no lo ve el inspector transeunte, porque... es invisible...

Ramón Taveras, el cabo, era "el ministerio público", esto es, el defensor del interés social. Había llegado al tribunal de simple policía, en el caballo que le regaló Miguel Angel Espada. Ese animal, careto,



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

fuerte, de buena alzada, como un nuevo caballo de Troya, decidió la batalla, pesando en la mudable balanza más que toda la justicia. Y era inútil rebatirle. Para ese paniaguado, de poco peso y poca estatura, pero malicioso e inquieto, era de perilla el adagio que dice: hombre chiquitín, embustero y bailarín...

—No perdamos tiempo, dijo el cabo Taveras. Ventura Santana no está demandado; y Ramón Lugo y Eulogio Sánchez están convictos de cortar madera sin tener, en sus nombres, los permisos legales... Opino que sean condenados a veinte y cinco pesos de multa, cada uno.

El Alcalde no permitió hablar más. Golpeó en un timbre, y sentenció:

—Quedan acogidas las conclusiones del "honorable" ministerio público. Pueden retirarse... Con lo que los dos violaban el juramento de cumplir fielmente las leyes.

Con esa misma precipitación, con esa misma ausencia de equidad y de justicia, fueron considerados otros enjuiciamientos...

Y el Juez de Paz, que es como designan en esta República del Caribe a los Alcaldes Comunales, venía a ser... un juez de guerra, contra los campesinos... Esta pequeñez, porque se origina en el pequeño cerebro de un modesto empleado del Estado, tiene efectos trascendentales en la psicología resentida de la humilde gente del campo, y la pereza del cuerpo se le torna en abulia descreída del espíritu...

—No se preocupen, amigos, dijo Ventura Santana a Eulogio Sánchez y a Ramón Lugo, al salir de aquella trinchera de la mala fe: yo pagaré las multas...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Tal como Ventura Santana lo ofreció, lo hizo. Pero no pudo descargarlos de la pesadumbre que los agobiaba:

—María Purísima, exclamó Eulogio Sánchez, uno no es dueño ni de su trabajo...

—A lo hecho pecho, dijo Ramón Lugo. Algún día ahorcarán blancos... Eso significaba, en los tiempos de la dominación española en América, que una era debía llegar en que los esclavos ahorcarían a sus amos. Ahora él quería decir que evoluciones vendrán en que los oprimidos vencerán a sus opresores...

De regreso a Sierra Prieta, se fumaron sendos cigarrillos sin hablar. También se tomaron algunos tragos del café que Ventura Santana llevaba en una botella.

El tabaco mata la inquietud, y el café engaña al hambre.

Sobre esto, José Cristóbal tenía unos apuntes: "Nuestros campesinos beben leche dos o tres veces por mes, apenas, y comen carne cada quince días, quizás. Decir lo contrario, es hablar mentira, y cerrar los ojos de la cara y del alma... No sólo en los viajes; en sus mismas faenas, se mantienen días enteros con el calmante de la pipa y el engaño del negro néctar. Son de pechos hundidos, de flacas pantorrillas, y perezosos, más por falta de alimentación, que por la alegada consecuencia del clima y de la herencia. No usan zapatos, ni ropa interior, y viven en las mismas barracas, de piso de tierra apisonada, en que vivían los indios hace más de cuatro siglos; en que no entran ni el sol ni el médico, porque no hay ni ventanas, ni dinero, pero sí los mosquitos y el paludismo; y la humedad y los dolores reumáticos; y el pauperismo y la tuberculosis... Hasta la nueva era, cuyo alborear está muy distante en nuestra América"...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Qué, caramba!, decía José Cristóbal, somos antillanos, y vamos a pescar salmón, bacalao y arenques, muertos, a Terranova, Suecia, o Noruega; mientras nuestro mar es una millonaria pecera de peces vivos, que saltan a las playas, buscando las redes de mulatos cenizos de hambre, y dormidos con sueños de azúcar en la sonrisa de coco...

Estaba muy entrada la tarde, cuando Ramón Lugo avistó su casa. No bien habían llegado a la porción delantera de la vivienda, en que nuestros labriegos ponen, desde la conquista de América, cruces sobre calvarios, clavellinas y variadas flores "de todo el año", un repentino sobresalto les devoró el deseo de descansar...

—Los estaba aguardando, señores, dijo Juancito Perdomo, el Alguacil, desde el lomo con llagas de un caballo. Y les entregó a Eulogio y Ramón dos formularios, en que los espacios en blanco estaban escritos con lápiz-tinta, emborronados por la lluvia...

—Qué nueva "cita" es esa?, preguntó Eulogio Sánchez.

—Para mañana, a las nueve, en la Comisaría. También están citados Saturnino Sosa, Jesús Encarnación y Pablo Fajardo...

Casi en el mismo instante, se les reunió seña Merregilda, renqueando, con el rostro demudado; y apoyándose en un palo, dijo, quejumbrosa:

Moriremo de la jambre. Cayetano, ese diantre, no ja tirao lo bueye a lo sembrao, y la casa e Saturnino e su enramá de ordeño...

—Alabao sea Dio, dijo Eulogio Sánchez. El, honrado y resignado, ante la perversidad sólo tenía palabras de alabanzas para el Padre Santo. O exclamaba: perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen, como Jesucristo dijo en la Cruz.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Cualquiera de esa gente, por bisoña que fuera, veía, detrás del negro Cayetano Jiménez, la sombra del blanco Miguel Angel Espada, La Culebra. Aquel, por así decirlo, era el negativo fotográfico de éste: los dos eran altos, delgados, y violentos, y usaban polainas y sombreros de ingeniero.

Daba gusto ver aquellos verde-claros arrozales, de dos meses; los maizales embarbecidos; las habichuelas tiernas; los garbanzos madurecientes... Todo fué triturado por las pezuñas de cien bueyes, en una verdadera hecatombe...

Esa noche, verdad es que estaba ya muy vieja y enferma, seña Meregilda dejó este mundo, muriendo como un pajarillo, apaciblemente, como si se hubiera dormido al suave rumor del río Canutillo, y la polifonía de sordina de los insectos de la selva. Pero no hubo uno solo de los que se acercaron a los restos mortales de la anciana, que no pensara en Cayetano Jiménez y Miguel Angel Espada...

Cuando la neblina había volado ya con sus alas leves en la mañana siguiente, el cadáver de seña Meregilda era acompañado por los vecinos, hacia el cementerio del pueblo; y el de Ramón Lugo... a la Comisaría... Porque los viejos, decía él, con razón, no pueden vivir sin sus viejos, y poco le faltaba para ir a buscarla en la muerte...

En la Casa de la Policía, estaba el raso de servicio, y también estaba José Cristóbal, quien regresaba de la capital y supo lo que sucedía...

A las cuatro horas, de muda protesta, sentado en una incómoda banqueta, José Cristóbal indagó con el agente del orden:

—Oiga, señor, están presos, o qué?

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Están detenidos, hasta cuando regrese el cabo Taveras, que está de patrulla por la sección de Loma Sucia, contestó, con desabrimiento, el guardián.

José Cristóbal comprendió que de nada valía que pronunciara una cátedra sobre la libertad individual... Y se sentó nuevamente en el banco... de los acusados...

A media tarde, volvió a su puesto el cabo Taveras. Los miró y los remiró, e hizo una airada advertencia:

—No pueden sembrar ni un solo grano más en las tierras de El Monigote, y deben desocupar las casas en el plazo de ocho días...

En su alto caballo, Taveras parecía un soldadito de chocolate, movido por una cuerda de juguete...

—Pero, cabo... comenzó a decir José Cristóbal...

—Nada, señor, lo dicho, le interrumpió el cabo Taveras. O los mando a la cárcel... por desacato...

Todos se retiraron, cabizbajos, pausadamente, como en la procesión de las bestias de tiro, cuando salen de su corral para la dura vida diaria...

Esta era la película tediosa que José Cristóbal seguía desenvolviendo, en su solitario cuarto, por las luces cambiantes de su memoria... que, alternativamente, se le encendían y se le apagaban...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...

... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...  
... etiam in ista parte...



## XVII

Las lámparas humecedoras ennegrecían de hollín los horcones, y las vigas; y, además, una parte de las yaguas nuevas del techo de la enramada; el piso de tierra había sido humedecido y aplanado; hombres y mujeres, endomingados, entre los libérrimos voceríos de la jarana campestre, y las notas del delirante merengue, alzaban sus copas de aguardiente, o los brazos de las parejas volteantes... Olía a vaselina y pachulí. Los árboles, que abanicaban la noche, dejaban ver la pandereta de la luna... Sierra Prieta estaba en fiesta.

*Ayyyyyyyyyyyyyy,  
Ojito e paloma,  
ojito e peidí,  
tu ere la que pone  
lo shombre  
a sufrí....*

Qué demontre!; también Ventura Santana era hombre que sentía los dulces sufrimientos del amor; y fué al baile, para acompañar a Carmela Polanco, la hija de Elucinda...

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Ahí estaban Ventura Santana y los amigos de Ventura; y, asimismo, Cayetano Jiménez y los camaradas de Cayetano...

—Tómese un trago, le dijo Juanico Confesor a Ventura. No semo genemigo. Lo sabogao se insultan, y dipué... se echan el brazo...

Ventura Santana no era dado al alcohol; lo era a las mujeres; y se excusó:

—Dispéñeme, señor; quizás en otra ocasión. Y se fué a bailar con Carmela...

A Cayetano Jiménez le desagradó lo que él llamó un desprecio, y... se lo fué participando al oído a sus secuaces... Al mismo Juanico Confesor, que era el Alcalde Pedáneo, le dijo: dale duro, que se la dá de barraco...

Ya el sudor se propagaba más en la reunión que el pachulí, mientras el cantante tenía que subir mucho su voz gangosa para imponerse al enloquecido alegrón que le daba la embriaguez a la multitud... Y en el canto se iniciaron las indirectas.

*Ayyyyyyyyyyyyy,  
yo soy la juticia,  
y tú ei criminai,  
yo te aflojo soga  
pa dipué jalai...*

La güira, el tambor y el acordeón, hablaban el abigarrado idioma de un doloroso cruce de sangres y de razas; y a veces... gemía el indio, protestaba el africano, o reñía el español...

Ventura Santana sabía que había una trama contra él, y que si no cedía la pareja, la reyerta era inevitable. Un cerco de hombres, siempre ávidos de beber o saltar, formaba una valla para los bailadores. Cada



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

vez que uno, de un manotón, le agarraba el antebrazo a Carmela, en el vértigo del movimiento, Ventura Santana la soltaba, sin mirarlo... Lo cortés no quita lo valiente, pensaba...

En aquella batahola, en aquel barullo, no había verdadera autoridad. Juanico Confesor, el Alcalde, estaba ebrio y era el más pendenciero.

Cierto es que estaba presente el Custodio de la Sección, Valentín de los Santos, con un puñal flamante en la cintura. Pero era el guarda-espalda de Cayetano Jiménez, y a la hora de la pelea sería un hombre... como otro cualquiera, al lado de los suyos... Verdad es que, con ropa de civil, había un sargento, armado, en la concurrencia. Pero nadie lo sabía. Poco hacía que había estallado la revolución, y en secreto observaba...

El tambor, de piel de caballo, requintado, volvió a sonar. Todo se animaba de nuevo, aguijador y sensual, se entrecruzaban las parejas, y, bailando, bebían el licor en jarritos de hojalata:

*Ayyyyyyyyyyyyy,  
lo que yo te pido  
e cosa sencilla,  
que te coma ei mango  
y me dé la semilla...*

Carmela Polanco era una perdiz de ojos azorados. El instinto y el recelo le advertían que en ese holgorio podía suceder "la del diablo"... No bebía del vino tinto apartado para las mujeres, casi no bailaba, y lo que quería era irse de la fiesta. Pero Ventura era hombre de valor, y, además, no deseaba perder la oportunidad de estar en compañía de Carmela.

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Los ayes del cantante, era lo que retardaba las provocaciones, llevando todos los pensamientos a las intenciones picarescas del cuarteto...

*Ayyyyyyyyyyyyy.....  
la guaidia no sirve pa ná,  
la guaidia no sirve pa ná,  
cuando va a una fieta,  
solo da empujone y pecozá...*

Era la alegría de los ratones, cuando el gato está ausente...

—Qué fiestaza!, exclamaba el gordo cantinero, cobrando el precio del ron, la carne frita, el pan y los pastelillos de harina... en tanto, a costa de los compradores, comía y bebía...

En la paz campesina, aquella voz bajaba por los valles y ascendía por las colinas, y se confundía con el alma de la naturaleza, convertida en grito, queja y música...

—Cuando recoja mi arroz, cincuenta fanegas, en Octubre, tú serás mi mujer; creo que doña Elucinda tendrá gusto; le dijo Ventura a Carmela...

—Nos están oyendo, exclamó Carmela, con timidez, mientras el conjunto musical continuaba:

*Ayyyyyyyyyyyyy.....  
la guaidia no sirve pa ná,  
la guaidia no sirve pa ná,  
cuando va a una fieta,  
solo da empujone y pecozá...*

Por los costados abiertos de la sala de baile, cruzaba el viento nocturno, agitando los cordeles de picados papeles de colores; y a ratos apagaba las luces,

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

dando oportunidad a la maliciosa tentación de los enamorados, y al pensamiento de alevosía de los contrincantes...

El sargento aprovechó uno de esos momentos de semioscuridad, para acercarse al cantante:

—Me interesa, amigo, que repita el merengue...

En el porte del individuo, y en su mal fingida tranquilidad, Remigio Marte, el de la voz gangosa, vió claramente el peligro, a través de la suspicacia del campo, y con un guiño previno a los otros músicos:

—Como no, compañero, eso y mucho más; etamo pa seivile...

Remigio alargaba la introducción, como un recurso, buscando la defensa:

*Ayyyyyyyyyyyyy.....*

*ojito e paloma,*

*ojito e peidí,*

*tu ere la que pone*

*lo shombre a sufrí...*

—No, ese no es; el otro —dijo el sargento—ajustándose la correa del revólver...

—Ah!, sí, jefe, exclamó Remigio. Lo dicho: etamo pa seivile...

Y cantó de nuevo. Algunos de los más perspicaces habían caído en la cuenta de que ese sujeto no era de su sección, de que... andaba en alguna pesquisa...

*Ayyyyyyyyyyyyy.....*

*de Santiago a Moca,*

*de Moca a Santiago....*

El desconocido interrumpió de mal modo a Remigio Marte:

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Tampoco, amigo; es el de la guardia...

—Ah!; peidón; —dijo Remigio— simuladamente sorprendido. To lo que uté quiera... Pero en la mente había esquivado la trampa:

*Ayyyyyyyyyyyyy.....*

*la guaidia si e decente,*

*la guaidia si e decente,*

*cuando va a una fieta,*

*brinda má que toa la gente.*

El sargento, que no quería dejar caer el imperio de su jefatura, pero que no ignoraba que con arma de fuego y todo, en caso de pleito, era imposible salir con vida de tanta arma cortante como allí había, suspiró, profundamente, como quien surge de una gran zabullida, y dijo:

—Ah! bueno; con una voz que imitaba la del cantante; yo pago este jaleo. Llamó al cantinero, y brindó tres botellas de ron...

Los gallos tocaban sus trompetas de triunfo a la madrugada, después de batir con sus alas, semejando aplausos; y, por oriente, la gran cola de un raro pavo real se abría, lentamente, en forma de pantalla china, delante de la cercana salida del sol...

Cayetano Jiménez estaba borracho también; y lo estaban varios de sus compañeros...

—Tómese este trago, pa dirno, insistió Juanico Confesor ante Ventura Santana, en el instante en que éste se despedía con Carmela...

—Le dije, señor, que en otra ocasión; volvió a excusarse el invitado...

Y, ¡zás!... con la velocidad de un rayo, de un salto de tigre, Confesor, el Alcalde, hirió a Ventura en el vientre:

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Pa que repete lo shombre, según gritó al huir por las laderas próximas, cercadas de alambre con púas...

Eulogio Sánchez y Ramón Lugo acudieron a socorrer al herido. Ramón vió, serio, callado y de reajo, el hilo de sangre que brotaba de la herida; pero Eulogio habló y dijo:

—Yo sólo sé que hoy mesmo vino Juanico Confesor de El Mamón, y que lo vieron hablando con Miguel Angel Espada...

Pero nadie se percató en el holgorio, de que la tímida Carmela Polanco tomó del suelo el cuchillo que dejó el agresor, y se lo lanzó cuando ya el prófugo ocultaba su silueta entre las malezas...

Después Juanico Confesor apareció muerto; y ese homicidio fué dejado a cargo... "de un desconocido"...

Ahora todo esto aparecía en la mente sin brújula de José Cristóbal, en el manicomio, teatro de aquarelle de un cinema que ha roto la cinta...



## XVIII

Las últimas instrucciones de un complot, salieron de los labios de Miguel Angel Espada, dirigiéndose a Cayetano Jiménez... en El Mamón, tierras que habían vuelto a ser sembradas de caña por La Culebra.

—Tendrás tierra para que la des a sembrar a medias, y... dinero... En la llanura apuntaba el amanecer. En las conciencias de aquellos dos hombres, el crimen nacía también.

—Por usted, que me maten —dijo Cayetano Jiménez. Pero no era por Miguel Angel Espada, sino por el estipendio que éste le pagaba por sus fechorías...

—Está bien: entendidos. Si fracasas me arruinas; y yo hago que a tí... te entierren...

—Oh! don Miguel —exclamó Cayetano Jiménez, con la sorpresa de quien ve menospreciado su prestigio— por usted maté a Andrés Anderson y a Ventura Santana lo hirieron.

El viento hacía traquetear las planchas de zinc y las puertas de la casa de Miguel Angel Espada, y estrujaba las copas de los árboles... mientras el sol tímidamente, era un triste ojo acusador...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Avanza, Cayetano. Esas historias no me interesan, comparadas con esta última jugada.

Cayetano Jiménez se despidió, y se dirigió al cañaveral. Los lobos despavoridos de la atmósfera desatada, aullaban desde lejanos antros invisibles. En el plantío, un retorcido lecho de hojas reseca se arremolinaba... El austro, seco, abrasador, ardía en la piel y quitaba el aliento. Pero Cayetano no se apresuró, y se tomó todo el tiempo que creyó conveniente, para no fracasar...

Mediaba la mañana, cuando, del lado por donde soplaba el ventarrón, Cayetano Jiménez penetró, cauteloso, en la finca. Más de una vez, sintió deseos de desistir. Sus pisadas en la hojarasca crujiente, parecían denunciarlo. Pero volver la espalda, después de conocer tan tremendo secreto, sin realizarlo, era su muerte, a manos de los pandilleros que él mismo dirigía en nombre de Miguel Angel Espada.

El tiempo le pareció largo, mas decidió que su misión fuera cumplida... y la cumplió. El más guapo, cobra el barato, se dijo.

Miguel Angel Espada lo esperaba, enfocando su catalejo por encima del inmenso oleaje de la ventolera. Su alma era un nido ponzoñoso de maldad, cobardía e interés... En tanto, Cayetano Jiménez se acercaba, estremecido por las inclinaciones atávicas del instinto, a dar su informe de sicario.

—Nadie sospecha de tí? —preguntó La Culebra.

—Brígido Nolasco, quizás. Me dijo que era extraño que a esa hora anduviera yo a pie por los carriles, y... solo. Este viento es un peligro, Brígido, le contesté, y... así, la candela nace de cualquier cigarrillo, o de las chispas de una locomotora que pase. Hay que estar alerta, Brígido... Yo hice todo lo po-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

sible porque nadie me viera, explicó Cayetano Jiménez.

Miguel Angel Espada tembló, como si las autoridades en ese instante le estuviesen leyendo una declaratoria de quiebra fraudulenta, y una orden de prisión...

—Eso no es todo, don Miguel, agregó Cayetano Jiménez. Brígido no es amigo nuestro, dizque porque no le queremos dar trabajo, y siempre ve con malos ojos nuestros negocios. “Hay que estar alerta”, dijo, con sorna, repitiendo mis palabras; pero, agregó: “mejor acompañado que con esa vela que llevas en el bolsillo”... Yo me quedé alelado, y vi que en realidad... podía ver la que me quedaba de las dos velas que llevé...

—Pero hombre de Dios —exclamó Miguel Angel Espada, queriendo decirle perro del diablo: por fin, qué hiciste?...

Por allá, en donde el objeto del temor y de la esperanza de Miguel Angel Espada se destacaba, se alzaba el índice inquieto de una columna de humo...

—Qué hice?: encender la vela... y lo demás. Yo cumplo sus órdenes...

—Estamos perdidos —fué la frase de derrota que pronunció Miguel Angel Espada, agarrándose, con ambas manos, la cabeza, como si le girara...

—Están perdidos, quiere usted decir —dijo Cayetano Jiménez, sin exponer todo su pensamiento, como si gozara torturando a su cómplice...

—¿Quiénes?, —gritó Miguel Angel Espada, desde el abismo de su pavor...

—Están perdidos, Brígido y el campo de caña. Una ocasión como esta teníamos que aprovecharla. Yo juego para ganar.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Miguel Angel Espada, malévolo, ante todo, se serenó, comprendiendo; y se llevó la diestra a los labios, como un gato que se llevara la pata a la boca, después de un sabroso bocado...

El drama, en un acto, terminaba, y comenzaba la tragedia, en varias escenas...

Un volcán empieza a veces con una delgada espiral. Es el anuncio de iracundos retumbos que echan sobre el mundo cadáveres y derrumbes. Una débil nube que se deshacía en el espacio, fué lo primero que contempló Miguel Angel Espada, y que, en breve tiempo, se convirtió en un infernal océano de llamas...

Miguel Angel Espada y Cayetano Jiménez corrieron, a montar en sus caballos, siempre listos... Terciados tenían los cordones de los revólveres que portaban; y lucían camisas de kaki, para simular autoridad ejecutoria. Ambos blandían sus machetes. Una locomotora, que estaba por las inmediaciones cargando de caña sus vagones, prorrumpió en pitadas como alaridos, convocando a los peones para la arriesgada faena de detener el fuego. Los muchachos, amotinados, tocaron, en arrebató, la campana de la escuela. En todas direcciones cruzaban los semi-desnudos y tiznados trabajadores. Qué torbellino!... Un caluroso resplandor bañaba de sudor los cuerpos y hacía cerrar los ojos.

Gigantescas lenguas rojas, empujadas por el viento, lanzaban matas enteras de caña a kilómetros de distancia, propagando el desastre en los campos vecinos. Huían, asustados, los animales, de los potreros contiguos; y los estallidos eran el tableteo de miles de ametralladoras en una batalla campal, en que los generales fueran Miguel Angel Espada y Cayetano Jiménez...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Había que dar la impresión de lo real, y Cayetano Jiménez ordenó que se diera contra-fuego. Estaba al frente de unos cien hombres, y vociferando, amenazando, repartía cintarazos y hería a veces a los rezagados.

Por un atajo, todos se dirigieron al lado opuesto al de la candela. Pero fué inútil la maniobra; la llamarada los rodeaba, vertiginosamente, como una aguerrida falange que circunda a sus contrarios, para aniquilarlos. En ese momento atizaba el ábrego desde sus remotos dominios del sudoeste, y el ardor era insoportable. Era necesario avanzar, para cruzar el cerco, o perecer, asfixiados y quemados. Siendo cierto e inminente el peligro, Miguel Angel Espada y sus caporales, tuvieron que apelar a una salvaje heroicidad.

Muchos jornaleros retrocedían, a pesar del atropello y de exponerse a morir achicharrados. Pero después, volvían a la carga... Aquel calor no dejaba respirar, aquella ola ígnea, que se retorció, que volaba como rozando un reguero de pólvora, arrasaba sin obstáculos lo que encontraba a su alcance, volviéndolo pavesas.

Teas incendiarias, lanzadas por elevación por un viento demoníaco, seguían arruinando el trabajo de pobres agricultores de la vecindad, que ignoraban que ese mónstruo devorador había salido del cerebro codicioso de Miguel Angel Espada, movido por un seguro cuantioso contra incendio.

Ramón Oviedo, valeroso hasta la temeridad, fué quien inició esa carrera desenfrenada, para trasponer la barrera de la llamarada, dándole su pecho y el de su caballo a aquel río salido de madre. La torrentera lo hizo desaparecer con cabalgadura y todo. No quedó

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

de él más que el recuerdo de sus veinte años y de su valor...

En cambio, Brígido Nolasco, quizás no por cobarde, sino porque sabía del inícuo origen de aquella revuelta fuerza de elementos, retrocedió. Cayetano Jiménez, que lo seguía de cerca, para ejecutarle su sentencia de muerte, de un machetazo en la cabeza lo dejó tendido. Fué imposible indentificar al asesino. En esa baraúnda, cada uno pensaba sólo en sí mismo, para defenderse. Quedaba suprimida, con la supresión de esa vida, la única prueba que podía orientar a la justicia. Y tras larga brega, la brigada traspuso las llamas...

El acaso hizo que el ventarrón amainara. Se detuvo, en las empalizadas, la alucinación de aguacero de las acacias sacudidas. Cesó el rugido pavoroso de la devastación. Y la tropa pudo entregarse a su faena extinguidora...

Un humazo era paño funerario en el horizonte. Pero algunas lumbraradas se levantaban, de trecho en trecho, como fogatas rituales de indios dispersos...

Durante el resto del día estuvo ardiendo el campo. Todo fué arrasado en la confusión y el tumulto atronador. En tres millas a la redonda, sólo se veía una sábana negra sobre la tierra dura y humeante, de acre olor a melaza quemada, y pedazos de postes carbonizados, danzando en los alambres con púas, como muñecos embadurnados de alquitrán...

El fuego se detuvo al llegar, en la tarde, a los caminos reales; y se extinguió completamente cuando la brisa pareció dormirse, como cansada, bajo una manta de sombras, y una luna amarilla miraba la opresiva desolación.

Para José Cristóbal esos pensamientos eran una obsesión: en su sementera, por la sequía, no prospe-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

raba ningún brote. Era aquél... un año maldito; y eran muy malos aquellos dos hombres, que parecían tener un pacto con el diablo...

Grandes pilas crepitantes se formaron de espinillo y caoba, por el incendio que se propagó hasta las posesiones de José Cristóbal. Pero éste no se atrevió a reclamar los daños y perjuicios, pues se dejó establecido que ese siniestro había sido casual, y que, a pesar del loable esfuerzo de La Culebra, y su gente, no pudo ser contenido en los linderos del campo de caña.

Miguel Angel Espada puso el grito en el cielo, diciendo: apenas he cobrado la mitad de lo que he perdido... Cayetano Jiménez se convirtió en propietario de terreno y de reses, que eran de La Culebra. Y eso, un nuevo caballo, el uso de otro revólver y el engallado encaro de Cayetano con sus subalternos, hacía señalar que el negro ayudante de Miguel Angel Espada había recibido también su parte en la tragedia; en verdad: aquellos dos hombres eran tan malos... que se diría que hacían volver árida la tierra que pisaban.



## XIX

Desde aquel devastador incendio en El Mamón, las vueltas de la rueda del tiempo eran muchas; esto es, durante tres años, los gladiolos se habían renovado, y eran como grandes mariposas multicolores posadas; por tercera vez, las amapolas en flor habían fingido un desfile de antorchas en los valles; y varias veces Ana Lorenza, en su celda No. 3, había repasado, adormilada, las remembranzas de las tristes congojas de su vida...

Recordaba a los amigos de José Cristóbal. Ellos habían decidido dedicarle una velada lírica al "malogrado artista". El no necesitaba esquelas prematuramente mortuorias, ni condolencias para quien todavía no era su viuda; sino medios económicos para tratar de curarse. Pero, en realidad, sus contertulios, a quienes la pobreza mantenía consecuentes, sólo poseían el capital sin crédito de su música y sus versos...

—Si yo tuviera dinero —dijo Baldemiro Reyces— a estas horas José Cristóbal estaría en París. Raúl Ponce de León, Víctor de Aza, Sixto Morel y Apolinar Cesteros, pensaron y dijeron lo mismo. Los que no tienen —meditó Ana Lorenza— siempre exclamaban:

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

man: si tuviera; y, si llegan a tener, es a cambio de olvidar lo que creyeron sentir. Ahí estaban ahora, para comprobarlo, Baldemiro Reyes y Raúl Ponce de León, nuevos capitolinos, que no iban a ver a José Cristóbal, por estar "demasiado ocupados", y porque... "sentían pena"...

El Presidente del Ateneo, entre los retazos dispersos por el suelo y el anafe humeante de su sastretería, asiento de aquella preliminar reunión, exclamó:

—En caso como éste, es una lástima ser pobre...

—Y en cualquier otro, dijo, con sonrisa humorística, Sixto Morel— pero llegará el repartimiento. Antes fué de esclavos. Después será de trabajo y de sustento, de libertad y de justicia.

—Bien, terció Baldemiro Reyes, el mismo José Cristóbal opinaba, sin embargo, que la principal riqueza es la que dan los sueños, y en soñar nadie nos aventaja...

De buena gana, mientras se detenía en el zurcido de un chaleco, y miraba por encima de sus espejuelos, don Leocadio Didiez prestó el local del Ateneo, pequeña casa de madera y de zinc, que era la humildad ante la soberbia de dos enormes edificios de cemento y de hierro. Pero el viejo presidente, tesorero y bibliotecario, en una inútil trinidad del Ateneo, agregó: no hay piano ni luz eléctrica. Sólo nos pagan las cuotas los ingenios...

Sixto Morel, que no dejaba pasar ninguna oportunidad sin ser un defensor de los proletarios, sin atacar lo que él juzgaba falsas posiciones del capitalismo, intervino:

—Buen negocio el del azúcar. Comprar la tierra y el salario, a precio de regalo, y subir el costo de la carne y el pan, hasta donde casi no alcanza el hambre. Así se pueden tener dos o tres camas de caridad

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

en un hospital, y pagar un anuncio en un periódico de gran circulación...

—Estamos perdiendo el camino, dijo Baldemiro Reyes.

—Y el tiempo... agregó Sixto Morel, sempiterno soñador de una era en la que el proletariado ganara siquiera el derecho de vivir, sin hambre y sin miedo; y seguía en la espera y en la... esperanza...

Entonces, luego que don Leocadio hubo defendido su desmedrado sueldo de bibliotecario, opinando que sin las empresas azucareras seríamos indigentes, Raúl Ponce de León propuso: dirijámonos a la Compañía Eléctrica.

—Yo los acompaño, pero no hablaré —dijo Sixto Morel—. La electricidad aquí es tres veces más cara que en los Estados Unidos, y nosotros somos tres billones de veces menos pudientes que los yanquis. Yo no pido favores así... de mi propio bolsillo. Y me callo, porque no estoy en condiciones de probar que no soy ni comunista, ni anarquista, sino un indio... que paga su tributo, y... se muerde los labios. Anécdota? América, por su juventud y su inexperiencia, es una anécdota de la Geografía y de la Historia.

—Apolinar, que es músico, le cantará la palinodia al Administrador —dijo Baldemiro, con jocosidad.

Al llegar a la oficina de la Compañía Eléctrica, el Administrador, en mangas de camisa, les salió al paso:

—*Good Morning*... (buenos días).

Domingo Castro, Junior, (Domingo Castro, hijo) el Administrador, el *manager*, decía él con vanidad señoril, era hispanoamericano; pero "un enamorado de la civilización norteamericana", desde los cigarri-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

llos con tabaco de Virginia, hasta las revistas en inglés.

Cuando Apolinar Cesteros expuso el motivo de la visita, el anglómano se echó para atrás en su sillón giratorio, y explicó el impedimento que confrontaban:

—*Sorry* (lo siento), los operarios están poniendo un *switch* (conmutador) *mister*, (señor) para el *party* (fiesta), que el *Country Club* (club campestre) le dedicará a su presidente, por su regreso de New York...

—Mecachis! —pensó Sixto Morel— qué manera de mezclar el vinagre americano con el aceite español...

Dos días después obtuvieron el servicio de la luz. Y el piano lo sacaron de una escuela, cuatro hombres, como en el entierro de un gordo burgués...

El cura, un anciano de Europa, que había hablado en muchos púlpitos antes de llegar a esta diócesis, dió un vuelco de lo sublime de su solemne presencia, a lo desacertado de su exordio, cuando saludó al público:

—“Mi querido pueblo del Uruguay”...

Al cesar los cuchicheos y sonrisas de burla y desaprobación, Apolinar Cesteros, girando a un lado y a otro en su butaca del piano, comentó de esta manera la mala memoria del dignatario:

—Yo prefiero los sacerdotes que, en la infancia, se bañaron en nuestros ríos y comieron de nuestras frutas, aunque fueran ajenas; porque ahí no cabe el olvido...

La noche, en lo alto, con todas sus estrellas encendidas, era un gran cesto de flores brillantes, que se volcaba sobre el mundo. En la modesta velada de aquellos bohemios, las flores eran estrellas, y el ensueño subía al cielo, en un de profundis por el alma de José Cristóbal...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Ana Lorenza, en su celdilla, conmovida, cabeceando, dejaba caer, de sus manos, el bordado; y, de su nostálgico pensamiento, se desprendían los retazos remendados de su elegíaca evocación...

Así era. Sus dedos, tejían encajes; y su mente, tejía recuerdos...

En consecuencia, cuando el cliente solicita un préstamo, el banco debe tener en cuenta el riesgo de crédito y el riesgo de liquidez. En el primer caso, el banco debe evaluar la capacidad del cliente para pagar el préstamo y el riesgo de que el cliente no pague. En el segundo caso, el banco debe evaluar su capacidad para hacer frente a las obligaciones del préstamo.

Además, el banco debe tener en cuenta el riesgo de mercado, que es el riesgo de que el valor de los activos del banco disminuya debido a cambios en los precios de los valores mobiliarios o en las tasas de interés.

Por lo tanto, el banco debe tener en cuenta todos estos riesgos al evaluar la viabilidad de un préstamo y al determinar el tipo de interés que debe cobrar.

En conclusión, el banco debe tener en cuenta todos los riesgos al evaluar la viabilidad de un préstamo y al determinar el tipo de interés que debe cobrar.

Además, el banco debe tener en cuenta el riesgo de mercado, que es el riesgo de que el valor de los activos del banco disminuya debido a cambios en los precios de los valores mobiliarios o en las tasas de interés.

Por lo tanto, el banco debe tener en cuenta todos estos riesgos al evaluar la viabilidad de un préstamo y al determinar el tipo de interés que debe cobrar.

En conclusión, el banco debe tener en cuenta todos los riesgos al evaluar la viabilidad de un préstamo y al determinar el tipo de interés que debe cobrar.

Además, el banco debe tener en cuenta el riesgo de mercado, que es el riesgo de que el valor de los activos del banco disminuya debido a cambios en los precios de los valores mobiliarios o en las tasas de interés.

Por lo tanto, el banco debe tener en cuenta todos estos riesgos al evaluar la viabilidad de un préstamo y al determinar el tipo de interés que debe cobrar.

En conclusión, el banco debe tener en cuenta todos los riesgos al evaluar la viabilidad de un préstamo y al determinar el tipo de interés que debe cobrar.



## XX

La vida gris de José Cristóbal era aquella etapa, la describía él, en que veía los seres y las cosas como al través de una niebla; esto es, sin contornos, sin poder apresar de ellos lo esencial; y, por tanto, sin saber a qué atenerse.

En el presente, en sus días de más lucidez, veía con claridad lo que antes era una confusión... y recordaba:

El contacto con los hombres del campo, en Sierra Prieta, lo condujo a interrogarse por qué la gente se muere de hambre, si sobran la tierra, y el agua, y el aire, y el fuego, y el sol...

Y decidió organizar una modesta sociedad cooperativa; que luego, sirviendo de modelo, se multiplicara por todo el continente americano; en busca del provecho y la armonía de sus miembros y los demás hombres... con miras a extenderse por el mundo entero...

Innegablemente, estaba loco; porque nada menos que eso es lo que la Humanidad, hace siglos, persigue, creando doctrinas, y declarando guerras, sin haberlo podido lograr... Eso es lo que opinaban los reaccionarios de siempre; los que no hacen nada y lo

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

critican todo, y se van a la muerte con sus palabras, pero sin anotaciones en el pasaporte.

Pero él defendía su quimera con uno de esos axiomas con que resumía su filosofía: "todas las cosas grandes, han comenzado siendo pequeñas"; "hay que vencer el egoísmo de que cada uno quiere lo que los otros tienen";... "y conviene comenzar, aún cuando parezca prematuro"... agregaba.

En esa Tebaida, lo visitaba Sixto Morel, y un día, animándolo en esa religión de la concordia, le dijo:

—Estás en lo cierto, José Cristóbal. Peleamos por la tierra, a pesar de que aún sobra. En el Brasil, por ejemplo, hay bosques para alimentar y alojar a todos los sudamericanos; y en el río Amazonas, con sus miles de kilómetros de cauce, corre agua para todos los sedientos... Lo que falta es comprensión. Si es verdad que la población aumenta a razón de cincuenta mil personas por día, también se multiplican los medios de aprovechamiento de los recursos naturales...

José Cristóbal implantó su congregación. No hablaba de comunismo, socialismo o democracia. Era, simplemente, una iniciativa en marcha. El nombre no hace al hombre, ni su ideal. Eran seglares del trabajo.

—Parece, Sixto —decía José Cristóbal— que el régimen político ha de estar siempre, en los pueblos jóvenes, más adelantado que el social.

—Eso tiene, —opinaba Sixto— una explicación. El Gobierno está, generalmente, dirigido por los intrépidos y los privilegiados, mientras que el pueblo lo integran los que se han dejado adormecer por la facilidad de las tierras nuevas y despobladas, que dan poco, pero que no exigen nada... De ahí que toda ini-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

ciativa surja del poder público, y, en vez de apoyo, halle resistencia en los gobernados...

—En cambio —terciaba Ana Lorenza— en los organismos sociales adultos, ha descendido tantas veces la acción oficial a las masas, que éstas cuentan con expertos, y, de tiempo en tiempo, llegan ellos a gobernar en su país, acercando el mejoramiento social a la aptitud política...

—Caes en la cuenta, Sixto, de que mi mujer me comprende? —decía ufano José Cristóbal—. Hay, sí, que descender hasta los humildes, para que ellos suban hasta los poderosos, en una corriente alterna.

A corta distancia de donde Ana Lorenza había puesto las ringlas de varales de sus tomateras, las carretas, tiradas por bueyes, cargadas de semillas de arroz, luchaban con las llantas atascadas en el lodo endurecido... Se oían los gritos de los boyeros: oh!, Azabache; arriba, Lucero! Estábamos en la era de la bestia, que él quería cambiar por la de la máquina; así como deseaba que de cada tres granjas, como en los Estados Unidos, dos tuvieran energía eléctrica. En soñar, en verdad, nadie lo aventajaba. Pero los que sueñan, sufren, porque tropiezan...

La asociación iba adelante. De las otras secciones enviaban emisarios, para consultar cómo debían formar juntas iguales...

—Algún día se acordarán de tí, José Cristóbal, por el bien de tu organizado desinterés —exclamaba Sixto Morel, mientras contemplaba las faenas del campo, y el ruido de un tractor, abriendo surcos, hería con estruendos la paz campesina. El factor primordial de Hispanoamérica, seguía diciendo, es la agricultura...

—Pero una agricultura dirigida, de todos para cada uno, y de cada uno para todos —aclaraba José

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Cristóbal, con la manera sentenciosa de sus pensamientos—. Hasta ahora estamos en el comienzo. Descontada la incipiente empresa del Estado, por crear fuentes de riqueza, que son escuelas prácticas para el aprovechamiento del suelo y las aguas, los campesinos siguen impotentes, de cara a un mundo de energías inagotables, que los ve a veces perecer, por su desbordamiento sin frenos. El hombre sólo carece de poder defensivo y creador; y ha olvidado que el instinto de la preservación lo agrupó en hordas, y, luego, en familias; y ahora se ve aislado, no sólo ante las fieras y las embestidas del universo físico, sino otra vez, como en su estado primitivo, ante los hombres mismos... Hablo, desde luego, de Hispanoamérica.

—El loco tiene razón —decía, jovialmente, Ana Lorenza...

—De dónde viene eso? —exclamaba Sixto Morel, en tanto, con su avidez de sensaciones, miraba a un trabajador que aceitaba una sembradora mecánica, capaz de hacer la labor de cincuenta obreros...

—De dónde viene eso? —repetía José Cristóbal. De la herencia y del medio; más del medio que de la herencia. El Cánada y los Estados Unidos de América, fueron también bosques vírgenes. Pero sus habitantes tuvieron que sufrir el rigor de los inviernos; y no tardaron en comprender que, sin previsión, el resultado es la crisis, y el gruñido desesperado de la miseria. Crearon la estadística; y se hicieron prudentes, para no sucumbir. En el trópico es distinto. El verano perdona al perezoso, y aunque la sequía lo acose, le deja algo que comer. Un resto para no morir de hambre. Del invierno no se salva jamás, en las regiones nórdicas, quien no se prepara para contrarrestarlo...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

La luna, entre los cerros, era una princesa árabe, con tocado de novia. La tarde era límpida, y se iba deshaciendo como una espuma tornasolada. Y dos luceros, como dos diamantes, lucían en una nube que parecía un príncipe... Esa imagen, le hizo manifestar a Ana Lorenza que, en realidad, la poesía está en las cosas bellas que nos muestra la naturaleza...

Sixto Morel, como picado por un áspid, dijo:

—No. Tal creencia se inclina a la superficialidad. La poesía está en las emociones hondas, en las minas de lo incomprensible, en donde palpita, como un feto, el origen de los orígenes...

La conversación se había tornado artística, e iba a terminar, cuando José Cristóbal, le preguntó al poeta:

—Quieres decir que este paisaje no tiene expresión para ti?; que no se te explaya el ánimo...?

—Sí. Pero quizás ustedes no ven lo que yo veo. Ya tengo un poema, *EL GRAN OBRERO*:

*Los bueyes y los tractores;  
los pájaros y las sembradoras;  
ayer y hoy; mañana y siempre;  
el tiempo, eterno,  
que elabora las formas  
del misterio infinito...  
Dios,  
Todopoderoso,  
Obrero satisfecho y sin cansancio,  
de todos camarada,  
que se dá su propio salario,  
con que nos sustenta y regala,  
en las monedas de plata  
y de oro  
de la luna y el sol...*

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Me emociona —exclamó Ana Lorenza.

—Realista y moderno, afirmó José Cristóbal...

—Sin embargo —dijo Sixto Morel— ya separándose de sus amigos— muchos dirán que no lo entienden; porque la verdadera poesía es, según mi postulado, creación entrañable, como un germen, que hay que vivir y comprender con el espíritu... más allá del acento, la consonancia, la métrica... y el adorno...

Oh! Azabache! Arriba Lucero!... Sobre la tierra parda los labriegos olían al sudor que les corría por la áspera vestimenta y la piel endurecida; el viento entonaba canciones extrañas; y pájaros oscuros, de imprevisto presagio, revoloteaban buscando semillas; se alzaban las frágiles mariposas de las huellas que tatuaban los caminos reales, o de los trozos de caña dulce caídos de las carretas; una ilusoria geografía simulaba islas, ensenadas y continentes en los campos de las labranzas y las cosechas...

Recostado de las empalizadas, José Cristóbal, en la anochecida, veía cómo Ventura Santana y su gente terminaban las labores, con el encierro de la boyada en los corrales y las sogas enrolladas en los hombros. Mientras Ana Lorenza encendía las luces en la casa y la oración en el alma, para volver, al amanecer, a hilar de nuevo, con sus compañeros de trabajo, en la rueca del ensueño...

Y José Cristóbal recordaba, recordaba; y el recuerdo de esa poesía inefable de su vida, era un ojo de agua clara en la oscura gruta de su espíritu...

## XXI

Sierra Prieta era región de lucha inacabable, dura, con los hombres y con la naturaleza, para sobrevivir. Tanta tierra baldía, y, sin embargo, cuánta tragedia por unas varas de rasos alcarrizos...

No había título sin pleito. Amparos reales de hatos que fueron vendidos en cientos de pesos, y que, al pasar, de generación en generación, a herederos que no los cultivaban, se convertían en acciones con relación al precio más que en razón del área del terreno, llegaron, por la falsificación, a aparecer costando muchos miles de pesos, en una fábrica de ceros.

Papeles sellados, con la corona real de España, sustraídos de los archivos; hojas desprendidas de los protocolos de los escribanos; destrucción de los asientos en los libros oficiales, eran el material y las maniobras de que se valían los más maliciosos, para adulterar los documentos.

Muchos falsificadores no eran suficientemente inteligentes, y cometían burdos anacronismos, poniendo en la documentación de las escrituras funcionarios que ya habían muerto; tribunales que la ley no había creado todavía; o reglas de ortografía no usadas en la época indicada para la escritura. Pero,

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

como las monedas falsas, esos eran los procesos-verbales que más circulaban y aumentaban la confusión y la discordia. El estatuto personal estaba desorganizado, por la ignorancia, por las guerras civiles y por el robo... La mayoría de los descendientes, era de filiación natural no reconocida; las contiendas fratricidas eran un cauce para el incendio, la destrucción y el hurto de las pruebas; y el derecho, así denegado, era una rémora entre el odio y el interés. Entonces la impunidad; las encrucijadas solitarias; la asechanza; la asociación de malhechores pagados, hacía lo demás: que, por el asesinato, corriera la sangre de los más inocentes, o incautos. Y muchas veces los buenos se volvían malos, para defenderse.

Era grande el éxodo de los campesinos hacia las ciudades; y los terrenos de una inmensidad despoblada, se quedaban, como prehistóricos desiertos, sin una voz de agricultor en su agreste soledad; en espera de alguna Compañía extranjera que llegara con un gran cargamento de alambre con púas, para establecer el dominio de los latifundios en un país de azorados mestizos. De cuando en cuando, además del julián-chiví, un gallo cantaba, o ladraba un perro, en una pequeña posesión, como islote solitario del verde océano de los bosques; o el hacha de algún desamparado labrador cortaba una palma para comerse el palmito...

Pero hay hombres que se arriesgan, o que, por circunstancias ineludibles, se enfrentan hasta con lo imposible. No saben, no pueden huir. Están encadenados a su destino; y lo aceptan con una serenidad escalofriante; como un mandato indefectible, que es preciso acatar. Hasta mañana, "si Dios quiere", es la despedida con que mucha gente de nuestra cristiana América simboliza su pasivo estado de ánimo, para dejarlo todo a la buena voluntad de la Providencia.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Cree que con rogativas llueve; que con ensalmos se cura; que la suerte hace a los hombres; supersticioso y religioso, a la vez; olvidando que Dios ayuda a quien se ayuda...

Ventura Santana, prototipo de ese ser fatalizado, se puso a trabajar, con seis carretas y dieciocho bueyes, en un afanoso tiro de madera para el Ingenio Filipinas. Era quien abastecía a esa empresa, vendiendo mil rivalidades, de pérDIGOS, camones, traviesas, viguetas y limoneras; de nisperillo, árbol duro, aunque raja fácilmente; y de capá, que resiste a la broma, para los lanchones en que, al través del río Maguana, era transportado el azúcar, hasta el puerto Colón, de embarque. Poco era el beneficio. En nuestra América el obrero, la tierra y el trabajo, sólo producen para mal vivir, y todos estamos de acuerdo con que "el capital es trampa legal".

Había que pagar al dueño del único bosque que quedaba con riqueza forestal en esa comarca. Después seguía el costo del corte, de la labranza, del arrastre y del estacionamiento de la carga; para poder llegar al penoso comienzo de un viaje por semana, de diez kilómetros por hendiduras y vericuetos, en el que a menudo se rompían las llantas, o se descornaban los bueyes, por lo dificultoso, lo árduo del trabajo. En época de lluvia, especialmente, la faena llegaba a ser casi impracticable. Piedras sobre piedras en los lodazales, no era precaución suficiente para impedir que los animales se atascaran, y los ejes y las manzanas se partieran.

Entonces era menester descargar los pesados y resbaladizos maderos, e improvisar un taller de reparaciones. Ventura Santana y su cuadrilla de boyeros, cocinaban, comían y dormían en las orillas de los arroyos y de las veredas, luego que, a la caída de

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

la tarde, desenyugaban, y ponían a pacer la boyada, en la escasa yerba que encontraban en esos incultos y lejanos ribazos. Pero eso no lo veían los concurrentes de Ventura Santana. Sólo advertían el “entregue y cobre”, del ingenio; y que Ventura Santana tenía un revólver, una mula grande y cómoda, y una posesión que se iba extendiendo, tanto como Carmela, su mujer, iba teniendo hijos...

Estaba esperanzado, Ventura Santana. No contaba ya con valedores, como José Cristóbal. Pero Mr. Bradley le había dicho: no se apurar, su madera es buena; y nosotros preferir usted... caramba!...

Se había convertido en un padre de familia, afañoso, con crédito para sostener la tienda en que hacía avances de salario a sus carreteros. Se formó un hombre independiente, desde un simple cortador de caña del ingenio Filipinas. Cómo recordaba su destreza, al cortar diariamente cuatro toneladas! Su machete relampagueaba al sol, (“espejoleaba”, decía él) cuando, después de limpiar el tronco y partir el verde penacho de las hojas, lanzaba los trozos a varios metros de distancia. Los humildes principios no se olvidan: en la memoria, son imágenes imborrables. Después, se fué a trabajar con José Cristóbal al pueblo...

Antes, soltero, sin familia, dispuesto a jugar la vida con cualquiera, sin pensarlo mucho, en el azar de un lance personal; desnudo de la cintura hacia arriba; con un pantalón puesto por quincena, y un camastro sin manta para dormir en la larga barraca del ingenio, tenía el mundo a sus pies, con la riqueza de quien no tenía nada, sino la luz y el aire, y un plátano con arenque, el agua de las llaves públicas, y su mascadura de tabaco. Ahora, casado, con seis hijos, con más experiencia, era conservador, vestía modestamente, pero con decoro; y si portaba un arma, era

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

por el concepto que aún rige en estos pueblos de Hispanoamérica, de que "al puerco cimarrón le temen por sus colmillos". Y se creía, preparado como estaba para la defensa, a salvo de varoniles agresores. Porque quien no es cobarde, no piensa en que los otros acaso lo son. Y no toma en cuenta, como debiera, las asechanzas...

El año venía prometedor. "Traiga todo el nisperillo que pueda", fué la orden del ingenio Filipinas. Más carretas y más bueyes, había adquirido en compra a plazos...

Pero parecía ignorar una gran amenaza. La Culebra se había dicho: si he vencido a José Cristóbal, con mayor razón puedo vencer a su capataz. Y mandaba a Cayetano Jiménez a cortarle grandes árboles sobre sus bardas, para establecer la confusión en los linderos; y a incendiarle los potreros, para que no dispusiera de pasto para sus animales; o a disparar armas de fuego en las cercanías de su casa, para que se amedrentaran los servidores de Ventura Santana; y éste pensara en retirarse...

Las querellas presentadas en el Tribunal, fueron rechazadas. No hay delito, dictaminó. No se sabe aún quién es el propietario de esas tierras; y los dos testigos que dicen haber visto y conocido al incendiario, no pudieron "informar de qué color era el traje de que estaba vestido".

Ventura Santana, acabó por calificarlo el Fiscal, es litigante temerario, y debiera estar en la cárcel. Todo se lo ponían al revés; comenzó a inquietarse; a pensar en el influjo de "las fuerzas invisibles"; y a convencerse de que no tenía medios de desquite contra Miguel Angel Espada, La Culebra.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

José Cristóbal se fué; él, campesino pobre, ignorante, con mucha prole, estaba fijado al suelo, como un poste de su posesión.

Pero cuando un hombre cree que puede ser derrotado... ya lo está; y, Ventura Santana, al fin con desconfianza de sí mismo y de los demás, no poseía condiciones para organizar sus planes defensivos, como si para él todo estuviera resuelto por los poderes inexcrutables del fatalismo en que se iba hundiendo... para siempre. —Verdaderamente, se dijo un día, quien nace para tener un real, cuando posee dos, le roban, o se le pierde uno...

No obstante, trabajaba con ahinco. El ser trabaja contra su destino, dando pasos hacia el abismo. La vida es un camino movedizo, y lo recorreremos empujados, como bajeles por el viento... y, a veces, creemos que avanzamos, siendo la realidad que retrocedemos...

Ana Lorenza, hila que hila, pensaba en Sierra Prieta, y en la suerte que acaso corría la humilde gente que allá la acompañó a ella y a José Cristóbal... en la tierra de lucha dura, inacabable...

## XXII

Aquellos contertulianos, Víctor de Aza, el dentista, Sixto Morel, el poeta de vanguardia, y Apolinar Cesteros, el aficionado pianista, no eran tan pobres que en pocas veces siquiera no hubiesen podido ir al "palacio de cristal" de José Cristóbal. Pues bien, no fueron nunca. A Ventura Santana mismo, tan leal, no lo obligaban tantas faenas en su campo, que no le permitieran escaparse un día, solo, o con Carmela, para ver a su compadre.

A su vez, José Cristóbal no tenía una túnica de Neso, para protegerlo del olvido de sus allegados... El tiempo de ausencia, cuando es largo, mata el cariño y el recuerdo. De las puertas de la cárcel y del hospital, se van, casi siempre, los amigos. Y más aún de la tumba... y del manicomio... que es también un sepulcro, sin vida y sin muerte, y con pensamiento que no piensa. "La verdad es... lo que es". Y Ana Lorenza se martirizaba el pensamiento, analizando así esos casos de la condición humana. Del poeta Balde-miro Reyes y del Dr. Raúl Ponce de León, ni hablar: en las alturas del poder lo olvidaron.

La Dama Blanca, cuando provisionalmente abrían la puerta del patio que separaba a los locos de las lo-

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

cas, se asomaba a la celda de José Cristóbal; y él, ante aquella castidad, tenía gesticulaciones de simio; algo que retrocedía al pozo de la animalidad, como una indecorosa prueba de la teoría de Darwin, sobre el origen de las especies. Pero se volvía sentimental, si la Dama Blanca recitaba su estribillo:

*Y cuando sola, pensativa, herida  
por la eterna nostalgia,  
siento un perfume triste, moribundo,  
que llega hasta mi alma...  
pienso en mis pobres flores, las marchitas,  
que antes de marchitarse se despiden  
taciturnas y trágicas  
de ese vaso de pálidos reflejos  
que es del color de las marinas algas!...*

Entonces, José Cristóbal volvía a ser amable:  
—Se fueron las flores y vinieron las espinas. Solos estamos mejor acompañados por nosotros, y por nuestras heridas sale a visitarnos la libélula del alma...

Ese estado era el de preferencia para don Sebastián, y se complacía en aprovecharlo, cada vez que la ocasión se le presentaba:

—No tienes amigos, José Cristóbal?; aquí no he visto a nadie buscándote para saludarte —dijo el administrador del manicomio, oculto, para que el insano creyera que la voz venía del misterio por los labios del viento:

—Todo es soledad!... Ventura, Apolinar... Allá abajo. El mundo nos devora. No hay tiempo en el tiempo. Y tenemos que vivir... exclamó José Cristóbal.

—Yo creo que la decepción fué tu enfermedad; que creíste en los hombres, y después caíste en la

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

cuenta de que no creemos ni en nosotros mismos. Por algo vacilamos, casi siempre, antes de decidirnos. Es que desconfiamos de un huésped desconocido que llevamos en el espíritu, y nos discute... argumentó don Sebastián.

—Confesamos la verdad, y nadie la cree; nos valemos de la mentira, y pocos la ven. Yo no sé si el olvido es ingratitud, o piedad. No sé si soy, o quiero ser. He perdido el camino. Vamos soñando que soñamos. Los disparates parecen razones; las razones nos desquician. Estamos comenzando. La eternidad es un comienzo. Siglos, siglos y siglos; y nada. Lo mismo. La sombra en que se envuelve el alma... Yo mismo no sé que soy yo mismo. Me he extraviado... concluyó José Cristóbal.

Don Sebastián se engolfaba, oyendo esa perorata incoherente de José Cristóbal, y lo incitaba a seguir:

—Tú te confiesas, y no crees en tu propia confesión; confiesas a los demás, y los desprecias...

José Cristóbal se erguía cuanto podía; abría y cerraba las manos en el aire, como si aventara semillas, o cogiera mariposas... y volvía a hablar:

—Seguí desconocido de mí mismo en "mi palacio de cristal"; y siguieron extraños a mí los que cruzaron por los caminos de mi vida... Qué extraño es todo esto! Estoy en el mundo, y fuera de él; pero no lo entiendo. Me equivoqué cuando quise ser el arquitecto de un palacio en que no hubiese nada desconocido para mí. Sigo a oscuras. Pero busco un rayo de luz en las tinieblas. Ventura, Apolinar, Sixto... qué lejos!; qué solos!... El Jorobado, La Culebra, afanosos; y Dios... impasible... Y con la voz hay que romper la costa, para que la isla sea universo...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Este loco me desconcierta —pensó don Sebastián— lo mismo creo que simula su locura, que induce o deduce como un filósofo. Pero siempre consideraba interesante oírlo, y le preguntaba:

—Pretendes una excusa para tu raro pensamiento?; tienes miedo a la libertad, y te encerraste en este manicomio, para ahogar tu desesperación?

—Preso, soy libre; irresponsable, tengo eficacia. Como el agua que se filtra en las rocas; como el fuego que rastreando sube a las montañas. Mi grito no es mío. No tengo derecho a sacrificarlo. La caverna retumba. Y entonces el mundo lo sabe por los murciélagos que huyen...

—En épocas sombrías hay que hablar así, como Jesús, como Erasmo, como Cervantes... desde las catacumbas, desde la locura, desde los calabozos.. No es eso lo que quieres decir?, interrogó don Sebastián.

—Yo estaba solo; y en mi soledad resolví conocer al hombre. Daba volteretas, como hoja desprendida, y decidí penetrar en mí mismo, para apoyarme y no caer. Me buscarán con linternas, y yo mismo seré Diógenes. Diré las cosas, sin decirlas, estaré, sin estar. Y me escaparé, como la brisa del mar por entre las palmas. Y dirán que un loco escribió su propia historia, y la contó a los que no querían oírla...

Yo te quiero oír —José Cristóbal—. No quieres que otros cuenten tu biografía también?

Don Sebastián, siempre sin ser visto, hacía sus preguntas.

La Dama Blanca, sentada en un escaño, muy tranquila, envuelta en su chal de seda, reconstruía en silencio sus dispersos sueños, y recitaba su tierna elegía:

*—Y cuando sola, pensativa, herida  
por la eterna nostalgia,*

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

*siento un perfume triste, moribundo,  
que llega hasta mi alma,  
pienso en mis flores, las marchitas...*

Pero don Sebastián insistía. El sentido misterioso de las palabras de José Cristóbal llamaba en profundidades secretas de su propia alma; y preguntaba, porque en las contestaciones de José Cristóbal hallaba placer y conmoción:

—Quisiste conocer a los otros, José Cristóbal, pero llegaste tú mismo a conocerte?

—La cebra —dijo José Cristóbal— se confunde con el horizonte; el camaleón se pone del color de los árboles, para escapar al peligro de los otros animales. Todos los hombres apelamos a la hipocresía, porque tememos descubrir nuestros lados débiles. Y, así, ignoramos a los demás, y nos ignoramos a nosotros mismos. Me aparté del mundo; pero no me he podido apartar de mí mismo. Hay algo en mí que no puedo aclarar. Usted también tiene una incógnita que lo tortura. Lo que está fuera del hombre, la persona acaso lo comprende; pero lo que lleva dentro, es una cortina oscura que lo ciega... No importan el calor, el frío, la falta de alimentos;... son enemigos que podemos y sabemos combatir; y aunque caigamos por ellos, caemos en una abierta lucha física. Lo terrible es la rivalidad; la deslealtad; los ocultos designios de quien se nos acerca, para vencernos, temeroso a la vez de ser vencido por esas mismas argucias.. en una solapada contienda inmoral desesperante...

Don Sebastián se estremecía. En dónde se separa la razón de la locura?, se interrogaba. Este hombre es un enigma, hecho carne. No cree en nadie; ni siquiera en su mujer, a quien quizás observa, para conocerla? Entonces preguntó:

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Todo es odio? Todo es hostilidad?...

—Sólo hay un lazo de unión, de confraternidad: el miedo. Cuando ruge el huracán, las ovejas y los lobos pueden estar juntos...

—Pero, entonces, José Cristóbal, dijo don Sebastián, fué un ardid lo que te empujó hasta aquí?

—Los niños y los locos son los únicos portavoces de la verdad. Soy un perseguido, porque se me escaparon algunas palabras amargas. Yo dije: América, América es aún una tierra de colonias. Ya no es Europa quien la estrangula. Es América contra América. El Norte contra el Sur; contra el Centro y las Islas. Un siglo de doctrina Monroe. De imperio del dólar. United Fruit Company; American Sugar Refining Corporation; Standard Oil; Gul Oil; Royal Dutch Shell; Anaconda; Swift; Kenenth; azúcar; petróleo; salitre; bananos, carnes; altos aranceles; limitaciones de cuotas para la entrada de productos hispanoamericanos en los depósitos del Buen Vecino. Y bases militares para imponer esa diplomacia, agotadora de los trabajadores y del pueblo. Hablo, porque tengo una lucha de sangres, de infancia, y de demencia... Buen Vecino!; y no le quiere vender maquinarias a Méjico para que extraiga su riqueza petrolera; y simula la existencia de la mosca del mediterráneo, para no comprar sus frutas a Argentina. También son víctimas Cuba, Venezuela, Chile, Uruguay. No compra su caucho al Brasil, y el Brasil hace la mitad de sus importaciones a Estados Unidos... Y no suelta la bella mártir que es la isla de Puerto Rico, que a veces habla en inglés, pero siempre piensa y siente en español... Ni suelta al negro...

Para don Sebastián el cerebro de José Cristóbal era una caldera que chisporrotea, o una olla de agua que hierve. Pero veía en las cuentas del rosario de su



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

conversación, un hilo que las ensartaba, que le hacía sentirse sacudido por el temor. Porque no somos libres ni para contemplar la libertad en los otros. Y, don Sebastián, huyendo de sí mismo, discutió con sus razones la locura de José Cristóbal:

—Dimos franquicias; los capitalistas vinieron porque los llamamos... América necesita a América.

—Abrimos las puertas; pero no para que se adueñaran de la casa. Qué tienen que hacer las mieles y el azúcar que elaboran los reyes de la caña, con las mercancías, las provisiqnes en general, incluyendo desde los tomates que siembran hasta el queso que fabrican, para acaparar así gran parte de la agricultura, la industria y el comercio? El huésped que fué bienvenido, se convierte en indeseable. Caminos con paso prohibido, en el estado soberano; policía privada, con fuerza pública; trabajo amargo entre las cañas dulces... y una constante amenaza sobre la bandera... Wall Street!, Wall Street! Por qué Wall Street no compra, al menos, nuestro azúcar?

El espíritu de José Cristóbal, atormentado, retorcido entre la desesperación y la desesperanza, entre el pensamiento desconfiado y el instinto rebelde, se inundaba en un torrente de luz, en las ventanas, de par en par abiertas, de sus grandes ojos. El bronce pálido de su busto desnudo, se envolvía en los reflejos de un sol de oro, como una deidad indígena en las llamaradas de un sacrificio. Y, alzando las manos, como otras veces, tanteando algo en el aire, o como si quisiera volar, habló así:

—Estoy cansado. Me voy hacia donde están mis padres. Lunáticos! Nos llaman lunáticos, porque tenemos el valor de soñar... y de hablar del tejema-neje... y el vampirismo.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Bendita locura! —pensó don Sebastián— quien quiera dudar, que dude; soy testigo de mí mismo de lo que este enfermo decía. Probablemente no hay en el mundo más que un José Cristóbal; y a ese, tan singular, lo conocí yo... Verdad es que a veces su pensamiento se extraviaba demasiado; pero aún entonces parecía que su intención era extraviar a sus oyentes.

Eran las doce de un domingo soleado. Sonó el silbato. Se cerró el portal que separaba a los hombres de las mujeres. Un loco cantó como un gallo: cucurucú! cucurucú! Y José Cristóbal, monologando en voz alta, paso entre paso, entró en su celda No. 2:

—Se fueron las flores; vinieron las espinas...

### XXIII

En Sierra Prieta, la nueva plantación, vivía un doble amorío. El de la pareja de la ciudad: José Cristóbal y Ana Lorenza; y el de la sierra: Ventura Santana y Carmela... y vivían contentos los unos con los otros... ¡Qué días aquellos!...

José Cristóbal cazaba guineas, tórtolas y palomas, y Ana Lorenza las cocinaba, con los ajíes y demás verduras de sus cultivos. Ventura Santana, ya curado de su herida, con untura de zumo de maguey y enjundia de gallina, se ausentaba de ventas y de compras, a la capital, y regresaba con medias y pomadas baratas, para Carmela; algunos avíos de escopeta, para José Cristóbal; o algún pañuelo floreado, para Ana Lorenza. Carmela limpiaba la casa; iba en busca de leña a la ladera; lavaba la ropa en el arroyo; o planchaba. Y todo lo hacía cantando, descalza y recojidas las faldas, como si estuviese siempre lista para vadear un río... Ana Lorenza se acordaba de su condición de antigua maestra, y enseñaba a leer y escribir a los hijos de los campesinos; o les escribía y leía sus cartas; les daba medicinas a los enfermos; y vestidos usados a los pobres... Y todo lo ofrecía con ternura.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

La naturaleza se mostraba complaciente. En la fronda, entre perfumes y rumores, se hacían el amor los ruiseñores; en el aire flotaban las alas de las mariposas; describían círculos concéntricos los cernícalos; o algunas frutas, olorosas, suaves, en sazón, incitaban el gusto de comérselas... Como en una arquitectura de ensueño, las enredaderas formaban verdes columnas en los maderos y en los tallos de los árboles.

Ver pasar un ave de cría con sus pollos, le entreabrían de éxtasis los labios a Ana Lorenza. Contemplar las pocas joyas que aún tenía Ana Lorenza, era un embeleso para Carmela, acostumbrada a sus anillos de corozo y sus pulseras de concha de carey. En la granja, José Cristóbal compartía con Ventura Santana la siembra, el injerto y la poda; y cuando José Cristóbal no se distraía con la lectura de sus libros, Ventura le contaba amenos cuentos de pescadores y de montería...

Qué lejanos estaban aquellos momentos en que José Cristóbal trazaba caricaturas a las bailarinas de Montmatre; o cruzaba, con los faldones volanderos del abrigo, por la Quinta Avenida, de Nueva York!... Pero él tenía sosiego y cariño en el alma, alumbrados por un destello esperanzador.

—Yo seré padrino, si tu quieres —le dijo José Cristóbal a Carmela, mirándole la incipiente curva del vientre.

Carmela, con turbación de rubor, contestó:

—Si es su gusto, don... pero que doña Ana sea la madrina...

—Por supuesto, Carmela, exclamó Ana Lorenza...

A poca distancia, Ventura, ufano de su pensamiento de ser padre, sonreía... Una nube pasaba, sin

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

embargo, por la mente de Ana Lorenza: el recuerdo de la pérdida de su hijo, por las maldades del jorobado de la chaqueta amarilla. Pero ella volvía a olvidar. Eran parejas de vidas distintas, pero armonizadas, como campanas de diferentes metales, que unen sus sonidos en los repiques de una misma devoción...

Hasta en el sopor de la siesta, adormecidos por el estridor de las cigarras, disfrutaban de íntima camaradería. Carmela descifraba en los naipes el confuso porvenir. El pensamiento de Ana Lorenza se cansaba, tratando de adivinar las promesas de ese horizonte sin límites... Dialogaban, apaciblemente; o tomaban el café que ellos mismos cosechaban en las lomas... o bebían la tibia y espumosa leche de apoyo que ordeñaban en su pequeña vaquería, entre mugidos...

No lejos, de los naranjos en flor, caían, perezosamente, los azahares, o ascendían los trinos; lucían sus pompas los pavos-reales; tocaban, sutilmente, sus arpas las palmeras; y en el manantial se inclinaban, como para beber, las ramas de la arboleda. Qué delicia!... Muchas veces, también sobre esta corriente colgaban las piernas de Ana Lorenza. Casi todas las mujeres, especialmente en la juventud, tienen bellos los ojos, la boca y el andar; pero son escasas las que tienen los pies bien delineados, de elegancia y delicadeza tales, que se diría que les molesta hasta el aire, y sólo soportan el contacto directo de las medias de seda, que tienen el rosado color de la propia carne. Ana Lorenza, dotada de este primor, se dejaba lastimar por las lajas y el calor de la tierra, para sentir en seguida, en sus plantas, el frescor del agua bajo la fronda...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

El tiempo avanzaba. Las nueve lunas de Carmela habían transcurrido, y todos estaban pendientes de que diera a luz. El almacén estaba repleto de maíz, para esperar el alza de precio en el mercado; pero Ventura Santana había vendido una gran cantidad de arroz, y pagaba los salarios. Nadie recibía menos de dos pesos diarios. El sobrante era depositado en la Caja de Ahorros de la Comunidad, para la escuela, la iglesia y el hospital, y el sorteo de una casita, un caballo y una vaca, entre los labradores, con exclusión de los que iban siendo favorecidos...

En una tarde, plomiza, de lluvia que volvía ríos los caminos reales, nació el hijo de Carmela. Se lo aseguró el oráculo de sus naipes; con el día: una noticia y una mudanza. Ya ella era otra, con otro. Lo demás, una inquietud de primeriza... mientras el viento llegaba, iluminado de relámpagos, por la senda de los siete bueyes de luz del septentrión...

Pero, también José Cristóbal y Ana Lorenza recibían, en las cartas de la suerte, su mensaje y su cambio. Después de caer dos pulgadas de agua, o sean seiscientas toneladas por cada acre (40 áreas y 47 centiáreas) el día siguiente fué de hastío y de augurios...

José Cristóbal recordaba que el Notario don Juancho Garrido le preguntó si había comprado ese terreno a los Navarro blancos, o a los Navarro negros...; y pasaron muchos días de malos presagios. Cómo cambia la vida y todo! Es la seda del arco-iris que se vuelve negro crespón.

Miguel Angel Espada dió con un papel amarillento que se refería a los terrenos que ocupaba José Cristóbal, como "dominio y señorío" de Pedro Navarro. "Años de mil setecientos y sesenta y ocho. CARLOS

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

III. Correxido. Sepan cuantos este instrumento de venta real vieren"...

Y resultó que Sierra Prieta, según la tesis que prosperó, del Lic. Timoteo Rincón Seisdedos, a quien llamaban don Timo, no fué más que un error de la incurable candidez de José Cristóbal, que se creyó a cubierto de la ambición de La Culebra.

Fué penoso, desconsolador, el regreso a la casa hipotecada, que El Jorobado ya veía como su presa, y en la que un edicto anunciaba la subasta... como en una cuarentena en que la enfermedad fuera la miseria, y se le dijera a la dicha: no entre!...

Después, este recuerdo llegaba a la celda número 2, y se detenía, manteniéndolo obseso, en la mente de José Cristóbal.

Ventura y Carmela no pudieron seguir a sus protectores, y permanecieron en Sierra Prieta, para expiar, ante el señor del nuevo feudo, la lealtad de haber sido servidores de aquellos perseguidos...

Ventura Santana había exclamado:

—Si pudiera, me iría con usted para el pueblo, don Cristóbal, aunque fuera para hacerle los mandados...

—Y yo, dijo Carmela, para atender a la doña, y hacerme cargo de la cocina y la ropa. Pero ya tenemos un hijo, y la comida cuesta un ojo. Ventura aquí puede bandearse... Si no fuera casado... quizás; el buey solo bien se lame...

—Sea lo que Dios quiera, muchachos, fué la exclamación de José Cristóbal, para dejarles un poco de consuelo; mientras pensaba que si la vida iba a ser muy difícil para él y Ana Lorenza, lo sería doblemente con la compañía de sus compadres en la ciudad. Ana Lorenza no pronunció ni una palabra. Quería parecer fuerte, inquebrantable, para que por ella no los domi-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

nara la tristeza. Sin embargo, observándola bien, alguien hubiese podido verle un parpadeo que luchaba con unas lágrimas...

Pero Sixto Morel regresó con ellos, y se llevó la poesía de aquel infortunio:

### EL USURPADOR

*Arriba: a la luz de suave arrebol,  
rápida fuga de alas y de trinos;  
abajo: en densa sombra de los campos,  
fuertes pisadas del usurpador,  
y quejas del dolor de los vencidos...  
Las aves que huyen, borran sus encantos,  
ariscas, al perderse en la distancia.  
Se torna triste el sol; el crimen pasa;  
y los despojos dejan sus vestigios,  
como mudos testigos  
de la sin par infamia...  
Ricos;  
pobres;  
entre Caín y Abel: la maldición;  
y el pleito inicuo  
de rudos hombres,  
bajo la paternal quietud de Dios...*

## XXIV

Para don Sebastián, Ana Lorenza podía disponer de su amor, como un derecho inmediato. Pero ese era un pensamiento basado en la naturaleza psicoanalítica de don Sebastián, sacudida carne de apetitos, pozo de sensualidad. El había comenzado admirándola, por el voluntario sacrificio que se había impuesto, poniéndole una aureola de martirio; luego, le había hecho sentir cariño, por la resignación de aquel ser ante el dolor; pero, después, pasó a la pasión, al admirar, no obstante el rostro mustio de Ana Lorenza, las redondeadas formas, que, por contraste, atraen a los hombres mujeriegos a quienes ya no les queda más que la postrimería de una agonizante y atáxica virilidad. Y llegó, en esa escala hacia el fuego, a quemarse en la desesperación de la lujuria...

Cada negativa de Ana Lorenza, la buena, la piadosa, hacía más intenso aquel drama del sanatorio. Los enfermos gritaban, gesticulaban, peleaban, dialogaban con seres que sólo en la sinrazón existen. Mujeres que habían sido castas, se dejaban arrastrar por el rebajamiento de asquerosos instintos carnales; hombres que jamás hirieron el pudor con palabras obscenas, se complacían en proferir las más groseras

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

indecencias, en un residuo instintivo del atavismo de la Humanidad.

Y, en medio de estos especímenes, el ansia de don Sebastián, cargada del padecimiento de su tragedia íntima, y la pena de Ana Lorenza, por ese daño a él, que no se había propuesto...

—Déjeme vivir mi vida, don Sebastián —le suplicaba Ana Lorenza. Y en sus ojos se humedecía de reprimidas lágrimas el sino doloroso de su existencia...

—Si, pero permítame que yo viva la mía, al lado de la suya, por favor.

Y a don Sebastián, mesándose las barbas de chivo, lo consumía una llama demoníaca...

Don Sebastián era, en otros aspectos, escrupuloso, un hombre de buen proceder. No le había robado nunca a nadie. La estafa de un peso, la descomponía en cien de un centavo, y decía que no valía la pena de hacerse reo de un ciento de culpas. La de miles de pesos, le habría obligado a cambiar su cuello duro y alto, por la amplia escotadura de un innoble nuevo rico. Y tal indumentaria la consideraba indigna de un caballero. Su palabra era un templo... expresaban en forma gráfica, pero elocuente, los que lo conocían desde sus primeros años.

Se había arruinado, en sus correrías de don Juan, su establecimiento de comerciante, pero no su crédito. Aún desde esta modesta posición económica, los bancos no le habrían pedido garantía para un préstamo; porque tenían la convicción de que no lo solicitaría, sino sabiendo de dónde lo iba a pagar en cuenta cabal. Cumplía con la religión, a su manera, y no había inhumación, misa de almas, celebración de santos, a que no acudiera él. En su hogar, antes de enviudar —pues había sido casado y tenía tres hijos ya

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

hombres, que se fueron por los movedizos arenales de la aventura— eran muchos los que se mantenían de su generosidad.

Pero don Sebastián tenía un defecto: le gustaban demasiado las mujeres, y le placía que los demás lo supieran. Además, le atraían el licor y el juego. No concibo, exclamaba, que haya quien ande detrás de una hembra, sin andar, a la vez, detrás de una botella...; ni quien se aburra con unos pesos que lanzar a la ruleta...

Nadie hubiese creído, de no verlo por sí mismo, que aquel señor se introducía en zaguanes de mansiones de damas distinguidas, para dar a entender, a veces sin ser cierto, con guiños y habladurías, que eran sabrosas conquistas. De Ana Lorenza creía estar, extraordinariamente, enamorado... Su sensualismo era creciente, como la columna de mercurio de un barómetro en la tempestad. Pero lo que él ponía era whisky en su cerebro trastornado.

Y la noche que tenía que llegar, llegó: negra, tormentosa, con un aguacero que tocaba mil tambores destemplados en los techos... Los locos se arrinconaban...; eran una manada de ovejas asustadas, acorraladas por el originario desasosiego de la preservación... Por la sangre de don Sebastián parecía que circulaban alfileres; y respiraba como sólo respira la sofocación...

En su celda No. 3, Ana Lorenza estaba arrodillada, orando: ten misericordia, Dios mío, de nosotros, los pecadores... Presentía; tenía miedo; como si en ese instante creyese en la entrada de los fantasmas al través de las paredes... No dormía. Qué horror!... y se había dejado el vestido puesto, como para huir.

De cuándo en cuándo, una pupila roja se asomaba en la sombra. Era el cigarrillo que para ella encendía

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

su impaciencia. No se atrevía a incorporarse, ni hacer otro movimiento que el indispensable para alcanzar los fósforos... A pesar del tamborileo de la lluvia, los rugidos del viento y los largos ayes de los locos, Ana Lorenza oía pisadas, crujir de alambres, jadeos, en fin, ruidos diversos en el gran ruido del temporal. Pero su pánico fué indescriptible al oír que el cerrojo de su puerta cedió, abriéndose. Y vió, como en un espeluznante cuento de brujas, un bulto en la oscuridad.

Sabía que era don Sebastián...; y, entonces... quiso escapar, y no pudo; tirarle al intruso una silla; un zapato; un objeto cualquiera que le diera en la cara; y lo paralizara; y su estupor no le permitió ni siquiera impedir que el cigarrillo que fumaba, cayera en las sábanas. Quiso pedir socorro; y estaba muda, como en las pesadillas... Gimió cuando el ebrio sátiro la agarró por los brazos, y la besaba, repetidamente.

Ana Lorenza, recuperada para la inminente defensa, en lucha bárbara, lo mordía y lo arañaba... mientras la galerna ululaba en las claraboyas...

—Ana; Ana; espera...; decía don Sebastián, jadeante.

Aquella mujer... ahora tenía valor: peleaba, por todas las mujeres, contra el ultraje...

—Canalla!; traidor!...; se oyó en el tumulto que alguien gritaba. Quién era? Sólo había locos en el recinto. Pero como don Sebastián, que se había introducido con la llave de repuesto en esa alcoba, era culpable, salió despavorido...

—Gavilanes! Verdugos! Perseguidores de los inocentes!...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Era José Cristóbal, acaso diciendo cosas sin sentido, que eran de razón para el crimen...; como la noche y el viento en el oído de los delincuentes...

Ana Lorenza, fatigada y lacerada, arreglándose la ropa y el cabello, contemplaba cómo las llamas volvían a purificar su lecho!...

Y ocultó el ultraje, porque su honra era digna de su martirio y de su silencio...; refugiándose bajo el velo de la oración...: Oh! Dios, sálvame por tu nombre; y con tu justicia defiéndeme. Has visto mi aflicción; has conocido mi alma en las angustias...



## XXV

La Culebra reunió a sus hombres. Cayetano Jiménez, Filomeno González, nuevo alcalde pedáneo, Ramón Taveras, Marino Mojica, Valentín de los Santos y otros. Ramón Taveras, el cabo, y Marino Mojica, el Alcalde, estaban armados oficialmente de revólveres, por sus cargos. En el cinturón de Taveras, cincuenta cápsulas relucientes, con casquetes explosivos, denotaban la mayor autoridad de ese estado mayor de Miguel Angel Espada. Los restantes eran guardacampestres, y La Culebra les había pagado fianzas para armarlos también...

El verdadero fin de aquel hato de malvados, sólo lo conocía aún Miguel Angel Espada. Todos informaron cómo iban los trabajos de mensura; de cultivos; de tiro de caña; de corte de madera; de cercas de alambre con púas; de compra de títulos; y de competencia en los negocios....

Mataron un cerdo. En aquellos bejucales con los perros con que siempre andaban, eso no era difícil. En ese sitio tenían un gran caldero en que cualquier caminante podía cocinar. Y en el fogón, en que asaban los plátanos metidos en la ceniza, ya en los pinchos chorreaba la manteca de las asaduras...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Alguien habló de Ventura Santana. Valentín de los Santos dijo: ese tiene su cruz puesta. La Culebra, matrero, desconfiado, exclamó: muchos, por hablar, fracasan. Yo quiero saber cómo estoy yo; y no me interesa saber cómo está nadie. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Pasó revista a las armas. Y nadie le dió importancia a tres cápsulas picadas por las agujas, de que él se apoderó, expresando que no deseaba en su gente cosas inútiles... Pero, sin que se notara, se las puso en el bolsillo a Valentín de los Santos... y le dijo algo que hizo reír a Valentín...

Se bebieron algunos tragos de ron... Filomeno González con la soga de boyero que tenía terciada en el pecho, se secó los labios. Y dijo, guiñando los ojos, "ésta sirve pa enlazá a los toros".

Marino Mojica, el Alcalde, que fungía de Juez de Instrucción, y que trataba de aparecer como el más inteligente de todos, al oír a Filomeno González, exclamó: yo los enlazo con la ley...

—Eso si es verdad —terció Ramón Taveras, el cabo. Y yo se los atajo...

—Ja!, ja!, —rió La Culebra. Ustedes tienen muy suelta la lengua. No desean hablar, pero hablan...

Cayetano Jiménez, el principal intérprete de los planes de su jefe, La Culebra, también habló: cada uno tiene su encomienda, y no debe darle vueltas...; que se vaya; y si no puede... que lo diga... Cada uno hablaba, mientras comía y bebía a discreción.

En las inmediaciones de la casa en que se celebraba esa reunión, estaban enjaezadas las monturas: el caballo alazán del cabo Taveras, presente de La Culebra; el potro blanco de Valentín de los Santos; una mula norteamericana en que había llegado La Culebra; y mulos criollos para los restantes.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

El sol ardía en la pelada faz de las colinas de Sierra Prieta; el ron quemaba, emponzoñaba los gaznates de aquellos hombres; el riachuelo, deslizándose, parecía decirle una confidencia al bosque; y la sangre de los framboyanes manchaba el horizonte...

Estábamos en medio del mes de junio, y la sequía levantaba, en cada soplo del viento, la bandera gris de la polvareda de los caminos. Los campesinos, ignorantes del daño que se hacían, quemaban sus campos, ya quemados por el ardor del trópico. Y, de trecho en trecho, las humaredas bailaban sobre las lomas y la llanura sus danzas de contorsiones y esparcían sus asfixiantes olores.

Se inició la despedida. En aquella casa sin puertas, en forma de enramada, no habitaba nadie. Era un paraje de tránsito, en que algún artesano hacía yugos, o, en una hora de improvisada asamblea, se daban órdenes de campaña, bajo el mando de La Culebra. Desde ahí, montes vírgenes, acaparados sin comprarlos, cercados de alambre de púas, se extendían, de tierra adentro, hasta el mar. Y el símbolo principal de esa propiedad era ese alambre, de costo prohibitivo para nuestros campesinos...

Malo era el tiempo para la siembra. Pero era bueno para el acarreo de la madera. Y Ventura Santana estaba transportando diez mil pies de nisperillo. Sus peones, Juan Carrasco, Agustín Pérez, Gerónimo de la Cruz, Juan Gilberto Aquino, Pedro Castro y Sinfiriano Quiroga, estaban con él. Todos eran hombres leales, que se hubieran hecho trizas por su patrón.

Ventura Santana, según Carmela le recomendara, había estado en el pueblo en consulta con una vieja hechicera. Esta le había pedido una paloma. Y en la misteriosa sesión, cuando la bruja, después de varias ceremonias en que suspendía de las alas al animal-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

to, o lo colgaba por la cola, lo agarró con ambas manos, y lo lanzó en alto para que volara... cayó muerto, echando sangre por el pico.

La mujer fué toda un asombro; se persignó; y diciendo alabado sea Dios!, acezando, le dió un consejo: no ande solo, amigo, ni de noche. Había tenido una entrevista con la fatalidad.

Alucinado ante su propia voz y sus propios pasos, iba a ver un enemigo en la luz de las luciérnagas; a oirlo en el cric-cric de los grillos; a tocarlo en el giro de toda yagua colgante; a olfatearlo en cualquier cambiante olor de los montes; e iba a sospechar de enemigos hasta en el sabor de la fruta que se comiera...

Cuando una persona busca que le predigan el porvenir, ya está dispuesta a creer en la predicción. Ventura Santana, a contar de ese día, tuvo inquietantes días de presentimiento... Y procuraba estar acompañado, si no dudando de su valentía, desconfiando de su destino y de los demás hombres, que es peor...

La misma tarde de la conversación de La Culebra con sus hombres, como a las cinco, Valentín de los Santos, preguntó en una tienda si Ventura Santana había pasado para su trabajo. Doña Virginia de León, la tendera, contestó que sí. Entonces Valentín de los Santos se tomó un buen trago de ron, espolé su caballo blanco, y, a pesar del calor, y de que no había barruntos de lluvia, se embozó en una capa negra...

En la noche, en el arroyo El Empedrado, bajo un puente, encontraron asesinado a Ventura Santana. Cómo?... Esperaron que, al cesar en su jornada, se fuera solo a dormir a la casa de Agustín Pérez. Filomeno González, vaquero diestro y siniestro, de una lazada lo derribó de su mula; Cayetano Jiménez le quitó el revólver; y Valentín de los Santos le dió un

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

balazo en el corazón, de arriba a bajo, cuando estaba indefenso, y... puso en el revólver de Ventura tres cápsulas machacadas... Albur hecho, con las cartas tapadas.

Filomeno González y Cayetano Jiménez pudieron fugarse. Pero Valentín de los Santos cometió el error de correr en dirección de su casa; para descomponer el revólver del muerto, sin pensar que iba a pasar por delante de la gente de Ventura Santana...

Cuando lo vieron, asustado, ocultándose en la capa, Juan Carrasco le preguntó qué le sucedía:

—Que peleamos Ventura Santana y yo...

Después... Valentín de los Santos, con la ayuda del cabo Taveras, a quien le hizo la primera declaración; de la venalidad de Marino Mojica, juez instructor en la sumaria; de Cayetano Jiménez, que fué testigo; y de la influencia de La Culebra, pudo probar que Ventura Santana lo agredió primero; pero que fracasó varias veces al disparar; y que el acusado actuó... en legítima defensa... Así acabó Ventura, con una muerte predicha, que lo llevó al matadero.

En el instante en que asesinaban a Ventura Santana, a José Cristóbal hubo que encerrarlo, porque gritaba, blandía los puños y forcejeaba en los barrotes de su celda, como si quisiera salir a atacar, o a defender a alguien...

Acaso fué un mensaje que le llegó de la tragedia, por los caminos misteriosos del presentimiento...



## XXVI

Cuando don Sebastián bebía licor, su atrabiliario donjuanismo era más desvergonzado. De regreso de una clandestina orgía, atravesó por entre los locos, como un maniático, hablando a solas:

—Bestias!... Yo también soy un bruto; un buey viejo. Manolín quería presentarme a una jovencita; pero no estoy por principiantes... Una mujer de treinta años, es otra cosa...

Tosía y estornudaba... Sus insomnes e inconscientes espectadores, a la media luz de los dormitorios comunes, como un ganado echado, levantaban las cabezas, con indiferencia... Y don Sebastián seguía su monólogo:

—Manolín le dió de bofetadas a Juanito. Y después... tan amigos como antes... Desgraciados! Sucios! Hay leprocomios, dispensarios antituberculosos, ligas contra el cáncer...; pues, asimismo, necesitamos sanatorios de invertidos. Hormonas!, hormonas! y... hormonas! La locura misma, aseguran algunos médicos, no es más que un trastorno hormonal...

Sobre una mesa había puesto una botella medio-vacía de whisky, y un vaso lleno que tomaba con am-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

bas manos, y volvía a dejar, sin beber. Sólo el vicio lo mantenía en aquella monserga de borracho. Al fin, bebió; pero...

—Pch!; no puedo más, dijo. Y, al estornudar, se mojó la almídonada pechera... No sé —continuó— qué hacen juntos afeminados y prostitutas... Ah!, son extremos y... se tocan. Si una niña se quiere perder... que se haga amiga de un maricón... La seduce...; la ofrece...; y la vende...

A veces no decía más que a medias sus pensamientos:

—Antes yo no terminaba así... con una; necesitaba varias...; ahora, estoy perdiendo mis hombradas a la carrera; es que más de cincuenta años... es algo; y treinta y cinco de mujeriego... una larga película... de películas...

Se pasó por la boca una manga de la camisa; y, al dar unos traspiés, para sentarse, se cayó. Aún caído, no interrumpió su soliloquio:

Lo malo es que pierdo el deseo en el cuerpo, y me crece en el cerebro. Y me gustan... me gustan todas. Estas... por aquello; aquellas... por esto... Qué desastre! Me valdré de mis artimañas. Si los jóvenes supieran...; si los viejos pudieran!... Me siento fuerte y ágil; alcohol del diablo!... Mañana, los dolores no me dejarán levantar... Pero moriré en mi ley, como los piratas... Cuando los riñones y el hígado no resistan, que revienten...; y el dinero será siempre mozo para que las danzaderas lo quieran. Siempre!; siempre!; siempre!...

Y rió a carcajadas...

—Muchos me han dicho —prosiguió— que, por mis luces, estaría en un ministerio, si dejara de ser como soy. No he dicho que quiero ser ministro. Si lo fuera, no podría hacer lo que hago; y “sería solemne,

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

como hay muchos, por no poder ser frívolo"; que cada uno viva su vida; y lo demás... pamplinas. A quien le guste el juego... a jugar; aunque lo engañen como a un indio; y a quien le agraden las faldas... a éllas; aunque sean más peligrosas que las de las montañas...

Todo eso lo discurrió tirado en el pavimento, como un fardo. Pero... lo asaltó una idea, se incorporó, se empapó la nuca de agua fría en el lavamanos, y salió al pasillo del cuarto de Ana Lorenza:

—Los borrachos somos locos. Qué diantre!; es una buena mujer; pero de nada le vale. Yo creo que la quiero y que arreglaría un poco la vida que me queda... A mi edad, más que amar, uno quiere que lo amen. Ana!; Anaaa! Y daba en la puerta. Tac-tac! Y subía y bajaba, como un muñeco que tuviera de goma las rodillas... Anaaa!; Anaaa!... Bueno, no acepta. Es media noche, y no voy a dar vueltas en la cama, con esta embriaguez, y estas ganas... de portarme como un macho...

Estaba, más que nunca, lascivo y procaz. Era un fauno enloquecido, sin patas de cabra, pero con ímpetus de cabrío.

De nuevo se echó a la calle. Los ayes de los locos parecían llamarlo a recapacitar. Pero estaba tan acostumbrado a ellos, que sus oídos sólo percibían, como una invitación para los trasnochadores desorientados, la músicaailable de los barrios del hampa.

Al doblar de la primera esquina, pasaba el automóvil 1020, que él conocía, manejado por Piloto, al lado de una mujer: Juana de los Angeles Gutiérrez.

—Ese es un pez gordo, Juana —le recomendó el chauffeur a su pasajera— vamos a ver si lo pescamos...



LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

No es extraño que los que andan por los mismos andurriales, tengan los mismos gustos. Don Sebastián, pues, al conocer al conductor, le mandó ¡alto!

—Quién es esa hembra, Piloto?...

—Acaba de llegar. Es de Santiago. Se separó de su esposo hace un mes. Quiere distraerse...

—Diciendo y haciendo, Piloto...

Don Sebastián subió al vehículo, y los invitó a cenar en El Gato Negro. Ahora si estaba completo. Cierto es que a la pericia del veterano trasnochador no se le escapó que aquella mujer no era tan novata como la pintaba Piloto; pero, se dijo Don Sebastián, yo tampoco soy un bisoño, estamos en paz. Su acompañante, ya amartelada, con la alegre facilidad de la mujer liviana, le decía, pestañeando con sus ojos gráciles:

—Oye, querido, contigo me siento a mi gusto...

—Yo, por tí, “contaría la arena del mar”.

Y don Sebastián tarareó una tonada, para mostrarse satisfecho de su compañía.

Juana de los Angeles no era bella, pero lucía mucha gracia en sus gestos, y poseía un contraste de rasgos raciales que la hacían muy interesante.

—Tú tienes la linda cabeza rubia y las bien formadas piernas de las hijas del Norte; y los dientes sanos y blancos, y... sobre todo, la boca grande, de labios carnosos, de las ardientes mujeres de los trópicos...

Y don Sebastián, entre esos arrumacos, la besaba, y la manoseaba...

El sirviente llegó con pulpo en ensalada y almejas al jerez, para don Sebastián; y paloma de la cordillera para Juana de los Angeles... El mar y las montañas, en la lista de la comida.

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Después de esa cena, completada con generoso vino español, dieron las doce, y partieron...

—La noche y la luna me inquietan; deseo licor y música, para olvidar —dijo ella.

—Sabes bailar?— Era la pregunta ineludible de don Sebastián.

—Un poco, pero me agrada —contestó Juana de los Angeles.

Más allá del puente de hierro que cruzaba el río Ozama, El Paraíso esparcía sus bombillas multicolores, como un transatlántico en franquía. Las trompetas en el aire húmedo, enviaban, a gran distancia, sus sonidos estridentes. La luna, llena, entre los árboles, funambulesca, tenía cara de que quería unirse a los bohemios...; pues sonreía, sonreía, para que la invitaran...

—Tengo ganas de embriagarme, de vivir hoy toda mi vida, de sentirme feliz —dijo Juana de los Angeles, cuando hubo subido los escalones del cabaret, seguida de don Sebastián.

—Estaremos más tiempo muertos que vivos, goces, exclamó don Sebastián; al mismo tiempo en que pedía un litro de whisky, una mariposa negra se posaba en una de las lámparas, y Juana de los Angeles, sin saber por qué, se sentía inquieta...

La orquesta comenzó a tocar. Sudorosas y ebrias, las parejas giraban en un solo vértigo... Cuando Juana de los Angeles y don Sebastián bailaban, ella atrajo la admiración, y él la envidia...; no obstante que en sus sienes se mostraban, abundantes, las canas.

Don Sebastián, al terminar de bailar, mandó a hacer un copioso brindis a los músicos, pues ellos lo complacían siempre...

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Qué bien bailas, Juana!; quisiera que esta dicha no acabara nunca... exclamó el viejo mundano, al sentarse con ella a la mesa.

—Gracias. Así sé que te gusto más...

Juana se estaba enamorando: él sabía vestirse y hablar, y era oportuno... y dadivoso...

En uno de los turnos en que acababan de danzar, un hombre, sereno, inexpresivo, se acercó a Juana de los Angeles, sin mirar siquiera a don Sebastián, y le advirtió:

—Estaba buscándote; ven conmigo...

Aquella mujer palideció; y, luego de cavilar, le contestó:

—No tienes derecho en mí; todo ha pasado... ya no te pertenezco.

—Sí; pero no nos hemos divorciado todavía; ven para que arreglemos nuestros asuntos, exclamó el recién llegado; y asiéndola por una muñeca, apretándola, la miraba con mirada retadora:

Piloto, que vió el conflicto, fué hacia el grupo, y aconsejó a don Sebastián:

—Son casados. No se meta en eso...

Don Sebastián tuvo un instante de vacilación también; pero le temía al escándalo, más que a la afrenta.

—Suéltame, Esteban, ya voy. No deseo un perjuicio para este señor...

Don Sebastián se quedó solo, corrido de vergüenza, mientras Juana y su marido bajaban de El Paraíso, en un indescifrable silencio...

Esteban condujo a Juana a un aposento. Y, sin preámbulo, como si aquella aparente y forzada tranquilidad estallara en una descarga eléctrica, le asestó una puñalada mortal...

—Me matas, porque no te quiero —dijo Juana de los Angeles...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Mía, o de nadie, contestó el agresor, echando bocanadas de humo del cigarrillo que fumaba, y dándole nuevas puñaladas, que la dejaron exangüe y sin vida...

Las primeras personas que acudieron, no pudieron entrar. Si hay un hombre-tigre, aquel era. El policía que quiso hacerlo preso, tuvo que herirlo de un balazo en el hombro del brazo con que blandía el puñal. Y cuando la patrulla lo conducía a la cárcel, únicamente se le oyó esta frase:

—La quería con locura!...

Don Sebastián la contempló por última vez:

—Parece que sonríe!, pensó. Y suspiró, con lágrimas asomadas a los párpados...

Al otro día, en la excitación del Administrador del manicomio, aquella noche fué una trágica novela recién leída; o una pesadilla, con sensaciones de arrepentimiento, que acaba de soñar...



## XXVII

—Dígale a don Miguel Angel Espada que yo le vendo la posesión que me quedó en Sierra Prieta, encerrada en sus alambradas —le dijo Carmela Polanco a Juancho Garrido, vestida de negro, completamente, con inclusión de la cabeza, en la que tenía una manta que le caía sobre los hombros, por la muerte de Ventura Santana.

Miguel Angel Espada era el único comprador, a los campesinos; y no podía haber otro vendedor, al Ingenio Filipinas; y Juancho, el Notario de Mamajuana, era su agente. Juez y parte, este mediador era quien, recorriendo los campos con una almohadilla entintada, un sello de goma y un manojito de papel con el escudo nacional, certificaba lo que los analfabetos moradores convenían en sus negocios con La Culebra. Entonces aparecían muchas ventas... que no eran ventas; bajo la montaña de la fe que se le debía a sus actos, hasta inscripción en falsedad; procedimiento judicial difícil, costoso, que no emprendían nunca, quedándose atónitos ante un latrocinio sin remedio, en el que a veces incluían a varios propietarios en la trama de una sola escritura...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Muy bien, Carmela; él viene en estos días; e iremos por allá, contestó don Juancho— mojándose con la lengua y atusándose el bigote español, manchado de nicotina, y anticuado en estas tierras americanas... en que las mujeres se afeitan las piernas con navajitas de seguridad. La posesión de Carmela Polanco, donada a ella por su madre, Elucinda, quien a su vez, la obtuvo por compra a un viejísimo residente del lugar, era sólo una placeta gris en la verde inmensidad del monte.

Años pasaron, años vinieron; y esa pequeña mancha, como un tatuaje en la selva; sin brazos; sin capital que la ensanchara; que pretendía ser señal de total propiedad, como la marca que hacen en las orejas de los cerdos; con dos o tres pesos de acciones para ampararla; no podía impedir, como en numerosos casos semejantes, que miles de pesos de título comuero y cientos de rollos de alambre con púas, de golpe y porrazo, traspasaran esos latifundios a los acaparadores, y determinaran el éxodo de los campesinos pobres hacia las ciudades; en un penoso desarraigo de sus predios. Porque es la ley del más fuerte.

Y después no falta algún charlatán que diga que odian el sudor que les exige la tierra. No hay campesino que tenga en dónde trabajar en paz, que deje su solar para limpiar zapatos; o vender bagatelas; o ser carne de vicio en los arrabales de los pueblos. Desde luego, cuando han adquirido diferentes hábitos, a los predicadores del "regreso al campo", no les es dable reintegrarlos...

Así, pues, esa posesión de Carmela Polanco, de cuarenta años, por cuarenta pesos (un peso por año, como coincidencia) completó los derechos de Miguel Angel Espada en Sierra Prieta. No sin que aprovechara su presencia personal, para ordenarle a Cayeta-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

no Jiménez que echara a los caminos reales las trescientas reses, que, de distintos amos, inclusive Cayetano Jiménez, estaban casi alzadas en esas mil hectáreas, que habían dejado de ser comuneras, e iban a ser pronto sembradas de caña para el ingenio Filipinas.

En Sierra Prieta se unía el régimen del derecho real de la comunidad, con el sistema del propietario individual. En nuestra América, lo viejo y lo nuevo coexisten todavía, sabe Dios hasta cuándo. Esos animales monteces, hambrientos, protegidos por la ley de la crianza libre, asaltaron los sembrados de arroz, maíz, plátanos, y otros frutos, mal cercados por dos cuerdas de alambre oxidado, que cada campesino tenía conforme con su necesidad e interés, y la orden de la autoridad de que, para no considerarlo vago, fomentara la agricultura.

Los conflictos, en estas sociedades en formación, surgen, a menudo, de la legislación misma. Porque refleja la vida. Sea por la maldad de las rencillas, o ya porque fuese así lo cierto, Valentín de los Santos expresó a Cayetano Jiménez que en la parcela en que estaban el rancho y la siembra de Carmela Polanco, había tres de sus vacas, mal heridas...

La querrela no se hizo esperar en las audiencias del Alcalde Marino Mojica.

Ante el Cristo, se dijo una sarta de mentiras. Estamos en el ocaso de los símbolos. Ya debemos librar al Hombre-Dios de esa blasfemia continua de la muerte de la verdad en la sala de nuestros tribunales. Si a la Iglesia se le ha ido separando del Estado en América, es un contrasentido y una apostasía el juramento religioso de los testigos.

Pero Filomeno González, el Alcalde Pedáneo, declaró que él y Valentín de los Santos en ningún mo-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

mento vieron rastros de sangre en el terreno de Carmela Polanco, quizás porque había llovido mucho; pero sí los daños en el cultivo, y que sólo dos cuerdas de alambre tenía la cerca. Pancho Martínez, a su vez, aseguró que por su casa, a tres kilómetros de la de Carmela, los animales maltratados pasaron "goteando sangre";... que él vió una vaca en el platanal de la acusada, de las de Cayetano Jiménez, pero que no estaba herida; y que eso fué el mismo día en que Valentín de los Santos afirmó que vió las reses, una con el rabo casi partido, y dos con los lomos cortados...

—Venga acá, Valentín de los Santos —llamó el Juez de Paz— qué tiene usted que agregar?

—Que la gente le achaca el caso a Carmela, lo mismo que el de una puerca que apareció muerta en el río...; y también dicen que Carmela hizo todo eso a posta, como venganza.

El Alcalde le dijo al Pedáneo: Acérquese. Filomeno González le entregó su revólver y su puñal al Alguacil. Y el Juez de Paz le preguntó:

—Por qué usted no sometió el asunto de la puerca?

—Estaba podrida, y así no se sabía cómo había muerto —contestó, ladino, Filomeno.

En uno de los bancos del Juzgado, la asombradiza Carmela pensaba en su difunto marido, Ventura Santana, y en su ausente compadre, José Cristóbal, y en cómo ella, sola, iba a tener que defenderse. Y su mirada de desmayo sólo veía en aquella teatral escena una confusa vibración de figuras, como en una defectuosa proyección cinematográfica...

Le tocó el turno a Cayetano Jiménez, el querellante, quien resumió así su declaración:

—Carmela es enemiga mía. Yo no tengo culpa en la muerte de Ventura. Lo que quiero es que no me

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

perjudique. Ella dice que tengo que irme de ese lugar. Y el mañoso agregó: parece que le estorbo...

Es la táctica de calificar de culpable a la víctima, y atribuirle los mismos pensamientos y deseos del victimario...

—Pero oiga, Jeménez, le preguntó el Juez, enfadado ante aquella inhábil acusación:

—Otros dueños de reses, las tienen sueltas en ese sitio?

—Sí, señor.

—Alguien vió a Carmela Polanco hiriendo las vacas?

—Nadie.

—Hay algunos fundos antes de llegar al de la acusada?

—Varios. El mío mismo.

—Cuántas cuerdas de alambre tiene el suyo?

—Dos cuerdas.

—Venga ahora Carmela Polanco, dijo el Juez de Paz, haciendo un signo de llamada con las dos manos:

—Dígale al tribunal lo que desee.

Carmela Polanco se levantó, decidida. La timidez cierra los ojos, y embiste, cuando tiene que atacar. Y era como una estatua que hablara de sopetón, pero con firmeza:

—Don Juez: Cayetano está tirando con una escopeta de dos cañones. No sabe quién le hirió sus vacas, y como es mi enemigo, quiere que yo le pague el daño, y me castiguen; que arregle sus empalizadas; de ese modo, los animales no entran por las mías. Sangre? La sangre que cae en la yerba, no se la lleva el agua así. Esa puerca de que hablan, la mató un perro de Arnold Smith; pero Arnold Smith es un yanki de

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

dinero, y el Alcalde Pedáneo no le hizo caso a la que-  
rella...

Filomeno González, el Alcalde, la miró con sus  
ojos sanguinolentos, como queriéndole advertir: tú  
me la pagarás...

El Cabo Taveras, que había permanecido con la  
barbilla en las manos, en acecho de puntos débiles en  
las declaraciones a descargo, se dispuso a interrogar  
a Carmela, con argucia:

—Usted no vió lo que le destruyeron? No calculó  
usted el perjuicio?

—Si, don. No le dí mayor importancia. No iba yo  
a herir tres vacas por tan poca cosa: cinco o seis ma-  
tas de plátanos, sin racimos, y algunas de arroz, de  
un mes, aplastadas, que se levantarán de nuevo...

El cabo pestañó, y pensó: no hay manera de aga-  
rrar a esta mujer... Es una resbalosa anguila...

El Juez de Paz leyó: artículo 191 del Código de  
Procedimiento Criminal: "si el hecho no se reputa de-  
lito ni contravención, el tribunal descargará al proce-  
sado y declarará los costos de oficio". Queda descar-  
gada, por insuficiencia de pruebas. Pero, dijo, preste  
atención: hay muchos rumores de que usted maltrata  
los animales ajenos. Con lo que, si no salía de ese pro-  
ceso con una sentencia condenatoria, se llevaba, cohi-  
bida, la inquietante amenaza del futuro...

"Sierra Prieta era tierra de lucha dura, inaca-  
bale, con los hombres y la naturaleza"...

## XXVIII

Terminada una de sus parrandas, don Sebastián regresó a su habitación a medianoche, como de costumbre. Los efectos del alcohol le turbaban el juicio ya endeble de viejo calavera. Intentó abrir la cerradura con el tabaco que fumaba. Ah!, dijo, como una humorada, mientras se palpaba los bolsillos... me habré fumado la llave!... Cuando pudo entrar después de muchos tanteos con los dedos para encontrar la ranura del cerrojo, la tenue claridad del cuarto de Ana Lorenza, le dió en la cara, como un reproche.

Ella, en su voluntario encierro, rezaba, o meditaba, retraída. El, en su libertad sin trabas, era un distraído. Dos polos del carácter. Se diría que cada alma nace señalada con un signo, o con varios signos por el destino.

Sin embargo, fuese el incentivo de la negativa, ya sea su deseo de llegar a un puerto de bonanza con el deteriorado bajel de su vicio, aquella luz lo atraía, alucinándolo... Quién sabe, se consolaba, si está dispuesta a entregarse a mí, y con esa luminosidad me avisa.

La vida tiene sus caminos: unos suben, otros bajan; algunos son rectos, mientras también los hay que-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

brados; el azar a veces los junta; pero existen senderos que no se encuentran jamás...

Don Sebastián la veía desnuda, con las líneas estatuarías con que se la esculpía el pincel de la imaginación. En el tremebundo enardecimiento de su sangre, oía sus propias palabras no pronunciadas: "al fin, tenías que ser mía!"; "ya te tengo en mis brazos!"; esto es, estaba en ese ánimo previo a las citas de amor, en que vivimos la felicidad antes de tiempo, aunque mezclada con las penosas ansias de la espera...

A su vera estaba Ana Lorenza, pero en quietud y mutismo, como si durmiera. La quiso llamar, y no se atrevió. Preparó los nudillos para tocar en la pared, y retrocedó, irresoluto. Escribió en una tarjeta: "Mi querida Ana"; y la deshizo en diminutos fragmentos. Sin embargo, no obstante sus vacilaciones, algo le advertía que aquella era la noche decisiva de su pasión.

Por su parte, Ana Lorenza se apartaba, cada vez más, de las exigencias de la carne, y se acercaba a la liberación por el espíritu.

Antes de entrar en la resignación, en la etapa de superconsciencia en la que saldamos nuestras cuentas morales con nosotros mismos, Ana Lorenza había visto las cifras espeluznantes del horror. En la última contienda, comprobó que el mundo no es más que una gran maldad, bajo la esperanza consoladora del cielo. Millares de muertos sin tumbas, o con sepulturas comunes; legiones de huérfanos que ignoran quiénes fueron sus padres; asesinatos de multitudes; y destrucción de las cosechas, eran su balance. Y desde su celda, confirmaba que la paz es la mesa en que el hambre se engulle lo que queda, para volver a la guerra... Ella era una asceta, en su premeditada expiación, que

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

oraba por la terminación del satanismo en los hombres y en los pueblos...

Ana Lorenza también veía luz en la habitación de don Sebastián; y, sabiendo que era un trasnochador, dado a las disipaciones de los vicios, lo compadecía. De buena gana lo hubiese alentado a desistir de esos atentados contra su salud y su reputación; si no se lo hubiera impedido el escrúpulo de que se le diera otra interpretación a sus intenciones.

Para ella don Sebastián era una llama de placer, en la impotencia de sus agotantes años de hijo del brutal materialismo de esta época; un decepcionado que tenía que embriagarse, que dejar que lo ganara el deleite, para crearse, en el presente fugaz, el paraíso que no vislumbraba en el futuro eterno. Pensaba que de él era poco decir que parecía un pagano. Las bacanales, en campo abierto, con sus guirnaldas, sus panderetas, sus siringas, sus ánforas de vino, sus ninfas y sátiros, entre racimos de uvas y varas de tirso, eran fiestas por amor a la gloria de la creación, enemigas de la tristeza... En tanto que ahora las orgías, delirantes misas negras en clandestinas tabernas, son medios para ahogar en el licor el sensualismo y las hondas preocupaciones de esta era de seres tristes...

José Cristóbal era un aislador entre esos dos polos; porque aún suponiendo que, de viuda o soltera, fuera posible la realización de tal unión, por contraste, la fidelidad de su esposa era una imposibilidad. El pasaba horas, ajeno al bien y al mal, al través de algún resquicio de la memoria, haciendo caricaturas de Baldemiro Reyes, y su corbata negra; del Dr. Raúl Ponce de León, y sus espejuelos de aros de concha; del dentista Víctor de Aza, y su pluma-fuente; del modernista Sixto Morel, y su camisa de deportista; de

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Apolinar Cesteros y su piano; de don Leocadio Diez, y su mirada por encima de los lentes; y de Ana Lorenza, sonriente, con una bandeja en las manos; mas, también reproducía la silueta deforme del Dr. Jacobo Terecheski. Y su mujer lo contemplaba, compasiva... y firme, como una roca ante los embates del mar...; pues sufría, pero esperaba...

Sonó la campanada embrujadora y errante de la una...

Y Don Sebastián se decidió, de repente, empujado por su excitación cerebral psicosomática, y dijo en alta voz:

—Hoy, o nunca; si no me quiere, la mato, y luego me suicido...

Avanzó, resuelto. Se sentía mareado, fuera de sí, pero dueño de la vida y de la muerte.

El azar, en una paz de cementerio, acaso iba a ser juez, con sus decisiones imprevistas. Cara, o cruz... Pero la Providencia se interpuso...

Cuando don Sebastián, aturdido, miró por la cerradura de la alcoba de Ana Lorenza... descendió, súbitamente, de hinojos, como si en los hombros lo hubiese presionado una criatura sobrenatural, y volvíese en sí para obedecer a la Divinidad...

Estaba, para siempre, arrepentido...

Aquella santa mujer, con una aureola sobrehumana, arrodillada y con las manos juntas, era la virgen María misma, consubstanciada con Ana Lorenza, para salvarla...

En los lugares más concurridos de la ciudad, aparecían carteles. Los del mercado decían: "Sirvientes, no trabajen por cinco pesos mensuales. Cocineras: no acepten siete pesos por un mes de trabajo. Esa es la esclavitud voluntaria. La reforma los tomará en cuenta a ustedes, los de abajo. Los que quieran servidumbre, que paguen justo salario, o se sirvan ellos mismos".

## XXIX

En los lugares más concurridos de la ciudad, aparecían carteles. Los del mercado decían: "Sirvientes, no trabajen por cinco pesos mensuales. Cocineras: no acepten siete pesos por un mes de trabajo. Esa es la esclavitud voluntaria. La reforma los tomará en cuenta a ustedes, los de abajo. Los que quieran servidumbre, que paguen justo salario, o se sirvan ellos mismos".

En las casas de alquiler para pobres, situadas, en su mayoría, en largos patios húmedos, se veían cartelones invitando a la lucha: "Protesten de esas habitaciones de un solo espacio para sala, comedor y aposento; y cuando se reúnan en la única llave para el agua de todos los vecinos, o esperen a la puerta de la única letrina para varias familias, digan que no están conformes". "Defiendan la salud y su derecho a la decencia". "Hacinados, sin miramiento por la edad, ni el sexo, van camino de la depravación". "Luchen; únense". "Griten". "Nuestra América todavía es un caos". "Aprendamos de la otra América".

En las escuelas de los suburbios clavaban dibujos. Unos con muchachos semidesnudos y descalzos; otros

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

con niños bien vestidos. Al pie decían: “Busquen la igualdad; todos somos hijos de Dios”.

Junto a la ropa blanca que las lavanderas lavaban para los señores, por mísera remuneración, la admonición era violenta. “Ustedes merecen su hambre y su tuberculosis. Los amos de los negros esclavos daban barracas y qué comer. La labor que ustedes llaman libre, es una cruel agonía”. “Estoy cruzado de brazos; pero mi voz es de profecía; y vendrán otras voces, para que oigan los sordos...” “Y si caigo, caeré para crecer, como las simientes”...

La policía se confundía en muchos planes, sin localizar al maniático, al extravagante idealista, pensando que alguien lo ocultaba, lo mantenía y lo alentaba. Sin embargo, parecía que todos ignoraban quién era, aunque les inquietaba esa prédica popular que surgía de las sombras, en una época que no cree en apariciones.

De las calles, las tiendas, los carruajes, los talleres, las fábricas, surgía la crítica, pero quedaba patente un estado indenegable de inquietud, de expectación.

En los parques, pegados a los árboles, los letreros parecían estandartes: “Levantaos!; el siervo busca un “mundo mejor”, desde la India y Egipto, hasta Indochina y Filipinas”.

Algunos exclamaban: es un vesánico; su estilo lo denuncia. Otros agregaban: sea loco, o no, su verbo conmueve, y tiene que salir de la boca de un hombre vencido...

Las autoridades vieron en sus ficheros de maleantes los nombres de Arístides Robles y de Juan Castillo, supervivientes de aquel remedo de partido obrero que murió a manos de los esbirros de La Culebra. Y los buscaron, como foragidos. Hallaron a Juan Casti-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

llo. Con nombre supuesto, era director, administrador, redactor y repartidor del semanario *La Voz del Obrero*. En este periódico, con habilidad, no publicaba nada original, pero en él reproducía las arengas del obrerismo activo de otras naciones.

Sobre un chibalete estaba su desayuno: dos panes y un banano...

El encargado de esa pesquisa fué Ramón Taveras. Estaba en la capital, promovido a sargento primero. Yo conozco a esos tipos, y su elemento —aseguró a sus superiores— y no tardarán en caer en mis lazos...

Al ver a Juan Castillo, que doblaba las hojas de la última tirada, preparando el cobro de suscripciones ese sábado, le dijo:

—Nos volvimos a encontrar, profesor, acompañeme.

—Estoy a sus órdenes, cabo —contestó Juan Castillo— comprendiendo que hasta él había bajado el cuervo de la desgracia.

—Cabo no; Sargento!; aclaró Ramón Taveras, vidrioso.

—Ah!, sí, dispense —rectificó el miserable periodista, recordando la muerte que Taveras y su gente le dieron a José Sosa, el negro de la cara con hoyos, en los campos de caña de Juana La Blanca...

Lo que más lamentó Juan Castillo, no fué la privación de su libertad. Los hombres como él, están acostumbrados a perderla a menudo. Lo que sintió como un gran dolor, al entregarse, preso, fué causado por el sargento al destruirle su imprenta. Letras desiguales y desniveladas, en las que les había quitado las tildes a algunas ñ, para hacer n, que necesitaba. Compondores oxidados. Una prensa rota, que traqueteaba, sin corriente eléctrica, cuando sudaba sobre ella,

como impresor. Latas de tinta solidificada y sucia, y rodillos de goma partidos. He ahí el tesoro de un pobre obrero del pensamiento, que veía en su periódico una ilusión con alas... de papel.

En un ómnibus con rejillas de hierro, Ramón Taveras lo condujo a la cárcel, después de pasearlo por los sitios públicos, como un raro animal enjaulado. Lo torturó, y nada confesó, porque nada sabía... Así lo explicó Arístides Robles a sus parroquianos, cuando lo enteraron del suceso...

Su defensa estaba en las aceras de las esquinas: "Juan Castillo es un mártir de mañana". "No hay ideal sin mártires". "Toda liberación requiere el sacrificio de sus adictos". "Amamos a Cristo, más por el martirio de su calvario, que por la enseñanza de su doctrina"... "No importan las caídas, Dios está en las alturas, guiándonos"... Esa religiosidad, confundía. No es un comunista, se argumentaba. Lenin enseñó que la religión es el opio de los pueblos. El hombre-pueblo (así se nombraba él mismo) era una incógnita, un soñador que sólo parecía existir en las regiones oscuras de la locura... o del hambre.

Los consejos continuaban: "Pero nada de parásitos. Sean limpiabotas los cojos; y vendedores de chucherías los mancos y los ciegos"...

El Procurador, don Clodoveo Rincón Paniagua, quien había descendido a tierra baja desde la pirámide de su opulencia, para desempeñar mejor su condición de accionista del capitalismo azucarero, en el que cobraba veinte veces mayor paga que en su sueldo oficial, habló así:

—El comunismo es una mala semilla; pero con la violencia no se extirpa. Así crece. El martirio es el mejor abono para los desesperados. El hambre y la injusticia, más que los cálculos del materialismo his-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

tórico de Marx y Engels, plasmaron a Lenin. Rusia no tenía fábricas; ni obreros, como Inglaterra, plataforma de aquellos corifeos del socialismo. Pero tenía su Siberia y sus latifundios, oprimentes campos del absolutismo del Zar. La Gran Bretaña, con su proletariado insatisfecho, pero con bastante respeto de la dignidad, escapó, con reformas liberales, del mar de fondo del marxismo; mientras los rusos, saciando su sed en la sangre de Nicolás II, cayeron de la autocracia al despotismo de la masa, propagándose en la vasta planicie de los desheredados de todo el mundo... El medio más eficaz, para que los pobres vayan respirando con anchos pulmones el aire de libertad que buscan, es dar al traste con los monopolios; abaratar los alimentos; dar trabajo con equitativo salario; construir casas que puedan comprar a plazos los obreros; y poner al alcance de los menesterosos, los centros de sanidad, de publicidad, y de educación; esto es, poner en vigor un gran plan de mejoramiento social, como el que, desde hace mucho tiempo, se viene desarrollando en este país; que incluya el seguro contra el desempleo, la enfermedad y la vejez, amparado en una económica, expedita y equitativa administración...; y castigar, severamente, a los sargenteadores de la autoridad, como Ramón Taveras...

Don Clodoveo se dijo: mi hijo Timo y yo somos abogados de La Culebra, y sus lugar-tenientes. Pero, denunciadas las tropelías, es necesario una víctima, aunque salga de mi propia mesnada para mi abrigo personal y defensa de los intereses que represento. Y Ramón Taveras mismo, ya degradado pero con salario de "oficial a la orden" del ingenio Filipinas, pensó: no tengo cara de tonto, y me avengo a todo, mientras... vuelva la calma, y resurjo en alguna cogede-



## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

ra, aupado por las "fuerzas invisibles" de don Clodoveo Rincón Paniagua y Miguel Angel Espada...

El gobierno le vió el juego al "ilustre" juriscónsulto, don Clodoveo, y le dijo: usted también está destituido...

Juan Castillo salió de la cárcel paralítico. Poco después, murió. El juzgado de Instrucción comprobó que él no era el perro bolchevique que buscaban... Pero, ya muerta su miseria, no andaría más sobre las paralelas de sus zapatos rotos...

Los supersticiosos, aseguraban que el hombre-pueblo era un brujo. Y entonces algunos replicaban: de Jesús decían que era un hechicero...

José Cristóbal, en el retiro de su "palacio de cristal" no fué ajeno a esa curiosidad; y se le oyó decir:

—Todo ha de tener fin. También el sufrimiento. Las palabras se van, pero vuelven. Unas regresan cargadas de sentido; y las otras vacías de substancia, como cáscaras...

En la Universidad, sede de la inquieta inteligencia de la juventud, unos estudiantes afirmaban que el hombre-pueblo era un demente con delirios de persecución; que, por las amargas experiencias de su vida, adquirió el hábito de transformarse y ocultarse, para defenderse. Otros afirmaban que lo que él predicaba era el comunismo, bandería enemiga de los adelantos morales, sociales, políticos y económicos de la Humanidad; y que se escondía, porque no tenía valor.

### XXX

Como un paciente monje que repasara las cuentas blancas y negras de un rosario, el sol, ausentándose y reapareciendo, había contado, incansable, cientos de vueltas de nuestro planeta. Asimismo, un largo collar de días y noches había repasado la mente de Arístides Robles, mientras caían las escarchas del olvido sobre sus recuerdos... permaneciendo vivos los más dolorosos.

El no era obrero, pero se sentía humillado, y se tenía por intérprete de los oprimidos, desde su cuchitril de venta de refrescos. No había parroquiano que se allegara a él, a quien no le endilgara los vocablos de su lenguaje socialista. Lo que en el pecho se tiene, a la boca viene. Lo que piensan los hombres, depende de cómo han vivido, porque la vida se impone.

Le quedaba un amargor en las entrañas, desde cuando se arruinó por los enredos de un contrato de siembra de caña con el Central Filipinas; que lo impulsó, despechado, a unirse con los obreristas de Juana La Blanca. Uno a uno, persistentes, como se recuerdan todas las cosas que no se pueden remediar, pero que nos han ofendido, recordaba los episodios sangrientos de aquella lucha inútil, en que perecieron Andrés An-

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

derson, José Sosa, Pepe Padilla y la mujer de Papá Santana.

—La experiencia y la lectura me han enseñado —decía— que con los campesinos pobres no hay que contar, para poner los pies en un escalafón humano más justo, sino para consolidarlo después de obtenido. El labriego tiene su pipa, su batata y su rancho, y casi puede subsistir sin preocupación. Sólo cuando lo desalojan drásticamente del lugar en que quizás nació, o nacieron sus hijos, se retuerce, no para resistir, acobardado y sin espíritu de clase, sino para pedirle a Dios que le señale otro monte no codiciado aún por los acaparadores, y en donde éstos no hayan tendido aún su alambre de púas. En las ciudades y los caseríos de los ingenios, al contrario, opinaba, las necesidades son imperiosas: hay que producir, día por día, para subsistir. Y esa categórica imposición, agrupa a los pobres, como las ovejas se agrupan ante la presencia del lobo, o del mal tiempo.

También creía que por debajo del obrerismo y por encima de él, existen dos capas que lo entorpecen: el detrito de la sociedad: vagos, delincuentes, mujeres de mal vivir, idiotas, alcoholizados y tahures, de un lado, como un pesado lastre; y de la otra parte, una categoría más peligrosa y numerosa, que se cree superior a los obreros, y se le acerca en épocas de extrema opresión, compuesta por los profesionales liberales en general; excepto los que medran chupando la grasa del capitalismo: modestos fabricantes, burócratas y pequeños rentistas. En medio está, sostenía, la única energía efectiva: el proletariado, opuesto, como un dique, a la gran industria y al pulpo de los grandes monopolios.

—Hay que afirmar esa conciencia combativa —concluía Arístides Robles— para que, por el triun-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

fo del socialismo, no se diga más, en América y el mundo, que "el trabajo es barato", sino "equitativo", y para que se sepa que el del pan es un derecho natural; y la enfermedad de los obreros y su ancianidad, deben, como el deterioro de las máquinas, entrar en el costo de la producción, lo mismo que el desempleo.

Don Clodoveo Rincón Paniagua, le hacía el bien de su sonrisa, era su parroquiano para comprarle frutas, de pasada para su casa, y le enrostraba la tesis contraria:

—Desea usted convertinos en una Rusia...

—Qué Rusia, ni ocho cuartos —contestaba el tendero filósofo— bien sé que son dos mundos opuestos, y problemas de soluciones diferentes. No se me ocurre comparar el obscuro embrutecimiento milenarío del alma eslava, y sus ciento cincuenta lenguas y dialectos, con la raza joven y despejada de América y sus cuatro idiomas. Pero si aquella titánica unificación en la defensa, fué posible, por el empuje de un común anhelo de justicia social, debe esperarse que para nosotros, en América, se realice, con mejor usufructo de la libertad... Libertad, libertad, libertad. Esta era la palabra, apriionada, que le daba vueltas en el cerebro, y lo aturdió.

Don Clodoveo se mesaba la barbilla, entornaba los ojos, con aire burlón, y exclamaba:

—Únicamente unos cuantos apáticos pretenden resquebrajar la estabilidad que nos dieron los siglos. Los que no tienen nada que perder, porque nada poseen, ni nada han sabido ganar...

—Eso es lo que dicen los reaccionarios, hipócritas y sofistas. Hay fracasados, porque hay explotadores. Si un potentado pleitea con un obrero...

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Pierde el obrero —se apresuró a exclamar don Clodoveo Rincón Paniagua, como una provocación a la inflamada dialéctica del pequeño comerciante.

—Inevitablemente — dijo Arístides Robles.— Eso fué lo que me pasó a mí. Por una simple reclamación, no me molieron la caña, y en cuatro años de pleito embrollado, se convirtió en pajón... Además, los abogados que tuve en contra eran hijos, o hermanos de los jueces. Estos se inhibieron, pero quedaron... sus colegas. Y lo peor es que si así sucede de individuo a individuo, también acontece de nación a nación. Las grandes exigen, las pequeñas acatan. Esto es, siempre el débil es la víctima del fuerte. Para mejorar el salario de los cortadores de caña, estos países hispanoamericanos del Caribe dispusieron un nuevo impuesto al azúcar. A miles de millas de distancia, se reunieron los accionistas de las compañías productoras, y resolvieron no hacer la cosecha, antes que cumplir esas leyes fiscales; con lo que se privó a estos estados de su mayor ingreso de dinero, y a los peones de sus medios de sustento... Impotentes estos pueblos para imponer una multa diaria, igual a los jornales no pagados, o para administrar de oficio la industria, porque los Estados Unidos siguen de tutores de nuestra economía, las contribuciones fueron abolidas, y los salarios continúan deprimidos y deprimentes, en la América que habla como don Quijote, pero que todavía depende mucho de los que hablan inglés.

Don Clodoveo hizo pestañar sus ojos zorrunos, pues él se había educado en Boston, y dijo, ajustándose las dos puntas del chaleco:

—Siempre habrá grandes y pequeños, blancos y negros, ricos y pobres; más que sostener un argumento, para que Arístides Robles hablara, pero con

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

un cambio de la conversación, para no sentirse aludido.

—Los habrá; pero tendrán que confraternizar —exclamó Arístides Robles, sin dejar de atender a los que entraban y salían:

Don Arístides, deme un refresco de horchata. A mí: un coco de agua. Don Arístides: le pedí un jugo de naranjas...

El atendía a todos, sin perder el hilo de su discurso:

—Pues, sí... don Clodoveo, un tabuco puede ser un faro. Hay semillas que caen en las piedras, y no nacen; pero otras penetran en zonas fértiles. Y usted sabe que un grano de maíz dá una larga mazorca, y un grano de trigo una gran espiga. La palabra vuela; y así como el pólen recorre a veces muchos kilómetros, para fecundizar la tierra en apartado rincón, el pensamiento no se detiene ante obstáculos, ni reducidos... para propagar su luz.

—A los propagandistas los ajustician —advirtió don Clodoveo Rincón Paniagua— para desatar el verbo apasionado de Arístides Robles.

—Y qué! —arremetió el socialista— la sangre es necesaria. Yo era conservador, con la Filosofía de la Miseria, de Prud'Homme, pero me volví radical con la Miseria de la Filosofía, de Marx. Creo en la violencia, para quitarle el mando a los imperialistas... No más esclavos; no más colonias; desde Puerto Rico, hasta las Antillas Menores, Las Malvinas e Indonesia...

—Es la protesta —prorrumpió don Clodoveo— haciendo una desmesurada O de su boca.

—Usted también se asusta. La inquietud se acuesta y se levanta con nosotros; pero no duerme. Cuando no piensa, obra. Del feudalismo a la burguesía, y

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

de esta al socialismo. Es el proceso histórico, que ya nos pone en las manos las armas, y cunde en las iglesias, las escuelas y las oficinas... Inglaterra está tomando el camino de la verdad, desde su laborismo. Muera el imperialismo!

—Yo creo que usted es el hombre-pueblo, porque aboga igualmente por el desquiciamiento de los valores reconocidos —reconvino don Clodoveo.

—Usted llama “valores reconocidos”, a lo que yo califico de “intereses creados” —rectificó Aristides Robles—. Usted elogia la pena que empuja a la cárcel a un hambriento ratero, y no censura al rico ladrón que insulta a los humildes con su arrogancia y su mal habido automóvil. Sé que “el dinero, aún siendo robado”, y el “buen éxito”, encubren el pasado y afianzan el porvenir; y que no es fácil invertir el orden imperante de las cosas humanas; pero si los cristianos se hubieran atendido a esa observación, estaríamos aún en la era del paganismo... No soy el hombre-pueblo, pero soy su discípulo, sin saber quién es, como creo en Dios, sin que tenga que verlo...

—No olvide que usted no confía sólo en la dialéctica, aclaró don Clodoveo, mientras en una funda de papel, para retirarse, envolvía unos nísperos.

—Desde luego; y ya usted lo sabía. “En el principio, fué el verbo”, pero “en el final”, pienso yo, “debe ser la táctica”, y, en seguida, “la acción”, para alcanzar la victoria y lograr la justicia...

Los transeuntes se detenían, para escucharlo, o comprar algo. De una ojeada, se podía hacer el inventario de aquel refugio de la derrota: tres o cuatro pilas de frutas en el mostrador, y algunos frascos de almibares en el aparador. En la salita de recibo: una mesa sin pintar y tres sillas plegadizas desniveladas. En el aposento, sin puertas: una camita de pino, de

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

bastidor de alambre remendado, con colchoneta y almohada, pero sin sábanas, y un pantalón viejo tirado en ella...; un anafe; y un caldero...

—Sí, camarada, este mundo no tarda en cambiar... le dijo un día Arístides Robles a don Clodoveo, cuando éste le compraba sus apetecidos nísperos. Y no dijo mentira. Cambió pronto... para don Arístides...

Una mañana, eran las diez, y aún no estaba abierto el tenducho. Se propagaron los rumores, las sospechas y las denuncias. Y a las doce en punto, cuando las autoridades penetraron en el mechinal, hallaron en el cuerpo exánime de Arístides Robles, veinte puñaladas, que eran, para los que no pudieron averiguar el inesperado crimen... una serie de rojos puntos suspensivos...

“En realidad, quizás lo mataron para robarle”... Ese comentario fué el resumen del proceso verbal y de la declaración de los testigos, por la idea de que seguramente tenía un pequeño ahorro, que atrajo a los asesinos.

Pero nadie paró mientes en cómo Arístides Robles había sido empujado por la vida hasta la desesperación de un credo terrible, de hambre y de ansiedad, del cual su alma, ya atrapada, no podía escapar...



### XXXI

El día era de un cielo color de cobalto, y la luna, pálida, era una moneda de plata, colocada de canto en el pretil del horizonte. Era un tiempo de bonanza, como para sentirse alegre, y así estaba don Sebastián cuando por cumplir sus sesenta años, lo felicitaban.

Tenía el ánimo redoblado de fuerzas. Iría, en la noche, a cenar a El Gato Negro, en donde se servían las mejores ostras de la ciudad; y, luego, a renovar sus mundanas andanzas...

Una ternura de apaciguamiento, había llenado el alma de don Sebastián, desde el instante en que aquella religiosa visión se interpuso entre él y Ana Lorenza, en una lucha que perdió la carne y ganó el espíritu... Pero ello sucedió, además, como una advertencia de que en el reloj de su vida ya el minuterero, más bien que el horario, estaba marcando la escasa duración de su mundanismo y de su descreimiento.

Dios está en el corazón, decía, y es inútil buscarlo entre las estrellas, en vez de ir hacia El en las profundidades de nosotros mismos. Sin embargo, deseaba algo semejante a una despedida. Y repasaba el catálogo de sus amoríos...



## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

A Carmen la quiso, porque bailaba bien; pero dejó de quererla, por el postín, y porque era fría como un desnudo de Domingo Yngrés. Y Juana de los Angeles era una real hembra. Si Ninín le agradaba, por esbelta y refinada, se alejó de ella, por su hablar pausado y grave, de profesor de matemáticas. Qué suavidad, qué blancura en la piel de Josefa; pero era voluble, cambiante, como la hoja en el aire. Ligia era, por el busto, los senos, el color y la firmeza de las carnes, una escultura de bronce, pero andaba sin ritmo, entorpecida, como una aldeana. Esto es, por un detalle se enamoraba; pero, presto, por una falta de la catadura, o de la traza, le llegaba el hastío.

Eso es don Juan, se consolaba él mismo, calificándose: un burlador, burlado. De ahí que apelara a otros reactivos, como el juego y el alcohol; o al capricho, descubriendo atractivos nuevos en mujeres que ya había olvidado. Pero frente a Ana Lorenza, su transformación fué completa, definitiva. Era que esa criatura, abstraída, idealizada, con más de santa que de Afrodita, le había distendido los nervios con una entrega de confortante estimación...

Después de la cena en El Gato Negro, y cuando, según acostumbraba, a la mesa se quedó dormitando un rato, entraron, en grupo rondón, tres jóvenes. Uno de ellos dijo: —Qué hace echado ahí ese viejo con náuseas?; otro exclamó: debiera estar en pantuflas en su casa; y el tercero rió de las burlas...

Don Sebastián los oyó, y sintió que sus sesenta años de la mañana, ya eran ochenta... en la noche. Y en las quietas aguas de los espejos, se vió como un ahogado; Narciso de la deformidad y de la extravagancia, que no se enamora, como el de la mitología, del natural candor de la belleza, sino que se entristece ante su propia figura grotesca...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

Pero el hábito de toda una vida, no se puede desarraigar de cuajo. Y don Sebastián buscó incentivo contra ese decaimiento, en el bullicio del cabaret. El humo de cigarrillos aromáticos, los colorines de los trajes, el fulgor de las piedras falsas, la música excitante y la embriaguez, era lo que le hacía sentirse aparentemente bien en aquel falso edén de El Paraíso, mundo de contaminación, en el que todos son actores y espectadores a la vez, mordidos por la venenosa lujuria...

Mujeres jóvenes, que les escribían a sus madres confiadas diciéndoles que estaban en trabajos honestos, en el anfiteatro del salón esperaban la elección de los viciosos clientes que iban entrando... Don Sebastián y su cumpleaños, eran una freudiana autoacusación. Y bebió y bailó, con Isabel La Castañuela, infatigablemente, hasta cuando la exasperación parecía lanzarlos a las simas de la locura... Isabel mezclaba las lágrimas con la cerveza. Pocos días tenía en ese ható de meretrices. Todas las mujeres lloran cuando, al vender el cuerpo, torturan el alma. Más tarde... aman el suplicio, y odian la compasión...

Si no fuera por esa manera de la naturaleza de darse su propia adaptación, el prostíbulo y sus ruidosas fiestas no tendrían tentación; y sería sólo un pustulento hospital de desesperados enfermos. Quien pretenda, como marido, sacar a una mujer de mala vida de ese suicidio de la virtud, de antemano lleva puesto el estigma de la infidelidad; y la "honrada" volverá al trastrueque de dormir de día y velar de noche... si no es en el raro caso de una émula de María Magdalena.

Una pareja entró a El Paraíso; e Isabel, dejando solo en medio de la sala de baile a don Sebastián, en una situación de ridiculez, saltó y gritó, con enojo de celos:

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

—Ese hombre, es mío...; y, con las manos en la cintura, hizo dengues y ascos...

—Yo te lo quito, —contestó Aura, a su vez. El cari-lindo que andaba con Aura, Periquito Flores, y que gastaba a manos llenas el dinero de su padre rico, sonrió, enamorado de su fatuidad, y dijo: me quieren porque las acaricio con una mano y las castigo con las dos; mientras las rivales se daban uñetazos, intervenía la patrulla y la orquesta alzaba el tono para dominar el desorden...

Una lastimosa confusión de sentimientos, daba de resultas que don Sebastián, a la vez que creía matar su inquietud en ese enloquecimiento, se compadeciera de que esas impudicias de la sociedad ensancharan, como un océano, las riberas de la miseria humana...

Los honestos disfrutaban de su sueño; los libertinos, de su vigilia. Antípodas en un contraste de la conducta. La ciudad es así.

Cuando el delirio era el más alto signo en aquel antro del vicio, una aparición apocalíptica lo iluminó, como las alas de una garza blanca en las negruras de un nublado. El azoramiento se convirtió en una sola mirada, y en un pasmo total...

Berta Fiorentino, Secretaria General de la Asociación Hispánica de Mujeres, entró, arrogante, como una gran dama que penetra en el palco de la Opera...

—Vengo —dijo— a ver cómo viven ustedes...

El cinismo, antes de que Berta Fiorentino introdujera su predicación, estalló en carcajadas.

En verdad, pensó el viejo libertino, no tenía para qué venir "a ver cómo viven", porque eso se sabe; sino asistir a una asamblea para proponer el recurso de reemplazar cada café cantante con un temperante

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

centro de trabajo y templanza; en el que se les explique a las jóvenes solteras que "deben evitar las relaciones sexuales prematrimoniales, o anteriores al establecimiento del hogar legalizado; porque el matrimonio y la familia son, en nuestro tipo de civilización, los soportes principales de la sociedad; que toda colectividad humana tiene el derecho y el deber de evitar su propia destrucción; y que, aún en los casos en que se pueda evitar la concepción y la infección, los conflictos mentales que provienen del amor ilícito destruyen la paz del alma"...

Pero triunfó el descarrío. Familias honradas seguían viviendo, a sabiendas, o no, de las monedas de cabaret de sus hijas; hombres correntones se encontraban, inesperadamente, con sus hermanas en casas de celestinas; y damas de viso compraban, de ocasión, las alhajas que las rameras traían de sus juergas por islas en las que se refina el petróleo, y circulan, como en nueva Jauja, la plata y el oro...

En un aro de hojalata, un papagayo decía: Curazao!; Curazao!...

Don Sebastián, pues, sintió vergüenza de sí mismo y de esa parte oportunista de la sociedad.

El se procuraba un aliciente en ese festín; pero, paralelamente, comprendía que ese no era acertado socorro para hacer retractarse a esas desertoras de la moral.

Y cuando, ahito de vicio, regresó a su cuarto del sanatorio —el "palacio de cristal" de José Cristóbal— se sintió más abestializado que nunca, con sus sesenta años que en esa noche llegaron a ochenta, en el maremágnum de sus contradicciones...



## XXXII

Las palomas se habían ido con el bienestar, pero en el vergel de Ana Lorenza aún había flores y frutas; y un gran nido de briznas pardas, en que piaban algunos pajarillos, se veía en una palma real. Mas no corría el agua por los pequeños canales de riego. Las petunias, las margaritas y los claveles estaban rodeados por el brezal. Las naranjas y las guayabas, podridas, daban mal olor al aire. Echándose de ver que la mano laboriosa que hacía primores en los arriates, estaba ausente. Subían los bejucos a los árboles; se cubría el suelo de hojas secas; y hasta el césped, que era una recortada alfombra de verdor, se extendía irregular y amarillento.

La soledad y la tristeza denotaban que por ese sitio había pasado la desgracia. Sólo, de tiempo en tiempo, el cerrojo enmohecido de la casa, chirriaba, para dar entrada a El Jorobado. Entonces no había duda, viéndole su repulsiva figura, de que él era... el demonio de la fatalidad.

El Jorobado husmeaba en las solitarias galerías, en cuyas empolvadas superficies un genio travieso hubiese podido escribir con un dedo, como si fuese una barra de tiza, la palabra "abandono". Recogía

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

clavos retorcidos, pedazos de alambre oxidado, tablas con comegón, latas vacías, vasijas abolladas, cualquier cachivache destinado a los carretones de la sanidad.

Su acaparadora avaricia no despreciaba nada. No hay desperdicios, alegaba; todo es útil, desde las cáscaras de las naranjas, y el bagazo, hasta el aserrín. Era cierto. Pero no eran las advertencias del progreso, sino las de la codicia. En un depósito encontró unas planchas de zinc usadas, y unos ejes de hierro herrumbrosos, y abrió los ojos del interés. Pero tomar, sin permiso, esos utensilios, era un robo; y el avaro era prudente ante el delito; porque uno de sus temores era que alguien se valiera de la ley para robarle, con el disfraz, advertía, de reclamaciones de daños y perjuicios.

Apeló entonces a sus nociones de derecho. Como José Cristóbal le debía todavía, y no estaba interdicto por decisión judicial, y como, además, un traspaso de fecha atrasada podía poner en sus manos ese desecho, tomó el camino del manicomio, ya trasladado junto al mar.

En un ómnibus barato recorrió la distancia. Las frecuentes paradas, a tomar, o dejar pasajeros, con líos y canastos, y dos, o tres horas en la carretera, en vez de una, no le importaban un ardite, con tal de economizar dos o tres pesos. Por eso llegó al atardecer.

Entró por el portón que le abrió y luego cerró con cuidado el guardián. Los locos y las locas, no lo parecían. Estaban bajo frondosas alamedas, en parejas, o solos, sentados en bancos, como novios, o como observadores del paisaje marino en un hotel de turistas.

Pero, al pasar cerca de un hombre delgado como la aguja de un reloj, que contemplaba el triángulo de

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

una vela blanca, como una gran gaviota, que cruzaba mar afuera, le oyó decir: ahí, en ese barco, va Dios, y con El mi delirio; también iba en el barquichuelo que, de niño, yo echaba al río, y lo cruzaba, al gareté, sin desviarse.

Otro contaba las hojas de los árboles, y pretendía que era rico: miren!; y lanzaba al viento puñados que él creía que eran de billetes de banco; tomen!; quiero que la riqueza sea mía y de todos, para que el mundo sea feliz. Frutas maduras, como globos áureos, caían de las ramas. Era julio, y los mangos, al caer, jugaban a la pelota con los pacientes. La espuma, como de plata, resplandecía al sol en las olas azules. Del terreno recogía pedrezuelas, y las mostraba como diamantes. Complacido, como un terrateniente indio en sus dominios, decía que era un príncipe, y daba órdenes a los demás dementes.

Un poco más allá, un enfermo recorría el campo, a grandes trancos, con un sombrero sin alas, en forma de kepis, en la cabeza, y un trozo de palo, en la cintura, a manera de espadín. A ratos se detenía, y saludaba con saludo militar. Era el Coronel, según el grado que creía tener.

Cualquiera diría que así como la paz está en la muerte, la felicidad está en la locura...

Cerca ya de José Cristóbal, percibió que, mal gestado, exclamaba: el mar es mío; yo tengo su título; esta tierra no necesita alambre, y los animales no se salen y comen su yerba verde. Aquí no vendrán el Jorobado y La Culebra. Bandidos! Ladrones! Leyes!. Anselmo! Anselmo! Anselmo!; y el río que no contesta; y el caballo solo que habla sin palabras; y un muerto que navega hacia el tiempo...

A José Cristóbal, entre el pensamiento libre y ese furor de obsesionante cólera, la mostaza se le subió a las narices cuando reconoció a El Jorobado.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Diez metros mediaban entre ambos. José Cristóbal alzó los puños, enseñó sus fuertes dientes... y era como un toro cuando entra al redondel de la plaza de lidia...

Para El Jorobado, lo único de valor en la vida era el dinero, o lo que en dinero se pudiese trocar. No como un medio, para obtener la salud, la educación, el placer, la comodidad; sino como un fin, por su brillo, por la fascinación que lo esclavizaba a su poder de soborno. Se consideraba cínicamente superior a lo que llamamos ridículo. Encerraba a su mujer en la casa, como en una cárcel, para evitar relaciones de vecindad que riñera con su economía. Y la dignidad era, en el concepto de El Jorobado, un invento de monjes.

Ruin, cobarde, por naturaleza y por cálculo, huyó de José Cristóbal con su chaqueta amarilla en volandas... Algunos locos miraron impasibles a El Jorobado, como vacas que ven correr un automóvil; otros rieron, o azuzaban a José Cristóbal, como a un perro, haciendo piruetas.

Dos caras se asomaron a las ventanas del manicomio: la de don Sebastián, amenazadora; y la de Ana Lorenza, serena. Está escrito: cada persona es ella y... sus circunstancias... En un grupo, un enfermo músico tocaba un vals en un violín; y, en otro, un nervioso pintor pintaba la tienda del ocaso...

Bandido! Yo no te he hipotecado mi "palacio de cristal", gritaba José Cristóbal, mientras se empeñaba en dar alcance al grotesco médico.

El doctor Terecheski, al fin de una carrera de obstáculos, en una increíble acrobacia que jamás podría repetir, traspuso la cerca de tensas cuerdas de alambre con púas...

—Bandido! —repetió José Cristóbal, viendo alejarse a El Jorobado— he adquirido esta casa para siempre...

### XXXIII

Ana Lorenza vió que el doctor Terecheski se le acercaba con pesado andar que le arrastraba los pies. Su giba, en la que casi se le empotraba la cabeza, y el vientre, en el que medio se le ocultaban las piernas, eran un 8. Lo demás: un sombrero y dos zapatos... Así lo caricaturaba el lápiz de José Cristóbal...

Ana Lorenza se le adelantó, suplicante:

—Tenga en cuenta, doctor, que sólo me faltan cuatro meses para dar a luz, y que mi marido no está preparado para tantos compromisos...

—E, signora —repuso el visitante, inflexible— e recuerde que el estado de las mujeres encintas avisa con nueve meses de anticipacione, e el momento en que van a parire, e que, por esa razone, e no tengo culpa si no están preparados... e necesito esta propiedad.

Ana Lorenza, en la escena de cruel amenaza del desalojo de la casa, se sobresaltó, y dió un grito... Estaba soñando con El Jorobado en su celda No. 3...

Ana Lorenza, de día se imponía un silencio de araña, junto a su canastilla de costura; pero en la noche, en ese duerme-vela de los que han sufrido mucho, la congoja le aleteaba en la subconsciencia, como un arisco pájaro cautivo... y la sobresaltaba...

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Cualquier ruido era un impulso para José Cristóbal, y, al oír a Ana Lorenza, exclamó:

—Hay que tener un solo camino, aunque tenga mil vueltas... Una fué la costilla de Adán, para multiplicarnos; uno es Dios; y todo es uno y lo mismo; y distinto, como el mar que serenó Jesús; antes y después, en el infinito; y una ha de ser la razón, buena, o mala, que nos lleve al sol... o a la luna....

—Cálmate, Cristóbal —le dijo Ana Lorenza, que en todo momento estaba pronta para acudir a su lado.

—Lo de siempre: el garrote, o el apaciguamiento, exclamó, prorrumpiendo en una carcajada, José Cristóbal...

Con estas contestaciones dejaba dudas de su locura; pero hay muchos locos que llamaríamos cuerdos, y muchos cuerdos que creeríamos locos...

Don Sebastián, arrepentido de su vida, y por sus achaques de cálculo úrico, no había salido de su retiro, y, como otras veces, interrogó a José Cristóbal:

—Cuál es entonces tu conclusión, José Cristóbal?

—Los hombres irán, peleando, con estandartes a la cabeza, y las mujeres, con vendas, a retaguardia, curando heridos y cantando himnos. Y desaparecerá el acaparador, como desapareció el señor feudal...

—Cómo divaga José Cristóbal! —dijo, apenada, Ana Lorenza...

—Don Quijote comenzó por hacer reír; ahora lloremos la muerte de su quimera... dijo José Cristóbal, riendo... como un loco. Acaso fué el momento en el que más lo era...

—Hablas en paradojas y parábolas?, preguntó don Sebastián.

—La verdad, de través. El tuétano envuelto. Las palabras tienen ropajes como las personas. Cuando están desnudas, ofenden...

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—No lo haga hablar más, don Sebastián; casi no duerme; come poco; se está debilitando; y en este mes le ha dolido mucho la herida de la espalda. Lo sé porque se contorsiona y hace muecas de dolor...

De don Sebastián, había denuncias de que de noche salía del manicomio, dejando a los enfermos al acaso de su propia desventura. Y las autoridades decidieron sorprender al Administrador, en su falta, y establecer servicio médico permanente. Pero las cosas no suceden a veces como se esperan en la realidad, sino como en las obras teatrales, y... sonó el timbre...

—Buenas noches, señor —el doctor Raúl Ponce de León, Secretario de Estado de Sanidad— dijo el ministro, presentándose a sí mismo a don Sebastián— y agregó: mi ayudante, Baldemiro Reyes. Para encauzar el progreso de este sanatorio, venimos a poner en posesión al notable especialista don Manuel Pagán.

—Se venden, cuando los compran. Si son de los de abajo, todo es malo; si pertenecen a los de arriba, todo es bueno. Se piensa con el cerebro, o con el estómago?...

El doctor Ponce de León y el poeta Baldemiro Reyes reconocieron en la voz a José Cristóbal, y dijeron, como en disculpa:

—Le recomendamos a este enfermo, doctor Pagán.

—Si, si, lo ponemos en sus manos... dijo el poeta.

Se apresuraron a despedirse, dejando al nuevo médico en su puesto, acompañado del Administrador, que creyeron ausente... para destituirlo. Los locos dicen a veces muchas verdades... y temieron que José Cristóbal las dijera...

Ana Lorenza no quiso dejarse ver. Somos ya —pensó ella— de distintos mundos...





#### XXXIV

—No es eso!; no es eso!; buscaba en este mundo la paz! —dijo el doctor don Manuel Pagán, en alta voz, mientras dejaba caer en sus piernas el diario en el que leía que “el nombrado Pedro Sánchez se dió un tiro en la sien derecha”...

En la misma salita de recibo en que se encontraba el doctor psiquiatra, iluminada por una lámpara eléctrica de pie, velada por una tela roja, también estaba don Sebastián, en una de esas noches en que el cansancio de su vida lo ataba al lastre de sus años...

—Cuidado, don Manuel, estamos en la morada de los locos; ajuste sus facultades mentales —exclamó el administrador del manicomio, al oír lo que el médico interno decía, hablando a solas; y sonrió, para demostrar que usaba una chanza...

—El mundo todo es una mansión de locos. Creo yo que el manicomio del Universo es la Tierra. En mayor, o menor escala, somos unos orates. Todos estamos intranquilos, por lo que queremos y no logramos, especialmente la ecuanimidad. Acabo de leer que un joven de 19 años se suicidó, porque “no quería vivir”. Pues no; no fué por eso. Es que no hallaba su camino; que estaba inquieto; que se había extraviado; que lo aco-

LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

saban, que estaba espiritualmente destruído; y... destruyó su propia destrucción. Que descanse, más allá, en paz!... La liberación de la muerte viene cuando no alcanzamos la del espíritu...

—Ha confesado usted que también es loco, y ha venido a curar a los locos —dijo don Sebastián.

—Y usted, asimismo, lo es. Pero no se atreve a reconocerlo; o no se ha detenido a averiguar que ese apego de usted al alcohol, a las mujeres, y, a veces, al juego, no es más que una evasión, a la que lo arrastra su inquietud, para volver a... mayor inquietud... Buscamos una puerta para salir, para escapar. Y en vez de caer en el seno de la felicidad, nos quemamos en el placer las alas del alma. De la comedia, engañándonos a nosotros mismos, pasamos al drama, en el que queremos engañar a los demás; y terminamos en la tragedia, en la que de actores de simuladas escenas de la vida, pasamos, al fin, a ser autores estupefactos de nuestra muerte, lenta, o súbita...

—No había pensado yo en que soy un caso de neurosis, en que me quemaba en mis llamas, como una bujía; y usted, qué salida buscaba para escapar de usted mismo?, preguntó don Sebastián.

—Yo busqué la guerra —dijo el doctor. España estaba hastiada de monarquías hemofílicas. Las guerras son el cultivo, el ambiente de crecimiento en que se desatan los rencores que los hombres sienten por los hombres. Ahí van a parar, como a un océano, el odio del que tiene hambre contra quien está harto; la envidia del enfermo ante quien tiene salud; el anhelo de concordia familiar que se estrella en los muros de los que disfrutaban de amor y de armonía; la desmedida ambición de los soberbios, que es una rueda que gira sobre el azoramiento de los humildes. De las cuencas nacen las lluvias y los ríos, y, juntos, hacen el mar. A

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

las guerras van los odios que nacen bajo los techos; y, al mismo tiempo, los odios hacen las nuevas guerras... con los millares de aturdidos que nos dejan...

—Entonces... usted quiso matar, para saciar su sed de venganza con la sangre de los que no tenían culpa de su disconformidad de la existencia —aclaró don Sebastián.

—Entendidos. Así es como sucede. Pagamos justos por pecadores. Quise dejar de existir, matando; y no pude morir. He ahí muchas causas de inexplicables heroicidades. No todos tenemos la locura, o el valor de un momento que se necesita para el suicidio. Y las guerras vuelven, por el odio que no se ha muerto; y por el odio que nace en el campo de cada conflicto que pasa...

—Nos hemos separado bastante del motivo inicial de esta conversación —reconvino don Sebastián. Hemos olvidado al suicida de 19 años...

—No, en absoluto —replicó el doctor Pagán. Un río es él, desde su nacimiento hasta su desembocadura. He dicho que ese joven buscaba la paz; que es lo que todos buscamos, y nunca obtenemos; y que unos se aniquilan, y otros se convierten en perseguidores y homicidas, y provocan, aunando fuerzas destructoras, las contiendas mundiales...; hay que sanar al hombre, para que la sociedad se sane; pero este ideal es difícil, irrealizable, mientras no entendamos las palabras cabalísticas de la filosofía que ha de salvarnos, andemos a tientas por los pasillos oscuros de la personalidad... y nos perdamos al valorar los orígenes de la especie humana...

—Ha mencionado usted una palabra preñada de misterio: orígenes —opinó don Sebastián, en tanto tiraba al cenicero la colilla del cigarrillo que terminaba de fumar...

—O, lo que es igual, dijo el doctor, el principio de los principios, que son incontables, como las estrellas, pero que arrancan de un mismo punto: la disparidad del individuo con su propio destino. No sé lo que pudo determinar al desdichado Pedro Sánchez a meterse, brúscamente, en su ataúd; pero, si era estudiante, se dañó el sistema nervioso con la precipitación, para triunfar pronto, y... descansar; si era humilde, su mujer acaso no se complacía en que lo fuera, y... pedía valimiento, y él no deseaba que se lo dieran, y se exasperaba por evitar la exasperación; si era maestro de escuela, apóstol de una lucha moral perdida por esta época, como un bajel averiado, se fué a pique, con su paroxismo, para aligerarse de la carga que lo agobiaba; en resumen: éste, o aquél móvil, tuvo por causa la causa de las causas: que somos infelices; porque nadie es lo que quiere ser...; y la fatalidad es que somos unos indetenibles corredores que con la agitación buscamos la serenidad, sin poderla encontrar en la general tensión en que vivimos...

—Pero usted sabe, positivamente, por qué fué a la guerra, y por qué vino a América?, le preguntó don Sebastián a don Manuel Pagán.

—Sí; se lo voy a informar como un secreto. Mi mujer me fué infiel. No tengo hijos. Quise evitar el escándalo. Me metí en el fuego de las batallas. Nos derrotaron. Resulté ileso. Y vino el destierro al Nuevo Mundo, para nuevos rumbos... hacia la Revolución. Ya ve que terminan las guerras, pero continúa el odio que ha de repetirlas. Yo contra usted; usted contra mí; todos contra todos; por los dolorosos e innumerables contratiempos del espíritu...

—Así es, doctor: el mundo es un manicomio. Vayamos a dormir...

### XXXV

—Desdichado Cristóbal!; es un hombre a quien se le adelantaba o se le atrasaba el reloj; que le partió el eje al tiempo. . .

Esta fué la contestación que Ana Lorenza le dió al doctor Pagán, cuando éste, indagaba con ella el pasado del enfermo, para deducir su estado.

—Qué quiere usted decir, doña Ana? La interrogó don Manuel, que en seguida se interesó por aquella manera de hablar, en que sin duda había influido algo el modo parabólico de discurrir de José Cristóbal. Ana Lorenza hizo una pausa, apartando su costurero, y mirando al doctor con la mirada tardía de la resignación, le dijo:

—Que llegaba con anticipación, o muy tarde, a las citas del destino. Esto es, que era de acción inactual. Y entonces lo atragantaba la angustia. Tenía un alma infantil en un cuerpo de hombre viejo. Las líneas caricaturescas de su lápiz eran travesuras de muchacho, que lo hacían soñar con una vida de fraternidad sin complicaciones, viendo en todos los hombres padres, o hermanos, como en la infancia. “Qué bello —decía— es eso: oír a un niño que le dice papá a cualquier hombre de otra raza, y hermanito a cualquier compañero

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

que juega con él; si todo el mundo fuera así!" Pero el hombre-niño es un retrasado, que se apena cuando la realidad le dá espaldarazos, como el infante cuando lo reprenden; vive tropezando con los diarios obstáculos; se amarga cuando no acierta con el tiempo propicio de la oportunidad; y cuando piensa en la antinomia entre su concepción del mundo y la verdad que lo rodea. El rostro de José Cristóbal se le arrugó prematuramente, y sus pies de barba, y el rictus de su boca, eran parte de un antifaz detrás del cual estuviese medio azorada la niñez...

El doctor don Manuel Pagán permaneció un rato inmóvil, aparentemente sereno; pero con un dedo de la mano derecha golpeaba los nudillos de la izquierda, casi imperceptiblemente; como si su pensamiento enviara, en el sistema de Morse de la inquietud mental, signos de interrogación al espacio... Luego exclamó:

—El hombre de América es un crisol. Y José Cristóbal, un prototipo. La ingenuidad del indio ante la naturaleza virgen; su pánico ante el conquistador extraño; la injusticia del trabajo forzado; la sangre del blanco y la sangre del negro en su sangre indígena, en un campo de lucha de dioses primitivos ante el nuevo Dios, determinan que el hijo de América sea joven y viejo, a la vez; y, a la vez también, pagano y cristiano; mientras el tiempo, el gran fundidor, haga de su diversidad la unidad...

—Usted argumenta como un científico que es, doctor; yo me refiero a hechos que he presenciado; pero entiendo bastante lo que usted explica. Por ejemplo, en América el devoto alaba al Creador, en momentos de contrición; pero lo maldice cuando no le concede lo que le pide; así era José Cristóbal...: se arrodillaba, como un creyente; o blasfemaba, como un ateo...



## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

—Es la consecuencia de la destrucción de los ídolos, mientras aun se cree en ellos —afirmó el doctor Pagán. Pero, dígame: cómo reaccionaba José Cristóbal en la contradicción, lo que en el lenguaje que usted llama de ciencia denominaríamos circunstancias anti-nómicas?

—Se acobardaba, como un indio con grillos; o se violentaba, como un soldado español; o era sometido, apático, como un esclavo africano... El hombre 1, 2 y 3, dijo Ana Lorenza.

—Tres hombres en un hombre, vidas múltiples; que bregan entre sí; que se destruyen en una civilización que los deslumbró de golpe, en espera de que el futuro los armonice; que no pueden tener más que un fin: el desasosiego; y una amenaza: la locura; sentenció el doctor don Manuel Pagán.

—Luego, doctor, usted no está seguro de que la causa de la enfermedad de José Cristóbal es la herida de la columna vertebral, dedujo Ana Lorenza, con cierta desesperanza.

—Señora —dijo el doctor Pagán, con deseos de no alarmarla, es posible que influya. Hay un medio físico, y otro moral, en el comportamiento de los individuos. Pero, infórmeme: sus perturbaciones fueron anteriores, o posteriores al alojamiento de la bala en su organismo?

—Anteriores —dijo Ana Lorenza, comprendiendo. Sin embargo, usted le hará la extracción. No es así, doctor?

—En un caso extremo, hay que apelar a todos los recursos. Yo he visto volver a la vida a una persona tenida por muerta, rompiéndole dos costillas —afirmó don Manuel. Yo creo, no obstante, que José Cristóbal es, principalmente, una víctima del temor.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

Las mismas causas producen los mismos efectos. Los hombres de este Continente son desasosegados y tristes, y neurótica y dolorida es la sociedad, en un escenario de maravillas; como el de los antiguos condenados a morir de hambre junto al pan y al agua... De ahí vienen las histéricas revoluciones de América; por la búsqueda de un camino en la espesura.

—Si usted fuera novelista, doctor Pagán, opinó Ana Lorenza— tomaría a José Cristóbal para un raro y original estudio, que no se le ha ocurrido a nadie; no sólo para demostrar que el hombre de América es un bosquejo en la formación de una raza, sino, además, un alma en quien existen, divorciados, más bien que hermanados, el vigor y las quimeras de la juventud, y el cansancio y las decrepitudes de la vejez, con un cristianismo que cree en Dios a medias...

—Sí, señora, y la titularía "La Tragedia de América". En esa pugna, más que por el clima, el hispanoamericano está aviejado a los cuarenta años, y se ríe con amargura de la juventud que no pudo vivir...

—América —dijo Ana Lorenza— es un experimento, un ensayo de Humanidad para la verdadera Humanidad, en la que el hombre se unifique en sí mismo y en Dios. Hubo conquistadores que abarcaron toda la tierra del Nuevo Mundo, Pero quedó incompleta la obra de los misioneros para que, por el reinado de un solo Dios, haya una sola gracia en el espíritu. Tengo por mi propia cuenta, mi misión, y la cumpliré, como parte de la Suprema Voluntad. Mi empeño era que José Cristóbal se adaptara a la oportunidad, que no es otra que dar la cara cuando el destino nos convoca. Su defecto, de buena fe, es que se le adelantaba, o se le retrasaba la hora, con las falsas manecillas de la lamentación... Con las armas de la derrota emprendía una nueva batalla, en vez de borrar, con energía, esa

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

palabra de su diccionario y de su existencia. Porque el hombre debe imponerse, hasta la impiedad, como escultor de su propia estatua. Desde luego, no soy insensible; me ha dejado huellas imborrables el mundo; pero creo que el dolor mismo es una carga de prueba que hay que sobrellevar para no doblegarse...

—Ah! eso es abnegación —exclamó el doctor Pagán—, pero todas las criaturas no están conformadas para aguantar. Usted es débil de cuerpo, pero de alma heroica; José Cristóbal era robusto de músculos, pero espiritualmente era un párvulo, según usted lo ha definido.

—Pobre José Cristóbal! —habló suspirando Ana Lorenza— como las deidades de las religiones gentílicas requerían sacrificios de seres humanos, la edad moderna necesita despedazar corazones en aras de su marcha, bajo los dientes de sus máquinas y la insaciabilidad de su egoísmo; principalmente de los irresolutos que se van rezagando, por pusilánimes... José Cristóbal ha sido sacrificado en la fundición, en el encauzamiento de los nuevos tiempos; y se ha conformado con ser una voz de agonía en la contienda, o un grito de naufrago en la noche... Pero yo le ruego, doctor, terminó diciendo Ana Lorenza, que le defienda la vida, porque mi pena necesita su sombra...

—Haré lo que pueda —dijo el doctor don Manuel Pagán— pero es difícil salvar a un hombre que quiso trastornar al tiempo...

Aquí quedó interrumpida la conversación, porque don Manuel tuvo que ir a la carrera a ponerle una inyección de calmante a un loco frenético...

Era de tarde. Las agujas del reloj estaban colocadas en la posición de los brazos de Cristo en la Cruz...



## XXXVI

El doctor don Manuel Pagán modernizó bastante el sanatorio. Separó los pacientes, según sus dolencias. Examinaba los movimientos reflejos de los que acababan de ingresar. Procuraba saber en qué sitio, en qué ocupación se sentían aliviados los internos. Usó el tratamiento de la fiebre artificial, eficaz recurso en los sífilocomios. Aplicaba la insulina, con la precaución de usar el azúcar, para evitar la peligrosa depresión. E introdujo la curación por la electricidad, del psiquiatra alemán Hans Berger, colocando los electrodos en la cabeza y estudiando el estado mental, por los trazos, como de seismógrafo, de las pulsaciones del cerebro.

Era audaz, y se atrevía, en hospital tan poco preparado para la alta cirugía, a operar tumores cerebrales, o trepanaciones en el lóbulo frontal, asiento de las ansiedades del ser humano; y después de estas operaciones, no se reproducían los estados de pánico y obsesión, en muchos experimentos.

Nadie volvió a dormir en el piso; ni siquiera los furiosos, ya que sus camas eran fijadas con cemento en las baldosas.

Modificó las visitas dominicales, evitando las befas al mismo tiempo que las plañideras conmisericordias.

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

nes, para darles paso a la conversación comprensiva, al juego y a la comida en camaradería; obteniendo muchas veces que, por el conducto de un lúcido estímulo, regresaran a la vida normal, de sus melancolías y obsesiones. Las burdas chaquetas de lana, atadas a la espalda, de mangas cerradas en los extremos, no eran usadas; pues, en casos de violencia, prefería los narcóticos.

Ana Lorenza, buena en la oportuna caridad de los detalles, era una constante oblación del espíritu, iluminando con su presencia las soledades del dolor.

Y el sanatorio había sido trasladado a veinte millas de la ciudad, a tierras laborables, muy cerca del mar, gigante loco, a ratos apacible, a veces furioso... dentro de la camisa de fuerza de la costa bravía...

Después de una semana de pequeñas curas clínicas e intervenciones quirúrgicas de menor importancia, advino la fecha de operar a José Cristóbal en las vértebras.

Era día de inusitados preparativos. Los estudiantes de medicina se dieron cita para estar presentes en esa difícil lección de cirugía. Las batas y los gorros, de esmerada blancura, sobre activos pasantes, iban y venían en la sala contigua al cuarto de operaciones. Las enfermeras, diligentes, preparaban las gasas antisépticas, y las jeringuillas, que, apercebidas, estaban sobre albo paño en una lámina de aluminio. Y en una mesa de zinc esmaltado, brillaban los instrumentos médicos de metal...

Por última vez, Ana Lorenza le dijo a don Manuel: hágase en usted la voluntad de Dios, doctor...

El ocupante de la celda No. 2, cubierto por una sáhana, boca arriba en un carrito tirado por un sirviente, con una mansedumbre de carnero, llegó a someterse a la gran prueba. Con él se presentó, sin que se le

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

overan las pisadas, Ana Lorenza, con la cara circundada por un pañuelo, como una santa virgen. Ella era la única imagen tierna en ese sitio en el que, por el hábito, se pierde la noción de la desgracia...

No tardaron tampoco en aparecer don Sebastián, el administrador autoritario, y Cornelio, el nuevo loquero, empuñando su grueso bastón, prevenidos ante una probable resistencia de José Cristóbal.

Sólo faltaba el doctor Pagán. El personaje principal, es el último en sumarse a los demás, y el primero en retirarse... Hasta para la muerte, hay protocolo.

En la habitación en que el desventurado caricaturista iba a dar un paso decisivo entre la vida y la muerte, únicamente estaba con él Ana Lorenza. José Cristóbal tuvo para su abnegada mujer, una sonrisa emotiva, tan inusitadamente placentera, que Ana Lorenza tuvo que recorrer muchos días en el pasado, para evocar otras sonrisas iguales en las añoranzas de su noviazgo de enamorada mocedad, como una revelación de la sinceridad que sus labios le anunciaban. Y como en uno de esos pequeños antojos que sienten los condenados a la pena capital, justipreciando lo poco que vale el tiempo existencial, ante la consoladora promesa de la desconocida eternidad, solicitó de su compañera un cigarrillo, como lo solicitaba, tras las rejas, de la curiosidad de los transeuntes, para deshacerlo en simbólicas volutas inútiles...

El ruido es plebeyo, y por eso no sabe lo que es solemne; el silencio es noble, y por eso calla, como una reverencia. Varios instantes, pues, estuvo José Cristóbal abstraído, consultando con su corazón, para hablarle a Ana Lorenza.

Ella, comprendiendo, lo dejó meditar...

Hay enfermos, desahuciados, de quienes sabemos que la muerte se aproxima; y hasta les concedemos que

## LUIS HENRÍQUEZ CASTILLO

consideren el descanso de morir. Pero los seres que los aman rompen a llorar, cuando los ven salir del hogar en andas, para no retornar. La esperanza, aunque débil, los alienta hasta el postrer momento...

—Oye, Ana, dijo José Cristóbal, pausadamente, voy a morir...

—Es todo lo contrario —repuso Ana Lorenza, con prontitud. El doctor Pagán me ha asegurado que no me preocupe, que te sanarás... Era una piadosa mentira del amor.

—Luego te dirá que te resignes; que la Providencia así lo dispuso... y la ciencia, desde luego, no pudo hacer nada...

En esa cámara de ventanas cerradas y cortinillas corridas, de espera, de confesión y de dolor, se podía oír el paso del tiempo sobre la alfombra del silencio...

—De un modo escaparía con vida, siguió diciendo José Cristóbal. Huyendo. Pero, aunque no soy loco, la gente creería que lo he sido, y no me tendría confianza. Yo sería un paria, y tu una humillada. Lo mejor es que esto termine, y sé que va a terminar. Soy el hombre-pueblo, desde aquí. Afuera, sería el hombre que perdió su equilibrio. Mi obra está hecha. Todo es comenzar. Tu misión está cumplida también. Miré en el espejo de todas las conciencias que se me acercaron, y sólo la tuya no empañó mi "palacio de cristal". Si no hubiese hallado entre las falsedades de los hombres, el alma buena que en tí se alberga, además de no creer en mis semejantes, tampoco creería en Dios. Tú me salvaste. Mi alma iba a quemarse en el infierno. Bendita seas. Por tí he amado un poco el mundo; y creo, por el sincero amor que en mí creaste, que es posible reformarlo; pues si hay un espíritu de bien, es porque en la existencia es posible que haya otros. Muero sin rencor ya, como Petronio abriéndose las venas, mientras sus ami-

## TRES HOMBRES EN UN HOMBRE

gos recitaban versos galantes. Yo iluminaré el camino que te falta, para que volvamos a encontrarnos, con el rayo de fé que me diste. Fuí duro contigo, para probar tu virtud.

José Cristóbal demostraba estar en un caso extremo de lucidez.

Ana Lorenza, sollozando, con las manos de José Cristóbal apretadas entre sus manos, pudo decir:

—El corazón me decía que tú no estabas tan enfermo como creían. Pero ya que tú eres el hombre-pueblo, un signo de los tiempos, con un altar en el pensamiento de cada infeliz, hazte conocer, que ellos serán tu escudo...

—No. Mi credo es superior a mí mismo. Y mi última voluntad es que no sepan quién he sido... Perdóname que, para conocerte y para conocer a la Humanidad, te hiciera sufrir entre estas paredes. Abrázame... y dime adiós!... Yo soy el ángel.

Ana Lorenza besó a José Cristóbal en la frente, y le humedeció el rostro con sus copiosas lágrimas... La hora suprema que vivía, agotaba sus escasas reservas orgánicas. Qué iba a ser de ella y de él?... La duda le ceñía en las sienes los hierros de la tortura... porque, en verdad, sufría; pero con José Cristóbal se le aminoraba el sufrimiento... y sin él, el completo desamparo sería quizás irresistible...

En el apartamiento colindante hubo cuchicheos y pasos apresurados. El doctor don Manuel Pagan, entró en la sala de los cirujanos, y se aprestaba a trabajar. Con el médico se pusieron a la vera de José Cristóbal dos practicantes, con el cloroformo y el oxígeno...

Unos segundos antes de comenzar la anestesia, Ana Lorenza abrazó a José Cristóbal, estrecha y detenidamente, como él quería; pero fué José Cristóbal quien le dijo a Ana Lorenza, al oído: adiós!, adiós!, para siempre...

Durante las convulsiones, antes de quedarse sin fuerza, mezclaba las divagaciones: "mi palacio de cristal"; "quise ser claro, como el sol, y me volví oscuro, como la noche"; "invisible, para los invisibles"; "los lebreles del desprecio"; "mi manso río"; "tú me salvaste"; "la verdadera igualdad"; "El Jorobado"; "los falsos amigos"; "el alambre con púas"; "La Culebra"...

Era loco? No lo era? Tenía una doble personalidad? Nadie, con certeza, lo sabrá jamás... Pero sí se puede asegurar que él era un desgraciado producto del atavismo y del dolor; de la injusticia y de la falsía; que vino a dar en la paradoja de una tranquila desesperación...

Los concurrentes notaron que el practicante que le tomaba el pulso, miró, como sorprendido, al doctor Pagán...

Las incoherencias de José Cristóbal, ya casi no se oían: "el surco está abierto!"; "ya vienen los sembradores"; "será nuestro el porvenir!"; "no desmayen en la..."

El doctor Pagán operaba de prisa...; vió que los labios y las orejas del paciente se tornaban azulencos; la pulsación decaía...; en los semblantes se veía la ansiedad; le dieron oxígeno; pero... había terminado la extraña vida de José Cristóbal...

## **SOBRE LA OCTAVA MARAVILLA**

Que usted puede ver lo que yo en mi propia esfera de arte trato de ofrecer, y que usted lo haya expresado tan bien en un arte diferente, aunque hermano, hace mi placer más grande, al leer su libro. Habrá encontrado que muchas personas pueden recorrer parte del camino con usted, pero pocos pueden hacerlo hasta el final, hasta las auténticas honduras que uno trata de expresar.

**L. GLEAVE,**

Autor del Proyecto del Faro a Colón.

Estoy leyendo, con el mayor interés, su admirable novela **LA OCTAVA MARAVILLA**, importante contribución a las letras americanas.

**L. S. ROWE,**

Director Gral. de la Unión Panamericana.

He tenido el placer de recibir su novela **LA OCTAVA MARAVILLA**. Me dispongo a leerla, en la seguridad de que esta nueva obra suya corresponderá, como las anteriores, a su privilegiado talento y a su brillante pluma.

**M. DE J. TRONCOSO DE LA CONCHA.**

Su interesantísima obra me ha dejado entusiasmada con su elegante estilo de novelista brillante.

VIRGINIA DE PEÑA DE BORDAS.

*LA OCTAVA MARAVILLA*, de Luis Henríquez Castillo, es una prueba elocuente de su fluidez en el buen decir. La espontaneidad en el cauce de los impulsos psicológicos que conducen al éxtasis de la inspiración creadora, dando consistencia a la urdimbre y fuerza a la narración, es un tesoro que Luis Henríquez Castillo ha poseído siempre.

ARMANDO CORDERO.

En *LA OCTAVA MARAVILLA* todo ha resultado como lo soñé: interesantísima la novela, y el autor con una facilidad asombrosa para la narración.

VICTORIA JIMENEZ RIVERA.

Usted es, para bien y honor de la desmedrada y estéril república de nuestras letras, un noble y constante trabajador de gran talento literario.

VIGIL DIAZ.

El autor de *LA OCTAVA MARAVILLA*, que es un ilustre ciudadano del parnaso, entiende que para amar, como para orar, como para morir, se despersonalizaría no usando las palabras propias del estilo de su vida. La cultura es su unidad, porque es su conciencia y su voz.

PEDRO DIPP VELARDE,  
"La Nación".—Capital.

Luis Henríquez Castillo, que lleva varias novelas publicadas con notable éxito literario, reafirma su vocación hacia la novelística y se afianza más en la

escogencia de los temas, a los que sabe dar vida y luz con su pluma.

“La Opinión”.—Capital.

Esa *densidad* —tupida armonía entre tema y ritmo— que tanto ha elevado a la buena novela psicológica, erige a Luis Henríquez Castillo en un primer plano de la novela dominicana.

FRANCISCO COMARAZAMI

“La Opinión”.—Capital.

Con obras como las de Henríquez Castillo, la bibliografía dominicana contribuirá poderosamente a formar una conciencia mejor, con menos prejuicios y más santidad en las cosas humanas.

“El Porvenir”.—Puerto Plata.

Leyendo *LA OCTAVA MARAVILLA*, el espíritu se recrea y el corazón encuentra motivos para sentir más profundamente las emociones del dolor, la alegría y la felicidad.

“Diario de Macorís”.—San Pedro.

Obra de profundas raíces americanas, *LA OCTAVA MARAVILLA* lleva en sí misma un inapreciable valor continental, suficiente para toda ponderación prestigiosa, así como para ubicarse, sin discusión posible, en ese solio de posteridad que le asignamos con la más cálida voz de nuestro pensamiento. Dicha obra cumple con eficacia decisiva, un designio de elevada misión que quizás el autor no soñara alcanzar en el corazón de nuestra América, como novela representativa que es, en su vital expresión.

R. A. JORGE RIVAS,

“La Nación”.—Capital.

Las novelas de Luis Henríquez Castillo se destacan por la elegancia de léxico, la casticidad de estilo, la novedosa forma descriptiva de ambientes, personajes, situaciones y diálogos, la acabada trama de los argumentos, el patetismo desgarrador y la pasión dramática con que los protagonistas viven su tragedia, el humorismo inédito y originalísimo, el contenido sociológico y moral de sus páginas.

“Nuevo Domingo”.—Capital.

Esta novela, de honda raigambre en la sociedad dominicana, está destinada a mostrar el proceso de nuestra más noble transfiguración.

GERMAN SORIANO.

*LA OCTAVA MARAVILLA* tiene verdaderas iluminaciones. A Fello le gustó mucho el libro. A Max le parece magistral. Dipp la leyó de un tirón. Ramón iba con la de Fello, estrujada, debajo del brazo. Y Armando la está leyendo.

J. ENRIQUE HERNANDEZ.

*LA OCTAVA MARAVILLA* está escrita en lenguaje nítido, con amplio dominio técnico, y con esa sobria y elegante madurez de juicio propio de los escritores que unen a una firme cultura un positivo conocimiento del corazón humano.

“La Nación”.—Capital.

Luis Henríquez Castillo es el primer novelista que profundiza en el estudio de la enteleguía viva, íntima, del mecanismo de la sociedad humana, para con frase desnuda pero correcta, fustigadora pero mesurada, valiente pero amable, elegante pero robusta, presentar a la visión colectiva el vergonzoso espec-

táculo de determinadas lacras estructurales que enferman el cuerpo social...

JULIO J. JULIA,  
"El Observador".—La Vega.

*LA OCTAVA MARAVILLA* lo consagra como un novelista de espontaneidad asombrosa.

MONS. FELIPE E. SANABIA.

Henríquez Castillo cultiva de manera magistral las bellas imágenes, y tiene un dominio absoluto en las descripciones de los personajes.

FRANCISCO JOSE ALVAREZ,  
"El Progreso".—La Vega.

*LA OCTAVA MARAVILLA* es un libro medular.

F. BENJAMIN GUZMAN.

Luis Henríquez Castillo, con méritos positivos, se viene señalando en las letras patrias, sin reclamos de propaganda.

SOCRATES NOLASCO.

Ud. me ha hecho pasar unas horas muy agradables con la lectura de *LA OCTAVA MARAVILLA*, en donde he encontrado, bajo la fuerte trama novelística, ideas admirables.

AUGUSTO MALARET,  
(Filólogo Puertorriqueño).

Mi opinión sincera es que la novela genial del célebre escritor Luis Henríquez Castillo, *LA OCTAVA MARAVILLA*, está fundada maravillosamente en la

**originalidad del estilo, y en la expresiva estructuración del ambiente y los personajes casi reales que constituyen la fuerza de la trama novelística.**

**Presbítero Can.**

**MANUEL DE JS. GONZALEZ.**

**Luis Henríquez Castillo es un brillante literato.**

**VALENTIN GIRO.**

**Luis Henríquez Castillo ha recibido la consagración de la crítica seria.**

**FRANCISCO DOMINGUEZ CHARRO.**

**NOVELAS DEL AUTOR**

**PUBLICADAS**

**EL HOMBRE ALUCINADO**

**(Premiada por el Ateneo de Puerto Rico)**

**UNA CARCAJADA**

**LA OCTAVA MARAVILLA**

**INEDITA**

**JUZGADO POR MIS ENEMIGOS**

NOVELAS DEL AUTOR

PUBLICADAS

EL HOMBRE ABANDONADO

(Traducido por el Abasco de Puerto Rico)

UNA GARCERADA

LA OCTAVA MARAVILLA

INDICE

LEGADO POR MIS ENEMIGOS

**Este libro fué impreso en la Editora Montalvo, en Ciudad Trujillo, República Dominicana y se terminó el día 26 de Septiembre de 1951.**

